



The Life of Christ

Vida de Cristo

Dr. William Kessel



Cristo

piedra del ángulo





La Vida de Cristo

Dr. William B. Kessel

Reconocimientos

El autor quiere agradecer a los miembros del Comité de Estudio Bíblico del Sínodo Evangélico Luterano (ELS) cuyos esfuerzos diligentes han llevado al cumplimiento de esta obra. Son: Presidente del ELS, George Orvick; Presidente del Seminario Wilhelm Peterson; Pastores Erwin Ekhoﬀ, Norman Madsen, Steven Peterson y Steven Quist. El profesor Juul Madsen no sólo corrigió las pruebas de los varios capítulos sino hizo también muchas valiosas sugerencias. Finalmente, el autor quisiera agradecer a su esposa, Lynne Kessel, por su paciencia y sus habilidades en corregir las pruebas. Con cariño se dedica este Estudio Bíblico a ella.

Dr. William B. Kessel/ Autor
Donald Moldstad/ Ilustraciones
David y Ruth Haeuser/ Traducción

Misión del Sínodo Evangélico Luterano
en el Perú
Enrique Barrón 964
Santa Beatriz
Lima 1, Perú

© 1984 Evangelical Lutheran Synod
Versión española 2004

Contenido

Capítulo 1	10	Las bodas de Caná	20
Nacimiento y niñez de Jesucristo....	10	(Juan 2:1-12)	20
Introducción general	10	Primera limpieza del templo	21
Fondo histórico	10	(Juan 2:13-25)	21
Se anuncia el precursor	11	Jesús y Nicodemo	22
(Lucas 1:5-23)	11	Juan 3:1-21	22
Se anuncia al Salvador	11	Ministerio temprano en Judea....	23
(Lucas 1:26-38)	11	(Juan 3:22-36)	23
Futuras madres	12	Capítulo 3	24
(Lucas 1:39-55)	12	Aplauso y gran oposición.....	24
Un mensaje para José.....	12	Introducción	24
(Mat. 1:18-25)	12	La mujer por el pozo	24
El nacimiento de Jesús	12	(Mateo 4:12; Marcos 1:14; Lucas	
(Mat. 1:1-17; Lucas 2:1-20; 3:23-		4:14; Juan 4:1 – 4:2)	24
38)	12	Jesús predica en Galilea	25
La circuncisión y presentación de		(Mat. 4:17; Marcos 1:14-15;	
Jesús	14	Lucas 4:14-15; Juan 4:43-45) .	25
(Lucas 2:21-38)	14	Curación del hijo de un noble	25
Visita de los magos	14	(Juan 4:46-54)	25
(Mat. 2:1-18)	14	Rechazo en Nazaret.....	25
De Egipto a Nazaret	15	(Mat. 14:3-5; Marcos 6:17-20;	
(Mat. 2:19-23; Lucas 2:39)	15	Lucas 3:19-20; 4:16-30).....	25
Niñez de Jesús	15	Llamamiento de cuatro apóstoles	26
(Lucas 2:40)	15	(Mat. 4:18-22; Marcos 1:16-20)	
Jesús en el templo	15	26
(Lucas 2:41-52)	15	El milagro de los peces	27
Capítulo 2	17	(Lucas 5:1-11)	27
Jesús comienza su ministerio público		Milagros en Capernaúm	27
.....	17	(Mat. 8:14-17; Marcos 1:21-34;	
Introducción	17	Lucas 4:31-41)	27
Juan el precursor	17	Primer viaje misionero por Galilea	
(Mat. 3:1-12; Marcos 1:1-8;		28
Lucas 3:1-18)	17	(Mat. 4:23-25; Marcos 1:35-45;	
El bautismo de Jesús	18	Lucas 4:42-44; 5:12-16).....	28
(Mat. 3:13-17; Marcos 1:9-11;		Curación de un paralítico	29
Lucas 3:21-23)	18	(Mat. 9:2-8; Marcos 2:1-12;	
Satanás tienta a Jesús	19	Lucas 5:17-26)	29
(Mat. 4:1-11; Marcos 1:12-13;		Llamamiento de Mateo	29
Lucas 4:1-13)	19	(Mat. 9:9-13; Marcos 2:13-17;	
Jesús con Juan	19	Lucas 5:27-32)	29
(Juan 1:19-34)	19	Lección sobre el ayuno	30
Llamamiento de seis discípulos ..	20	(Mat. 9:14-17; Marcos 2:18-22;	
(Juan 1:35-51)	20	Lucas 5:33-39)	30
		Capítulo 4	31
		Controversias sobre el sábado y el	
		Sermón del monte	31

Introducción	31	Los parientes más cercanos de	
Milagro en Betesda	31	Jesús	42
(Juan 5:1-15)	31	(Mat. 12:46-50; Marcos 3:31-35;	
Controversia sobre el sábado	32	Lucas 8:19-21)	42
(Juan 5:16-47)	32	Parábolas del reino	42
Otra controversia sobre el sábado	33	(Mat. 13:1-53; Marcos 4:1-34;	
(Mat. 12:1-8; Marcos 2:23-28;		Lucas 8:4-18)	42
Lucas 6:1-5)	33	Jesús calma la tempestad	43
Una tercera controversia sobre el		(Mat. 8:18-27; Marcos 4:35-41;	
sábado	33	Lucas 8:22-25)	43
(Mat. 12:9-14; Marcos 3:1-6;		Capítulo 6.....	45
Lucas 6:6-11)	33	Tiempo de transición.....	45
Obra misionera en Galilea	34	Introducción	45
(Mat. 12:15-21; Marcos 3:7-12)		Curación de los demoníacos	
.....	34	gadarenos	45
Nombramiento de los doce		(Mat. 8:28-34; Marcos 5:1-20;	
apóstoles.....	34	Lucas 8:26-39)	45
(Mat. 10:2-4; Marcos 3:13-19;		Resurrección de la hija de Jairo ..	45
Lucas 6:12-16)	34	(Mat. 9:1,18-26; Marcos 5:21-43;	
El Sermón del monte.....	35	Lucas 8:40-56)	45
(Mat. 5:1 – 7:29; Lucas 6:17-49)		Hombres ciegos y un espíritu mudo	
.....	35	46
Las bienaventuranzas.....	35	(Mat. 9:27-34).....	46
Capítulo 5.....	38	Misión de los apóstoles.....	46
Ministerio con milagros y parábolas	38	(Mat. 9:35 – 11:1; Marcos 6:6-	
Introducción	38	12; Lucas 9:1-6)	46
Una fe cristiana modelo	38	La muerte de Juan el Bautista	47
(Mat. 8:15-13; Lucas 7:1-10)..	38	(Mat. 14:6-12; Marcos 6:21-29;	
Jesús resucita al hijo de una viuda		Lucas 9:7-9)	47
.....	38	El primer retiro de Jesús	47
(Lucas 7:11-17).....	38	Jesús trata de retirarse	47
Enviados de Juan.....	39	(Mat. 14:13-14; Marcos 6:33;	
(Mat. 11:2-19; Lucas 7:18-35)	39	Lucas 9:10-11a; Juan 6:1).....	47
Condena de las tres ciudades	39	Alimentación de los cinco mil	48
(Mateo 11:20-30)	39	(Mat. 14:15-21; Marcos 6:34-44;	
Unción de los pies de Jesús.....	40	Lucas 9:11-17; Juan 6:2-14) ...	48
(Lucas 7:36-50).....	40	Jesús anda sobre el agua	48
Predicando por toda Galilea.....	41	(Mat. 14:22-36; Marcos 6:45-56;	
(Lucas 8:1-3).....	41	Juan 6:15-21)	48
El día más ocupado de Jesús.....	41	Sermón sobre el pan de vida	49
Jesús echa fuera un demonio; se le		(Juan 6:22-71)	49
acusa de estar aliado con el diablo		Enfrentamiento con los legalistas	50
.....	41	(Mat. 15:1-20; Marcos 7:1-23)	50
(Mat. 12:22-45; Marcos 3:19-30;		Capítulo 7.....	51
Lucas 11:14-36)	41	Una serie de retiros	51
		Introducción	51

Segundo retiro de Jesús.....	51	Viaje privado a Jerusalén	58
Curación de la hija de la cananea	51	(Juan 7:2-10)	58
(Mat. 15:21-28; Marcos 7:24-30;		Jesús en la fiesta de los	
Juan 7:1).....	51	Tabernáculos	58
Tercer retiro de Jesús	52	(Juan 7:11-52)	58
Curación en Decápolis	52	La mujer sorprendida en adulterio	
(Mat. 15:29-31; Marcos 7:31-37)		59
.....	52	(Juan 8:1-11)	59
Alimentación de los cuatro mil ...	52	Jesús se dirige a la multitud	59
(Mat. 15:32-38; Marcos 8:1-9)	52	(Juan 8:12-59)	59
Regreso a Galilea	52	La curación del hombre ciego de	
(Mat. 15:39 – 16:4; Marcos 8:9-		nacimiento, luego la excomunión	59
12)	52	(Juan 9:1-41)	59
El cuarto retiro de Jesús	53	El buen pastor	60
Advertencia contra los fariseos y		(Juan 10:1-21)	60
saduceos	53	Viaje a Samaria	61
(Mateo 16:4-12; Marcos 8:14-21)		(Lucas 9:51-62)	61
.....	53	Jesús y los setenta misioneros.....	61
El ciego en Betsaida.....	53	(Lucas 10:1-24)	61
(Marcos 8:22-26)	53	Parábola del buen samaritano	62
La segunda gran confesión de		(Lucas 10:25-37)	62
Pedro	53	Jesús con María y Marta	62
(Mateo 16:13-20; Marcos 8:27-		(Lucas 10:38-42)	62
30; Lucas 9:18-21)	53	Jesús enseña a los discípulos a orar	
Jesús predice su muerte y		63
resurrección.....	54	(Lucas 11:1-13)	63
(Mat. 16:21-28; Marcos 8:31 –		Ayes sobre los fariseos y escribas	63
9:1; Lucas 9:22-27)	54	(Lucas 11:37-54)	63
La transfiguración	54	Discurso con los discípulos y otros	
(Mat. 17:1-13; Marcos 9:2-13;		63
Lucas 9:28-36)	54	(Lucas 12.1-59)	63
Curación del joven endemoniado	55	Llamamiento final al	
(Mat. 17:14-20; Marcos 9:14-29;		arrepentimiento	64
Lucas 9:37-43)	55	(Lucas 13:1-9)	64
Jesús otra vez predice su muerte y		Curación de una mujer en el sábado	
resurrección.....	56	64
(Mat. 17:22-23; Marcos 9:30-32;		(Lucas 13:10-21)	64
Lucas 9:43-45)	56	Capítulo 9.....	66
El pago del impuesto del templo.	56	Camino a la muerte	66
(Mat. 17:24-27; Marcos 9:33).	56	Introducción	66
Instrucción de los discípulos.....	56	Jesús enseña camino a Jerusalén.	66
(Mat. 18:1-35; Marcos 9:33-50;		(Lucas 13:22-35)	66
Lucas 9:46-50)	56	Cena con un fariseo prominente .	66
Capítulo 8.....	58	(Lucas 14:1-24)	66
Jesús se dirige hacia el sur	58	Lo que requiere ser discípulo.....	67
Introducción	58	(Lucas 14:25-35)	67

Parábolas de lo perdido y encontrado.....	67	Semana Santa: Domingo de Ramos hasta la mañana del martes	74
(Lucas 15:1-32).....	67	Introducción	74
Parábolas acerca de las posesiones terrenales.....	68	Jesús ungido en Betania.....	74
(Lucas 16:1-31).....	68	(Mat. 26:6-13; Marcos 14:3-9; Juan 11:55 – 12:11).....	74
Enseñanza sobre asuntos relacionados	68	Domingo de Ramos.....	74
(Lucas 17:1-10).....	68	La entrada triunfal de Jesús.....	74
Jesús en la fiesta de la Dedicación	68	(Mat. 21:1-11; Marcos 11:1-11; Lucas 19:29-44; Juan 12:12-29)	74
(Juan 10:22-42).....	68	74
Llamado a Betania y resurrección de Lázaro.....	69	Lunes de Semana Santa	75
(Juan 11:1-46).....	69	Maldición de la higuera	75
Complot contra Jesús y su retiro a Efraín.....	69	(Mat. 21:18-19; Marcos 11:12-14).....	75
(Juan 11:45-54).....	69	Segunda limpieza del templo	76
Curación de los diez leprosos	70	(Mat. 21:12-17; Marcos 11:15-19; Lucas 19:45-48).....	76
(Lucas 17:11-19).....	70	Martes de la Semana Santa	76
La venida del reino.....	70	La higuera marchita	76
(Lucas 17:20-37).....	70	(Mat. 21:19-22; Marcos 11:20-26).....	76
Parábolas sobre la oración	70	Una pregunta sobre la autoridad de Jesús	76
(Lucas 18:1-14).....	70	(Mat. 21:23-27; Marcos 11:27-33; Lucas 20:1-8).....	76
La enseñanza de Jesús sobre el matrimonio, el divorcio y los niños	71	Parábolas de juicio	76
(Mat. 19:1-15; Marcos 10:1-16; Lucas 18:15-17).....	71	(Mat. 21:28 – 22:14; Marcos 12:1-12; Lucas 20:9-19).....	76
El joven rico y los labradores de la viña.....	72	Intercambio de preguntas y respuestas	77
(Mat. 19:16 – 20:16; Marcos 10:17-31; Lucas 18:18-30).....	72	(Mat. 22:15-46; Marcos 12:13-37; Lucas 20:20-44).....	77
Jesús predice por tercera vez su muerte	72	Cristo denuncia a los fariseos y los escribas.....	78
(Mat. 20:17-19; Marcos 10:32-34; Lucas 18:31-34).....	72	(Mat. 23:1-39; Marcos 12:38-40; Lucas 20:45-47).....	78
La petición ambiciosa de una madre	72	La ofrenda de la viuda.....	79
(Mateo 20:20-28; Marcos 10:35-45).....	72	(Marcos 12:41-44; Lucas 21:1-4).....	79
En camino a Jericó.....	72	Unos griegos buscan a Jesús	79
(Mat. 20:29-34; Marcos 10:46-52; Lucas 18:35 – 19:28).....	72	(Juan 12:20-36).....	79
Capítulo 10.....	74	Comentarios finales	79
		(Juan 12:36-50).....	79
		Capítulo 11.....	80

Jesús se aparece a Pedro	96
(Lucas 24:34)	96
Jesús aparece en el camino a Emaús	97
(Marcos 16:12-13; Lucas 24:13-35)	97
Jesús se aparece a diez discípulos	97
(Marcos 16:14; Lucas 24:36-43; Juan 20:19-23)	97
Jesús se aparece a los once discípulos	98
(Juan 20:24-29)	98
Jesús se aparece en Galilea	98
(Juan 21:1-23)	98
La gran comisión	98
(Mat. 28:16-20; Marcos 16:15-18)	98
La ascensión	99
(Marcos 16:19-20; Lucas 24:44-53)	99
Conclusión a los Evangelios	99
(Juan 20:30-31; 21:24-25)	99
Índice bíblico	100
Notas	104



Capítulo 1

Nacimiento y niñez de Jesucristo

Introducción general

Los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan tratan específicamente del nacimiento, vida, sufrimiento, muerte y resurrección de Jesucristo. Cuando examinamos las páginas de la Biblia las cuales resumen la vida de Cristo, debemos hacernos tres preguntas. Primero, ¿quién es Jesucristo? Segundo, ¿qué ha hecho Cristo por mí personalmente? Por último, ¿cómo debo responder al amor de Cristo? Cuando Martín Lutero leyó la Biblia hizo las mismas preguntas, y las respondió como sigue: Creo que Jesucristo, verdadero Dios engendrado del Padre en la eternidad, y también verdadero hombre nacido de la virgen María, es mi Señor, que me ha redimido a mí, hombre perdido y condenado, y me ha rescatado y conquistado de todos los pecados, de la muerte y de la potestad del diablo, no con oro o plata, sino con su santa y preciosa sangre y con su inocente pasión y muerte; y todo esto lo hizo para que yo fuese suyo y viviese bajo él en su reino, y le sirviese en justicia, inocencia y bienaventuranza eternas, así como él resucitó de la muerte y vive y reina eternamente. Esto es con toda certeza la verdad.¹

Fondo histórico

Las Escrituras del Antiguo Testamento terminaron con la profecía de Malaquías. Por más de 400 años los profetas guardaron silencio. Luego, con humildad y sencillez, nació un niño — ¡Dios envió al Salvador prometido!

El mes, día y año del nacimiento de Jesús no pueden ser precisados. Según las historias de los Evangelios sucedió cuando César Augusto era emperador de Roma (Lucas 2:1) y Herodes el Grande fue el rey de Judea (Mat. 2:1). La mayoría de los que estudian la Biblia concluyen en base a Mateo 2:13-22 que el nacimiento sucedió algún tiempo antes de la muerte de Herodes, que la historia fija en 4 a.C. La tradición fija el cumpleaños de Jesús como el 25 de diciembre, probablemente en el año 5 a.C.

Sin importar la fecha exacta, sabemos que el nacimiento de Jesucristo sucedió en un momento oportuno en la historia del mundo de acuerdo con el plan y fecha divina (Gál. 4:4). Unos 300 años antes Alejandro Magno de Macedonia emprendió una gran campaña militar. Dentro de 13 años sus ejércitos habían conquistado Grecia, Asia Menor, Palestina, Egipto y Persia, extendiendo su imperio hasta la India en el oriente. Después de la muerte de Alejandro su imperio se dividió entre sus generales más poderosos. Durante los tres siglos siguientes el idioma de Alejandro (el griego) llegó a ser el idioma mundial, y la cultura griega llegó a dominar en la mayoría de las sociedades.

Sin embargo, Roma, no Macedonia, resultó ser la potencia mundial en el

primer siglo antes de Cristo. Los ejércitos romanos, siguiendo una estrategia de divide y vencerás, extendió su imperio a casi todos los países adyacentes al mar Mediterráneo. Los romanos insistieron en el orden público en los países que gobernaron, y por un momento excepcional en la historia, existía una paz generalizada en todo el mundo civilizado. Además, los individuos podían navegar sin peligro los mares y viajar por las imponentes carreteras romanas que conectaron países y continentes.

El tiempo había llegado para que el Salvador viniera a la tierra. Bajo el gobierno romano Cristo podía atravesar las carreteras de Palestina sin temer a los salteadores de caminos o los ladrones y proclamar su mensaje salvador con impunidad. A partir de entonces el evangelio podía llevarse fácilmente a todas partes del mundo y proclamarse en un idioma que casi todos entendían.

Se anuncia el precursor *(Lucas 1:5-23)*

El prelude al nacimiento de Cristo está escrito en el primer capítulo del Evangelio según San Lucas. Por medio del ángel Gabriel Dios comenzó a revelar su plan de salvación y a cumplir sus antiguas profecías.

El primero en saber que vendría Cristo fue el sacerdote Zacarías. Este hombre anciano de Dios, que era designado para officiar en la adoración en el templo en esa mañana particular de octubre, estaba absorto en la oración. Como un sacerdote consciente de sus deberes sin duda había estado orando para que Dios enviara el Mesías prometido. De pronto el ángel Gabriel se le apareció

anunciando que esta oración había sido contestada. Con palabras escogidas cuidadosamente Gabriel continuó las líneas del pensamiento con que el Antiguo Testamento había terminado. Por medio de Malaquías (3:1) Dios había prometido que inmediatamente antes de la venida del Mesías nacería un precursor. Éste prepararía a la gente para recibir a su Salvador. Éstas son las últimas palabras de la profecía:

Yo os envío al profeta
Elías antes que venga el
día de Jehová, grande y
terrible. Él hará volver el
corazón de los padres
hacia los hijos, y el
corazón de los hijos hacia
los padres, no sea que yo
venga y castigue la tierra
con maldición. (Mal. 4:5-
6)

La espera ahora había terminado. Elisabet, la esposa de Zacarías, tendría un hijo que predicaría con el espíritu y poder de Elías. Dios ordenó que este precursor se llamara “Juan”. En hebreo, esto significa “Jehová es misericordioso” y así resalta el amor inmerecido de Dios hacia una humanidad pecadora que lo motivó a enviar a su Hijo a la tierra.

¿En qué maneras depende el Nuevo Testamento del Antiguo, y el Antiguo Testamento del Nuevo?

Se anuncia al Salvador *(Lucas 1:26-38)*

Dejando el gran templo en Jerusalén y a un sacerdote prominente y muy respetado, nuestros pensamientos ahora

vuelven a la aldea insignificante de Nazaret y a una joven sencilla y más o menos desconocida. Cinco meses después de hablar con Zacarías, Gabriel apareció a una virgen que se llamaba María. Otra vez, en un mensaje bien elaborado pero sencillo, el ángel dio a conocer el misterio de la venida de Cristo (Lucas 1:26-38). Primero saludó a María y disipó sus temores. Luego dirigió su atención a la conocida profecía de Isaías (7:14): “La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel” (“Dios con nosotros” Mat. 1:23). María había sido escogida para ser ‘la virgen’ y su hijo sería ‘Jesús’ (‘Jehová es salvación’). Él sería el Salvador prometido.

Es significativo que en esta ocasión, como durante toda su vida, María manifestó una fe humilde. No cuestionó la palabra de Dios como lo hizo Zacarías, sino sólo pidió información adicional en cuanto al papel que iba a desempeñar en el plan divino. Gabriel explicó su papel. En forma milagrosa un niño sería concebido en ella por el Espíritu Santo. Mientras tanto, sería virgen hasta el nacimiento del niño.

Futuras madres *(Lucas 1:39-55)*

María pronto dejó Nazaret y viajó a la casa de su parienta, Elisabet, de quien Gabriel informó que estaba embarazada. Tan pronto como las dos mujeres se saludaron, Juan saltó en el vientre de su madre. Así saludó al Jesús que aún no nacía, reconociendo que era mayor que él. Aquí Elisabet honró a María como la madre del Señor, pero María dio toda la alabanza a Dios.

En su “cántico”, María comentó cómo Dios la había bendecido (Lucas 1:46-49), luego describió la salvación de Dios por medio de Jesucristo (vv 50-55). Esta exclamación espontánea del corazón de María revela su fe ejemplar. Debemos recordar que era una ciudadana común, sin educación en muchas cosas. Sin embargo, conocía la palabra del Señor. Su “cántico” capta el tono y el contenido de versículos del Antiguo Testamento tales como 1 Sam. 1:11; 2:1-10; Sal. 103:17; Sal. 107:9.

Un mensaje para José *(Mat. 1:18-25).*

Después de permanecer con Elisabet por tres meses, María volvió a su hogar en Nazaret. Fue más o menos el tiempo cuando nació Juan, el precursor. Pronto José el carpintero se dio cuenta de que María, su prometida, estaba embarazada. En aquellos tiempos el compromiso, la promesa de casarse, era tan obligatorio que sólo se podía romper con el divorcio. Sin embargo, antes que José pudiera comenzar el trámite del divorcio, Gabriel se le apareció, le habló de la concepción milagrosa, e insistió en que el niño debería recibir el nombre de Jesús. José entonces recibió a María como esposa.

El nacimiento de Jesús *(Mat. 1:1-17; Lucas 2:1-20; 3:23-38)*

A través del Antiguo Testamento Dios había dado señales acerca de la venida del Salvador. Una de esas señales se describió en la profecía de Miqueas (5:2). El Cristo nacería en Belén de Efrata.

El César romano decretó que todo varón judío tenía que viajar a la ciudad de sus antepasados para inscribirse en las listas del sistema tributario. Aunque es inútil discutir si Dios hizo que Augusto ordenara el empadronamiento o sólo usó el acontecimiento político para sus fines, es evidente que en el plan divino de la salvación este empadronamiento sólo tuvo un propósito: que María estuviera en Belén en el momento del nacimiento.

Puesto que José y María eran del linaje de David (Mat. 1:1-17; Lucas 3:23-38) tuvieron que viajar a Belén, la ciudad natal de David. Por supuesto, esto quería decir que el hijo aún no nacido de María sería descendiente de David (vea Is. 11:1-2; Jer. 23:5). Otra vez vemos que los acontecimientos que rodearon el nacimiento de Cristo no fueron por accidente sino siguieron un plan preordenado.



Los detalles del nacimiento los conocen casi todos. Puesto que no podían conseguir un alojamiento adecuado en

Belén, María y José se refugiaron en un establo. Allí María dio a luz a Jesús, lo envolvió en pañales y lo puso en un pesebre. Sin embargo, cuando meditamos en la serenidad de la Navidad y la imagen de la virgen y el Niño es fácil perder de vista lo que realmente ocurrió. Dios se hizo carne; la segunda persona de la Trinidad se dignó convertirse en un ser humano. Está fuera de nuestro alcance comprender el nacimiento del Hijo eterno, el Dios todopoderoso como un niño indefenso, el todo glorioso en necesidad de ponerle pañales. Cristo no se había encarnado para recibir honra sino para ser humillado y finalmente sufrir y morir en la cruz por los pecados de toda la humanidad (Fil. 2:6-8).

El nacimiento de Jesús fue un acontecimiento de proporciones cósmicas. Pastores comunes, representantes de toda la humanidad pecadora, estaban acampando en los cerros de Belén cuidando sus rebaños. De repente apareció un ángel anunciando las noticias de la venida del Mesías. Entonces ejércitos de ángeles proclamaron que mientras Dios es glorificado en el cielo, la paz ha llegado a la tierra. Por medio del pecado, el hombre se había separado de Dios. Ahora Dios estaba en paz con el hombre por medio de Jesucristo, el Príncipe de Paz (Is. 9:6).

Tal vez es apropiado hacer un comentario sobre la respuesta de los pastores. A pesar de haber visto y oído a los ángeles, lo que los inspiró fue la palabra proclamada de Dios (Lucas 2:15). Además, después de visitar al niño Cristo en el establo, fueron sus testigos laicos (Lucas 2:17).

En Juan 5:39 Jesús dice que las Escrituras (Antiguo Testamento) dan testimonio de él. ¿Qué acontecimientos en los primeros años de Jesús demuestran que él tenía que ser el Mesías prometido?

La circuncisión y presentación de Jesús

(Lucas 2:21-38)

A la semana después de ese primer día de Navidad, José se empadronó y encontró alojamiento adecuado para su familia. Sin embargo, María y José no permitieron que los asuntos terrenales tuvieran prioridad sobre sus necesidades y obligaciones espirituales. Conforme a la ley del Antiguo Testamento (Lev. 12:3) al octavo día llevaron a Jesús para ser circuncidado. Al hacerlo así Jesús fue puesto bajo la ley, y comenzó a cumplir esa ley para la salvación de los seres humanos. También en esa ocasión José le dio al niño el nombre de “Jesús”.

En el día 40 María y José viajaron varios kilómetros desde Belén al templo en Jerusalén. Allí, en conformidad con la ley religiosa, Jesús fue presentado formalmente al Señor (Éxo. 13:2,12; Núm. 18:15-16), y María ofreció un sacrificio que le purificaba ceremonialmente (Lev. 12:1-8).

Cuando la pareja estaba en el templo se acercó un hombre profundamente religioso llamado Simeón y tomó a Jesús en sus brazos. El conocimiento de Simeón del pasado le permitió profetizar acerca del futuro. El Antiguo Testamento le enseñó que aunque el Mesías ganaría la salvación para todos los hombres (Is. 42:6; 49:6), sólo algunos lo harían su roca de salvación. Para muchos sería un tropiezo (Is. 8:14).

Ahora, mirando hacia el futuro, Simeón sabía que Jesús estaba “puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel” (Lucas 2:34).

Finalmente, con tristeza y gran compasión, Simeón alertó a María el sufrimiento que experimentaría. Vería a Jesús despreciado y rechazado por los hombres (Is. 53:3), también muriendo en agonía por la humanidad pecadora (Sal. 22). En ese tiempo una espada de profundo dolor traspasaría también su alma (Lucas 2:35).

Ana, la anciana profetisa, pronto se acercó. Como testigo que corroboraba su testimonio, ella testificó que la redención está en Cristo Jesús.

Visita de los magos

(Mat. 2:1-18)

Sin duda María y José, perplejos y asombrados, llevaron a Jesús de vuelta a Belén. Sin embargo, más pronto de lo que habían esperado se habían cumplido las profecías de Simeón. Magos gentiles, siguiendo una estrella especial, llegaron a la casa en donde se encontraba el niño Jesús, y lo adoraron. Como parte de su homenaje le ofrecieron regalos preciosos: oro, incienso y mirra.

Aunque Jesús era una roca de salvación para los magos, fue un tropiezo para el rey Herodes. Enfurecido por los celos al sólo pensar en un pretendiente a su trono, Herodes ideó un plan para que los magos le dijeran en dónde estaba Jesús. Cuando este plan se frustró, ordenó la matanza de todos los niños varones menores de dos años que vivían en los alrededores de Belén. La mayoría de los

que estudian la Biblia especulan que aproximadamente 20 niños perdieron así su vida. No obstante, Jesús no estaba entre ellos.

Dios había advertido a José en un sueño que llevara a su familia a Egipto. Los regalos de los magos seguramente costearon el viaje.

De Egipto a Nazaret *(Mat. 2:19-23; Lucas 2:39)*

Es una tentación especular que la breve estadía de Jesús en Egipto se debía a circunstancias incontrolables. Sin embargo, eso no fue el caso. Como tantos otros detalles de la vida de Cristo, esto estaba predestinado (Mat. 2:15).

Con el tiempo el infame rey Herodes sucumbió a una muerte angustiosa. Los gusanos literalmente consumieron sus intestinos y se dice que la fetidez de su aliento era tan repugnante que nadie podía permanecer en su presencia.

Después de su muerte, José al parecer quiso volver a Belén, pero supo que Arquelao, el peligroso hijo de Herodes, le había sucedido en el trono. Así, María y José llevaron a Jesús y se trasladaron otra vez a Nazaret, y al hacerlo dieron cumplimiento a otra profecía (Mat. 2:23).

Niñez de Jesús *(Lucas 2:40)*

La Biblia resume los siguientes diez años de la vida de Jesús en una sola oración: “El niño crecía y se fortalecía, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios era sobre él” (Lucas 2:40). Los que desean saber más de Jesús durante esta década de su niñez sólo tienen que

examinar su vida posterior para encontrar indicios. Jesús no fue hijo único; más bien tuvo varios hermanos y hermanas (Mat. 13:55-56). Mientras vivía en el pueblo de Nazaret, debe haber pasado mucho tiempo en el campo viendo a los granjeros y pastores que realizaban sus trabajos, mirando a los pájaros volar, y observando las flores. Más tarde se refirió con frecuencia a estas experiencias en sus parábolas y enseñanzas (Mat. 13:18-23; Mat. 6:26-30). Y por supuesto Jesús recibió una buena educación religiosa. Debe haberse dedicado por completo al Antiguo Testamento que aprendió a leer en el hebreo original. En su ministerio a menudo se refirió a la Escritura o la citó, especialmente aquellos versículos que hablaban de él, el Mesías prometido. Finalmente, en la vida de adulto Jesús con frecuencia se retiraba a un cerro para orar, una costumbre que tal vez haya desarrollado en su niñez.

Jesús en el templo *(Lucas 2:41-52)*

Conforme a la costumbre judía, la niñez de Jesús terminó cuando tenía 12 años. Cuando alcanzó esta edad, se le consideraba un adulto, a quien se debía tratar como a un hombre, que debía comenzar a aprender un oficio. En este año de transición en su vida, Jesús experimentó lo que ha sido llamado su “confirmación”.

Todo comenzó cuando Jesús acompañó a sus padres en un viaje a Jerusalén para celebrar la Pascua. En esta ocasión en particular (tal vez en la primavera de 8 d.C.), conoció por primera vez el culto en el templo. Unos cuantos días más tarde, debido a un malentendido, Jesús fue separado de su familia y amigos.

Después de buscarlo por tres días, María con sorpresa lo encontró en el templo. Al contrario de lo que muchos han pensado, la Biblia indica que Jesús estaba allí para escuchar, no para enseñar.

En esta ocasión escuchamos las primeras palabras de Jesucristo que se han escrito. María comenzó a amonestarlo: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado con angustia.” Él respondió: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lucas 2:48-49). Con gran sabiduría, Jesús testificó que no había quebrantado el Cuarto Mandamiento y que él comprendía cuál era su misión en la vida. Dios Padre, no José, fue su Padre. Jesús, en cumplimiento de su deber y responsabilidad, había venido para hacer la voluntad del Padre celestial.

Después de este incidente, otra gran parte de la vida de Jesús se resume en una sola oración. Jesús, entre la edad de 12 y 30, “crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres” (Lucas 2:52). Durante estos años suponemos que aprendió el oficio de carpintero (Marcos 6:3). Y cualquier otra cosa que haya hecho Jesús, estamos seguros de algo: nunca pecó (Heb. 4:15).

Considere el cántico de María (Lucas 1:46-55), el cántico de Zacarías (Lucas 1:67-79), y el comportamiento de Jesús en el templo (Lucas 2:46-47). ¿Qué sugieren estas referencias acerca del estudio bíblico en la vida del cristiano?

¿En qué sentido no fue Jesucristo un ser humano “normal”? O, ¿qué hechos acerca del nacimiento y los primeros años de Jesús muestran que fue verdadero Dios? ¿Verdadero hombre?



Capítulo 2

Jesús comienza su ministerio público

Introducción

Hasta ahora hemos estudiado los primeros 29 años de la vida de Jesús. Durante la mayor parte de este tiempo el Salvador llevó una vida más o menos sedentaria y rutinaria. Vivía en Nazaret, en donde se mantenía ocupado con la carpintería y el estudio de la Biblia. Fuera de su círculo de la familia y de amigos, era relativamente desconocido. Todo esto cambió cuando Jesús tenía 30 años. Desde entonces su vida no fue nada rutinaria. Ahora se dedicaba al oficio del ministerio público. Viajó por todo Palestina, generalmente acompañado por discípulos y amigos. En dondequiera que se detenía para predicar, atraía grandes multitudes, y en toda la nación judía el nombre Jesús llegó a ser muy conocido. Este capítulo se enfoca en el ministerio temprano de Jesús que se extendió desde más o menos enero hasta diciembre del 27 d.C. Sin embargo, la historia comienza seis meses antes con el ministerio de Juan.

Juan el precursor

(Mat. 3:1-12; Marcos 1:1-8; Lucas 3:1-18)

Juan, el hijo de Zacarías, probablemente creció en una aldea pequeña cerca de Jerusalén. Aprendió de su padre el propósito especial para su vida como

Gabriel y los profetas antes de él lo habían descrito (Is. 40:3-5; Mal. 3:1; 4:5-6). Por medio del estudio de las Escrituras obtuvo sabiduría en cuanto a la verdadera religión. Sin embargo, debe haberse desanimado bastante al reconocer lo corrupto que se había hecho el culto judío.

Para la mayoría de los judíos, la religión implicaba cumplir numerosos rituales y obedecer leyes eclesiásticas complejas. La secta influyente de los fariseos ponía reglas y normas hechas por hombres al mismo nivel que los Diez Mandamientos. Los diezmos, ayunos, lavamientos y otras cosas por el estilo fueron de suma importancia a la vez que la gente perdió de vista a Dios y la naturaleza de la verdadera adoración. Además, los fariseos importaron la política en la religión. Esos patriotas judíos estaban resueltos a obtener la independencia de los romanos a toda costa. Persuadieron a la gente de que el Mesías tanto tiempo esperado sería un rey terrenal que expulsaría al enemigo de Palestina.

Frente al legalismo y ritualismo de los fariseos, surgió un grupo muy unido conocido como los saduceos. Fueron los “librepensadores” liberales de su tiempo. Políticamente, estaban dispuestos a llevarse bien con los romanos. Espiritualmente, rechazaron el uso de leyes que los hombres crearon en la iglesia. Pero también negaron la resurrección de los muertos y la existencia de ángeles y demonios.

Quizás cuando era joven Juan había abandonado el hogar para establecerse en el desierto de Judea. En este duro ambiente del desierto vivió de los productos de la tierra, se vistió con

pieles de camello, y comió langostas y miel silvestre. También tuvo tiempo para reflexionar sobre las doctrinas que había aprendido y la corrupción religiosa que había visto. Mientras tanto, esperaba un mensaje de Dios.

Cuando Juan tenía 30 años Dios lo llamó a su servicio. Pronto comenzó a predicar y bautizar. Su misión fue exponer el pecado del pueblo, y, una vez que se arrepintieran, dirigirlos al Mesías prometido. El bautismo de Juan tuvo el mismo propósito que tiene el de nosotros hoy. Por medio del agua y la palabra impartió el perdón de los pecados y, por tanto, la salvación.

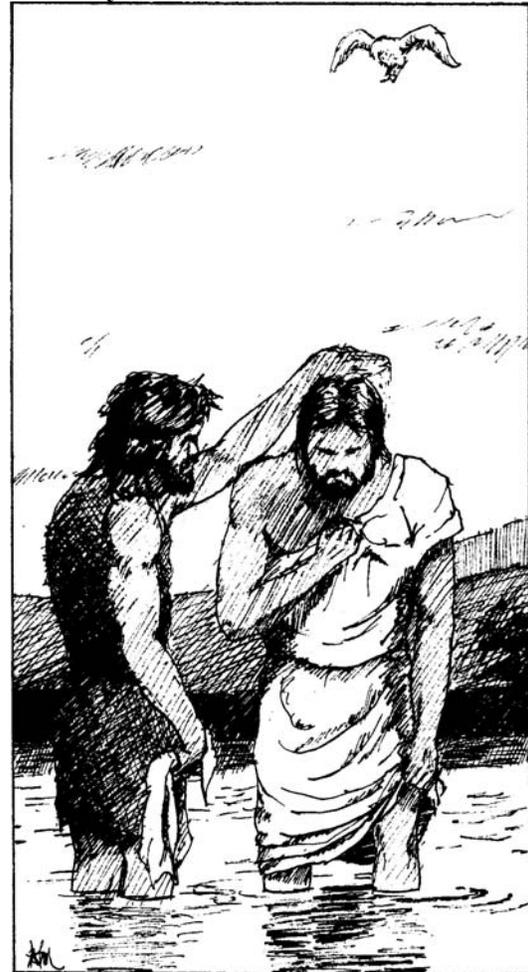
¿En qué maneras amenazan los “fariseos” y “saduceos” modernos a la iglesia?

El bautismo de Jesús

*(Mat. 3:13-17; Marcos 1:9-11;
Lucas 3:21-23)*

Juan había estado en el ministerio aproximadamente seis meses cuando Jesús apareció a la orilla del Jordán pidiendo el bautismo. Se podría preguntar al principio por qué Jesús quiso ser bautizado. Después de todo, no tuvo pecado y por tanto no necesitaba este sacramento que da el perdón de los pecados. Sin embargo, la misión salvadora de Jesús incluía un perfecto sometimiento a la ley (Mat. 3:15; Gál. 4:4-5) como sustituto del hombre. Dios había instituido el bautismo, por lo cual Jesús experimentó este rito. Sin embargo, el bautismo fue más que un ejemplo de su obediencia activa a la ley; también fue la instalación en su ministerio público. Por medio del bautismo formalmente aceptó su misión como el Salvador, y recibió poder

especial del Espíritu Santo para cumplir su trabajo.



Después del bautismo de Jesús la Trinidad completa se manifestó ante los hombres. Juan tenía ante él a Dios Hijo, Jesucristo. Dios Espíritu Santo descendió en forma de paloma, y Dios Padre habló. Fue apropiado que las tres personas de la Deidad se revelaran en esta ocasión. Los tres estaban presentes en el principio y habían creado al hombre a su imagen (perfecto, santo). Los tres habían sido testigos de la caída en el pecado. Finalmente, los tres habían concebido el medio por el cual el hombre podría ser salvo — es decir, por la vida y muerte de Jesucristo. En este día especial el Dios tres-en-uno públicamente testificaba que la salvación

del hombre por medio de Jesucristo seguramente se llevaría a cabo.

Satanás tienta a Jesús

(Mat. 4:1-11; Marcos 1:12-13; Lucas 4:1-13)

Después de que Jesús fue bautizado se retiró al desierto para orar. El Señor, en virtud de su naturaleza humana, sintió una necesidad muy real de comunicarse con su Padre celestial. Aquí, como en toda su vida, Cristo oró después de un acontecimiento especialmente significativo y antes de emprender una tarea importante (el bautismo, el ministerio público).

Por cuarenta días Jesús ayunó y oró en el desierto. Mientras tanto, Satanás lo atacaba constantemente, tentándolo a pecar.

“Satanás” es una palabra hebrea que significa ‘adversario’ o ‘enemigo’, mientras ‘diablo’ es una palabra griega que significa ‘calumniador’ o ‘mentiroso’. El Maligno demostró que merecía esos nombres, especialmente durante las tres últimas tentaciones.

Satanás se acercó a Jesús con la palabra “sí” — “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan” (Mat. 4:3). Con esta sencilla pregunta el diablo quiso que Jesús usara sus poderes divinos para un propósito vano.

En la segunda tentación, Satanás ofreció a Jesús gloria y aceptación popular instantánea. Si Cristo saltaba del pináculo del templo y flotaba calmadamente a la tierra sin sufrir daño, una multitud de adoradores lo vería y lo aceptaría de inmediato como el Mesías. Hubiera sido pecado que Cristo se

pusiera innecesariamente en peligro y así pusiera a prueba la providencia de su Padre.

Finalmente, en desesperación Satanás tentó a Jesús con un trato: Jesús podía vender su alma al diablo a cambio de un gobierno, poder y riqueza terrenales.

¡Es significativo que Jesús venciera cada tentación citando las Escrituras! Después de la tercera gran tentación Jesús ordenó a Satanás que se alejara, y debido al poder de la palabra de Jesús, al diablo no le quedó otra opción que obedecer. Así el Maligno perdió una gran batalla con el Salvador.

Considere la tentación de Eva en el huerto (Gén. 3:1-5) y la de Jesús en el desierto (Mat. 4:1-10). ¿Cómo usa (o abusa) Satanás las Escrituras? ¿Cómo deben los cristianos usar las Escrituras?

Jesús con Juan

(Juan 1:19-34)

Después de casi seis semanas en el desierto, Jesús volvió al río Jordán y a Juan el Bautista. El día anterior, Juan había dado testimonio a una delegación de líderes religiosos judíos de que él no era el Salvador prometido, sino sólo su precursor. Ahora, al ver a Jesús acercarse, Juan lo señaló con la mano diciendo: “¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). Con cuanta sencillez y claridad resumió Juan la obra de Jesucristo. Primero, Juan captó la atención de la gente. Luego, llamó a Jesús “el Cordero de Dios”, un título con un profundo significado. En la primera Pascua (Éxo. 12:1-13) la sangre de un cordero untado en los dinteles de las casas de los israelitas alejó al ángel de la muerte. En

forma similar, el cordero del que se habla en Isaías 53 se sustituiría por los pecadores y proveería la salvación. Jesús fue ese cordero.

Llamamiento de seis discípulos (Juan 1:35-51)

En el transcurso de los dos días siguientes, Jesús llamó a seis hombres para ser sus discípulos: Andrés y su hermano Pedro, Juan y su hermano Jacobo, Felipe y su amigo Natanael (también llamado Bartolomeo). Jesús sabía que algún día volvería a su Padre celestial. Por lo tanto, por medio de sus discípulos dejaría en la tierra un registro y testimonio de lo que había dicho y hecho, y lo que esto significaba.

Es interesante examinar las cualidades que Jesús buscó en sus discípulos. No escogió a sus seguidores conforme a su educación o condición económica. Mientras Juan y Jacobo procedían de una familia con recursos y buena educación, los otros discípulos no. Tampoco buscó Jesús una clase particular de personalidad. Pedro resultó ser agresivo e impetuoso, pero Andrés fue todo lo contrario. Lo que todos los discípulos tenían en común fue una fe sencilla pero sincera. Esperaban con ansias al Mesías prometido. Además, su fe produjo obras. Después de darse cuenta quién era Jesús, Andrés, Juan y Felipe quisieron atraer a otros a Cristo.

¿Cuáles principios del evangelismo cristiano se pueden obtener de la historia del llamamiento que hizo Jesús a sus primeros discípulos?

Las bodas de Caná (Juan 2:1-12)

Jesús regresó a Nazaret junto con sus seis discípulos. Su madre, María, había salido con destino a Caná para asistir a una boda a la cual él también había sido invitado. Puesto que los discípulos eran amigos y compañeros de Jesús, ellos también fueron invitados a última hora.

En la boda surgió una situación embarazosa. Las buenas costumbres exigían que todos los invitados en una boda recibieran comida y bebida (vino) suficientes para que quedaran satisfechos. Sin embargo, el vino pronto se acabó.

Cuando María se dio cuenta de ello, al parecer pensaba que era el momento oportuno para que Jesús se revelara. Por 30 años ella había abrigado en su corazón el conocimiento de que él era el verdadero Dios, el Mesías prometido. Ahora había compartido con sus discípulos el secreto de su identidad. María pensaba que esta oportunidad era perfecta para que manifestara su deidad y a la vez ayudara a los novios.

La respuesta de Jesús a María nos podría parecer algo dura. Le dijo: “¿Qué tiene que ver esto con nosotros, mujer? Aún no ha llegado mi hora” (Juan 2:4). Pero con esto Jesús sólo quiso recordar a María que ya no debería ser considerado su hijo. Era el Hijo de Dios.

Pronto llegó su hora. Ordenó a los siervos llenar con agua las grandes tinajas de piedra que se encontraban cerca. Cuando se presentaron cántaros de esta agua al encargado del banquete, el agua se había convertido en vino.

Puede que sea significativo o no el que Jesús había venido con seis discípulos, y que había convertido seis tinajas de agua en vino. En todo caso, los invitados tomaron una parte de los aproximadamente 550 litros de vino que Jesús proporcionó, mientras lo que quedaba era un regalo de bodas para los recién casados.

Se deben hacer varios comentarios acerca de este episodio en la vida de Jesús. Al asistir a la boda Jesús demostró su aprobación del matrimonio. También demostró la bondadosa preocupación y el deseo de ayudar a las personas que se encuentran en medio de desilusiones y ansiedades de la vida. Pero sobre todo, “manifestó su gloria” (Juan 2:11) a sus discípulos. Con este milagro demostró que era el Mesías prometido, y los discípulos creyeron en él de todo corazón.

Primera limpieza del templo (Juan 2:13-25)

Las bodas de Caná probablemente se celebraron en algún tiempo en marzo del año 27 d.C. Después de terminar las festividades, Jesús, su madre, sus hermanos y discípulos fueron a pasar algunos días en Capernaúm. Desde allí (probablemente sin María) acompañaron a la multitud de peregrinos que se dirigía hacia Jerusalén para celebrar la Pascua.

Es muy posible que Jesús haya hecho este viaje cada año desde que había cumplido los doce años; sin embargo, esta ocasión sería diferente. Ahora comenzaría su ministerio público. Llegó el tiempo del cumplimiento de la profecía de Malaquías de 475 años de antigüedad (3:1) — “Y vendrá

súbitamente a su Templo el Señor a quien vosotros buscáis y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros, ya viene, ha dicho Jehová de los ejércitos”.

El santo templo en Jerusalén fue una estructura magnífica. Unos 46 años antes el rey Herodes había comenzado la reconstrucción y, en palabras del historiador judío Josefo, “el gasto dedicado a esta obra fue incalculable, su magnificencia nunca ha sido superada.”ⁱⁱ Sin embargo, la verdadera importancia del templo no consistía en la estructura misma, sino en el culto que allí se celebraba.

La Casa de Dios debía ser un lugar de sacrificio y oración. Según el diseño de Dios, el sistema de sacrificios debía cumplir un doble propósito. Al exigir la muerte de un animal, Dios recordaba al hombre de la paga del pecado. Y al exigir la vida de un animal “inocente” en lugar del pecador, señalaba hacia el Salvador que algún día sería sacrificado por los pecados de toda la humanidad. Con este evidente simbolismo de las consecuencias del pecado y la salvación inmerecida por medio de un “sustituto”, es fácil entender por qué el templo era una “casa de oración” (Is. 56:7). Aquí los pecadores podían comunicar a Dios su contrición, arrepentimiento, esperanza de la salvación y acciones de gracias.

Sin embargo, en el tiempo de Cristo la conveniencia y la avaricia interrumpieron el verdadero culto del templo. A judíos y prosélitos (con excepción de mujeres, esclavos y menores de edad) se les exigía el pago de medio siclo del impuesto del templo (Éxo. 30:11-16). La mayoría prefería pagarlo durante la fiesta de la Pascua. De ahí que era necesario tener cambistas

para cambiar el dinero extranjero de muchos de los peregrinos por dinero judío. Además, no era práctico que los peregrinos judíos trajeran con ellos animales destinados al sacrificio al Señor. Así había demanda de corrales de ganado en donde se podían comprar los animales y aves para el sacrificio. Pero surgió un problema relacionado con el local de los bancos y corrales. Algunos mercaderes judíos avaros ponían sus bienes y servicios cada vez más cerca al templo, hasta que finalmente pusieron sus negocios dentro del patio del templo. El templo santo que era para el culto y la oración ahora estaba lleno del ruido del ganado, ovejas, palomas, del bullicio del regateo de los mercaderes, ni que decir del olor de los corrales.

Jesús llegó “súbitamente a su Templo”. Entró en el patio, formó un azote de cuerdas y echó el ganado. Fue a las mesas de los cambistas y las volcó, tirando las monedas por el piso cubierto de estiércol. Finalmente, fue a las jaulas de los pájaros y ordenó librar a las palomas.

Ese día Jesús no sólo limpió el templo, también se identificó públicamente como el Mesías. Proclamó a los mercaderes: “Quitad esto de aquí, y no convertáis la casa de mi Padre en casa de mercado” (Juan 2:16). Sólo Cristo, como el Mesías, podía llamar el templo la casa de “mi” Padre. Después, cuando lo interrogaron acerca de su autoridad, respondió con un enigma. Desde el comienzo de su ministerio señaló su fin. El templo de su cuerpo sería destruido (en la cruz), pero en tres días sería restaurado (en la resurrección).

¿Qué peligros conllevan comprar y vender en la iglesia?

Jesús y Nicodemo

Juan 3:1-21

En los días posteriores Jesús anduvo entre la gente, la enseñó, e hizo milagros (Juan 2:23). Como resultado, muchos de los peregrinos creyeron en él. No obstante, los líderes religiosos no tenían tantos deseos de aceptarlo. Hubo una excepción, Nicodemo.

Juan (3:1) nos informa que Nicodemo era fariseo y miembro del consejo gobernante judío, el Sanedrín. Cuando sabemos esto, sabemos bastante acerca de él. Como fariseo esperaba ganar la salvación cumpliendo estrictamente las leyes tanto bíblicas como las hechas por los hombres. Como miembro del Sanedrín, era juez en procesos por herejía, idolatría y falsa profecía. Así, debe haber poseído un buen conocimiento del Antiguo Testamento.

Con la esperanza de evitar que sus colegas lo vieran, Nicodemo llegó a Jesús amparándose en la oscuridad de la noche. Reconoció que Jesús era un rabino (un maestro de la palabra de Dios) y que poseía poder divino que lo capacitó para hacer milagros. Jesús entonces aprovechó la conversación y llevó a Nicodemo a una revelación sorprendente de los misterios de Dios. Primero el Maestro demostró al alumno que el hombre, si depende de sus propios poderes, jamás podrá obtener la ciudadanía en el reino de Dios. Para que esto suceda, tiene que haber un cambio fundamental. Por medio de la predicación de la palabra y el bautismo de arrepentimiento, el Espíritu Santo efectúa la conversión. Nicodemo, un estudiante de la Biblia, debe haber sabido esto, pero su comprensión se

había empañado debido a su razón humana.

Luego Jesús predicó el evangelio usando una ilustración del Antiguo Testamento. En el desierto (Núm. 21:4-9) la liberación llegó a los que creyeron la promesa de Dios y por fe miraron fijamente a la serpiente de bronce. Pero esto sólo era una imagen de la liberación espiritual que debería venir por medio de Jesucristo. Él sería “levantado, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:14,15).

Finalmente, Cristo mostró a Nicodemo que la salvación no es obra humana, sino el resultado del amor inmerecido de Dios, por medio de Jesús. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Ministerio temprano en Judea *(Juan 3:22-36)*

Pocos días después Jesús salió de Jerusalén. Durante los ocho meses siguientes (de mayo hasta diciembre del 27 d.C.) enseñaba y bautizaba en las regiones rurales de Judea (Juan 3:22). En realidad, Jesús no bautizó, sino lo hizo por medio de sus discípulos (Juan 4:2).

Durante este tiempo Jesús comenzó a atraer a personas que antes se habían reunido alrededor de Juan el Bautista, lo cual causó malestar entre algunos de los discípulos de Juan. Sin embargo, fiel a su llamamiento, Juan dirigió a todos los que estaban dispuestos a escuchar a Jesucristo (Juan 3:22-36). Prácticamente, el ministerio de Juan se había completado. Había preparado el camino

para el Señor. Jesús, el Salvador, ahora atraería la atención de los hombres, al mismo tiempo que a Juan lo encarcelarían, lo ejecutarían, y sería recibido en gloria.



Capítulo 3

Aplauso y gran oposición

Introducción

En el capítulo anterior estudiamos el primer año del ministerio público de Jesús. En ese año pasó de ser poco conocido a ser el centro de atención.

Durante los tres meses siguientes (de enero a marzo del 28 d.C.) Jesús mantuvo un ministerio activo entre sus compatriotas de Galilea. Por lo general, el pueblo lo recibió favorablemente, pero al mismo tiempo comenzó a aparecer la punta del iceberg de la oposición.

La mujer por el pozo
(*Mateo 4:12; Marcos 1:14; Lucas 4:14; Juan 4:1 – 4:2*)

El lector casual del Nuevo Testamento con frecuencia llega a la conclusión de que la evolución de los acontecimientos en el ministerio de Jesús fue en gran parte fortuito. Sin embargo, no es así. Cuando Jesús dejó el cielo y condescendió a hacerse humano, ya tenía una visión clara de su misión salvadora, y durante su ministerio coordinó sus movimientos, actividades y enseñanzas de acuerdo a ella.

En Jerusalén, el centro del culto del Antiguo Testamento, Jesús hizo público su ministerio. Al limpiar el templo demostró que era el Señor del templo, el

Mesías por tanto tiempo esperado. Luego, en toda Judea, en donde Juan el Bautista ya había puesto al descubierto la herejía de los líderes religiosos, Jesús llegó predicando el evangelio de la salvación.

Las profecías del Antiguo Testamento predijeron que el Mesías vendría a los judíos, pero no sólo a ellos (Is. 42:6; 49:6). Como dijo Simeón, Jesús sería “gloria de [su] pueblo Israel”, pero también “luz para revelación a los gentiles” (Lucas 2:32). Así, después de comenzar su obra entre los israelitas, Jesús emprendió un viaje a la provincia judía de Galilea, pero no sin antes detenerse en la región de los gentiles en Samaria.

La mayoría de judíos que viajaba de Judea su conciencia los hacía desviarse para evitar pasar por Samaria. Unos siete siglos antes los israelitas habían habitado Samaria. Sin embargo, cuando los asirios conquistaron el área, deportaron a muchos de los judíos y los reemplazaron con pueblos paganos (2 Reyes 17). Con el tiempo los judíos que permanecían en Samaria comenzaron a contraer matrimonio con los incrédulos. Pronto sus religiones estaban mezcladas.

En el tiempo de Jesús, los samaritanos aceptaron los primeros cinco libros en el Antiguo Testamento y a Jehová, pero sólo junto con creencias e ídolos paganos. El santuario central para su culto fue la cima del monte Gerizim, no el templo en Jerusalén. En consecuencia, los judíos despreciaron a los samaritanos, los cuales, a la vez, detestaron a los judíos.

Pero Jesús no aceptó el odio racial. Consideró a los samaritanos como a

todos los demás hombres — pecadores que necesitaban un Salvador. De manera interesante, usó a una mujer sumamente pecadora como objeto de evangelización entre este pueblo.

La conversación de Jesús con la mujer por el pozo puede parecer un poco desorganizada, pero al examinarla con más cuidado vemos la técnica magistral que empleó para llevarla a la fe. Cristo la atrajo, abriendo su apetito por algo que no tenía (Juan 4:4-15). Luego expuso sus pecados y consiguió una confesión de culpa (vv 16-19). Finalmente, no queriendo que una discusión acerca de los procedimientos en el culto lo desviara del tema, se presentó como el Mesías, el Dios verdadero y viviente (vv 20-26).

La fe de la mujer samaritana produjo frutos inmediatos. Fue a la gente que conocía y les habló acerca del Salvador. Ellos acudieron a él, tal vez por curiosidad, y creyeron su palabra de vida eterna. En dos días muchas almas se salvaron.

Considera la historia de Jesús y la mujer por el pozo (Juan 4). ¿Cuáles son las etapas de la conversión? Cuando se habla con un incrédulo, ¿por qué es necesario presentar la ley antes del evangelio? Con frecuencia se dice que los recién convertidos son los mejores evangelistas. ¿Por qué frecuentemente es el caso?

Jesús predica en Galilea
(*Mat. 4:17; Marcos 1:14-15;*
Lucas 4:14-15; Juan 4:43-45)

Desde Samaria Jesús y sus discípulos viajaron al norte hacia Galilea. En algún punto por el camino los envió a sus casas

y oficios anteriores. Es posible que Jesús deseaba pasar algún tiempo solo después de su primer año de predicación.

Sin embargo, Jesús no iba a disfrutar ni siquiera de un poco de descanso y tranquilidad. Muchos de los galileos que lo habían visto antes hacer milagros en Jerusalén inmediatamente lo reconocieron, y pronto las noticias de su presencia se extendieron por toda Galilea.

Curación del hijo de un noble (*Juan 4:46-54*)

En Caná Jesús se encontró con cierto noble que tenía a su hijo enfermo. Este hombre, posiblemente a quien se le llama Chuza en Lucas 8:3, rogó a Jesús que fuera a Capernaúm para sanar al joven. El noble tenía una fe débil, que se basaba en la prueba visual de los milagros, no en la palabra de Jesús. El Señor sabía eso y por lo tanto lo envió a su casa sin otra cosa más que con palabras de esperanza y promesa: “Vete, tu hijo vive” (Juan 4:50). El noble creyó, se fue, y encontró que su hijo se había sanado. Él y toda su familia creyeron ese día.

Rechazo en Nazaret (*Mat. 14:3-5; Marcos 6:17-20;* *Lucas 3:19-20; 4:16-30*)

Tal vez mientras Jesús estaba en Caná recibió noticias de que el rey Herodes había arrestado a Juan el Bautista y lo había encarcelado en la fortaleza de Maqueronte cerca al mar Muerto. Se había completado la tarea del precursor. Ahora era el momento de que Jesús comenzara su gran ministerio en Galilea.

Cuando Jesús caminaba hacia Nazaret, un solo pensamiento pasaba por su mente: “ningún profeta es bien recibido en su propia tierra”. Pronto se cumplió el proverbio.

El sábado Jesús entró en la sinagoga de Nazaret. Conocía bien el lugar, puesto que casi no había faltado a ningún culto de adoración desde que era niño. El edificio daba a Jerusalén. Adentro, los hombres se sentaban en un lado y en el otro lado estaban las mujeres ocultas detrás de una celosía. Cerca al centro del cuarto había un área elevada con un facistol y un asiento. Hacia el sur había una caja pintada (arca) que contenía las Sagradas Escrituras.

El culto comenzaba con una bendición seguida de un credo, y luego las oraciones formales. El liturgista después dejaba el facistol para dirigirse al altar y rezaba una serie de oraciones para la ocasión. Puesto que a Jesús le pidieron dar el discurso del día, probablemente también le pidieron dirigir esta parte del culto también. Después de las oraciones, uno de los descendientes de Aarón, si había uno presente, pronunciaba la Bendición Aarónica (Núm. 6:22-26). Así terminaba la liturgia.

La parte didáctica del culto comenzó con varios hombres leyendo porciones de la Ley (los primeros cinco libros del Antiguo Testamento). Luego Jesús caminó al facistol en donde se le entregó el libro del profeta Isaías. Desenrolló el rollo hasta Isaías 61:1-2 y lo leyó. Mientras tanto, la congregación se sentaba tranquilamente y escuchaba. Cuando terminó la lectura Jesús se sentó en el asiento del maestro mientras la gente también permanecía sentada.

En una clara forma evangélica Jesús explicó el misterio de su texto. Anunció que él era el Mesías por tanto tiempo esperado de quien hablaban esos versículos. Primero la congregación se quedó fascinada, luego tuvo resentimiento.

Los hombres acostumbraban a expresarse abiertamente en el culto. Pronto empezaron a murmurar. Luego expresaron en voz alta su indignación. La gente reprochó a Jesús como al simple hijo del carpintero y exigían milagros para probar lo que afirmaba. Jesús trató de mostrar a la gente su error, pero no lo logró.

La congregación, ahora convertida en turba, llevó a Jesús desde la sinagoga a un declive rocoso fuera del pueblo, y lo hubieran arrojado para matarlo, pero no había llegado su hora para morir. Con porte divino, caminó en medio de la turba y tranquilamente salió de Nazaret.

Algunas personas insisten en que pueden adorar a Dios a solas y que no necesitan asistir a la iglesia. ¿Cómo se puede usar Lucas 4:16 para contradecir este argumento? ¿En qué se parecen nuestros cultos luteranos al culto de la sinagoga en el tiempo de Jesús?

Llamamiento de cuatro apóstoles *(Mat. 4:18-22; Marcos 1:16-20)*

De Nazaret Jesús fue a Capernaúm, que ahora llegó a ser su lugar de residencia. Capernaúm fue una base ideal para la misión de Jesús. Fue la ciudad más importante en toda Galilea. Ubicada a la orilla del mar de Galilea, fue el hogar de muchos pescadores. Situada en la principal ruta de caravanas entre Damasco y el mar Mediterráneo, fue un

centro comercial y de comunicaciones. La ciudad fue tan importante que llegó a ser un centro aduanero, ocupada por un destacamento de soldados romanos. Es interesante notar que algunos años después San Pablo siguió el ejemplo de Jesús en concentrar su ministerio en las principales ciudades comerciales o alrededor de ellas.

Un día cuando caminaba por la orilla del mar de Galilea Jesús vio a sus amigos Pedro y Andrés. El mensaje que les dio fue sencillo pero lo entendieron de inmediato. “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres” (Mat. 4:19). Si bien, antes los había llamado para que fueran sus seguidores, ahora los estaba llamando para representarlo. Un poco más lejos por la orilla vio a Jacobo y a Juan y también los llamó.

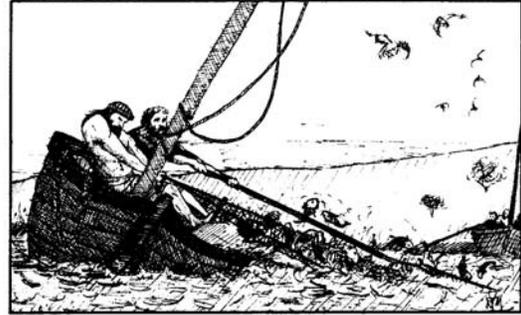
El milagro de los peces (*Lucas 5:1-11*)

Pronto se reunió una multitud alrededor de Jesús. A fin de que lo pudieran ver y escuchar con más facilidad, entró en una barca vacía de pesca y dijo a Pedro alejarse un poco de la orilla. Sentándose, comenzó a predicar. Sin duda habló a la gente el mensaje del evangelio.

Cuando el sermón había terminado, pidió a Pedro ir hacia aguas un poco más profundas y bajar las redes. Aunque la pesca usualmente era mejor en la noche y cerca de la orilla, Pedro obedeció de inmediato. De pronto se llenaron las redes. Al ver lo que había sucedido, los compañeros de Pedro se fueron en una segunda embarcación. La pesca fue tanta que casi hundió las dos barcas.

Asombrado por el milagro, Pedro impetuosamente exclamó: “Apártate de

mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lucas 5:8).



Es evidente que ésta no es la forma correcta de pensar. Los pecadores deben buscar a Jesús para obtener el perdón de los pecados, no decirle que se aparte de ellos. La respuesta correcta es la del himno de Magnus Landstad que escribió:

Cuando los pecadores ven su perdición
Y sienten la carga opresiva del pecado,
Y viene Jesús en su misión
Para sanar el corazón enfermo del pecado,
Todo dolor ante su gracia huirá,
Y gozo divino lo reemplazará.

En esta ocasión Jesús no reprendió a Pedro, sino sencillamente dijo: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres” (Lucas 5:10).

Milagros en Capernaúm (*Mat. 8:14-17; Marcos 1:21-34;* *Lucas 4:31-41*)

Hasta ahora hemos estudiado tres milagros específicos de Jesús: el cambio del agua en vino en Caná, la curación del hijo de un noble, y ahora la gran pesca. Más tarde, en un solo día echó un demonio de un hombre que había entrado en la sinagoga en Capernaúm, sanó a la suegra de Pedro, y esa tarde

sanó a muchos y echó fuera a muchos demonios (Marcos 1:21-34).

Se debe mencionar aquí que Jesús no hizo milagros para ganarse la aceptación de la gente. A veces realizó sus obras poderosas por amor y compasión, sólo para ayudar a los necesitados y desafortunados. En otras ocasiones, sus maravillas tenían la intención de revelar su divinidad y su insistencia de que era el Mesías. Pero también la mayoría de sus milagros tenía ambos propósitos. Por ejemplo, en las bodas de Caná, ayudó a una pareja joven a salir de una situación embarazosa, pero al hacerlo probó que es el Hijo de Dios.

Cuando hablamos de los milagros de Jesús, es interesante notar que Jesús nunca hizo ninguno para manifestar su ira. En tiempos del Antiguo Testamento, los profetas con frecuencia realizaron obras poderosas que demostraban la ira de Dios contra los hombres injustos (Núm. 16:31; 2 Reyes 1:10-12). Jesús, por otro lado, desanimó esa práctica (Lucas 9:54-56), y sólo hizo señales de gracia y misericordia.

Si Jesús nunca realizó milagros con ira, ¿entonces cómo se puede explicar la maldición de la higuera (Marcos 11:13-14, 20-21)?

Primer viaje misionero por Galilea

(Mat. 4:23-25; Marcos 1:35-45; Lucas 4:42-44; 5:12-16)

Después de pasar unos días en Capernaúm, Jesús decidió extender su ministerio a toda Galilea. Razonó que la gente de esa ciudad había visto lo suficiente y necesitaba un tiempo para reflexionar. Mientras tanto, iría de

pueblo en pueblo predicando el evangelio.

Jesús no llegó fácilmente a esa decisión. Sólo vino después de horas de oración ininterrumpida (Marcos 1:35). El Señor tenía la costumbre de orar antes de tomar grandes decisiones.

Jesús predicó e hizo milagros por toda Galilea. Pronto sus actos de misericordia comenzaron a interferir con su enseñanza. Un incidente con un leproso presenta un caso así.

La lepra fue una enfermedad especialmente temida, y a los que la sufrían los contaban como muertos vivientes. La condición primero afectaba la piel, dejando úlceras y ronchas, luego las membranas mucosas de la boca y laringe. Finalmente, con el avance de la enfermedad, a la víctima se le caía el pelo, se le carcomían la nariz y los labios, y los huesos y coyunturas comenzaban a disolverse.

Un día mientras Jesús caminaba, un hombre “lleno de lepra” repentinamente se le acercó. Jesús extendió la mano y lo tocó, e inmediatamente la enfermedad desapareció. Cristo envió al hombre al sacerdote para que lo declarara limpio, pero antes de eso le ordenó que no publicara lo que había sucedido. Jesús temía que su reputación como hacedor de milagros interferiría con su tarea mucho más importante, y tenía razón. El hombre habló libremente y multitudes de enfermos y curiosos se reunieron en cada ciudad a donde entraba Jesús, “de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera, en los lugares desiertos; y venían a él de todas partes” (Mar. 1:45).

Si Jesús, según su naturaleza humana, tenía la necesidad muy real de orar, cuánto más nosotros debemos sentir la necesidad de orar. ¿Por qué es importante que los cristianos sigan el ejemplo de Jesús (Marcos 1:35) y encuentren un lugar donde puedan orar sin interrupciones?

Curación de un paralítico (*Mat. 9:2-8; Marcos 2:1-12; Lucas 5:17-26*)

Después de muchos días, tal vez semanas, Jesús volvió a Capernaúm. Pronto se juntó una multitud. Es interesante notar que no todos eran residentes locales. Tanto fariseos como escribas de varias comunidades de Galilea y de la lejana Jerusalén habían viajado para escuchar y verlo. Puesto que estos hombres fueron los líderes religiosos del pueblo, se comprende que ellos pensaban que Jesús merecía y debía ser vigilado.

Mientras Jesús predicaba a una gran multitud en la casa de Pedro, afuera sucedió algo dramático. Cuatro hombres al parecer habían prometido solemnemente a su amigo paralítico que lo llevarían a Cristo. Puesto que los oyentes impidieron el acceso por las puertas y ventanas, los hombres idearon un plan ingenioso. Subieron al paralítico por el techo plano que estaba directamente encima de Jesús, quitaron algunas de las tejas, y usando cuerdas lo bajaron en una camilla.

En vez de sólo curar al hombre, Jesús dijo algo totalmente inesperado. “Hombre, tus pecados te son perdonados” (Lucas 5:20). Los fariseos y escribas de inmediato manifestaron su desacuerdo al escuchar esas palabras,

pensando: “¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?” Pero precisamente eso fue el punto. Jesús realmente era Dios. Entonces Cristo sanó al paralítico. En este breve episodio el Señor dio una demostración pública de su autoridad divina (para perdonar los pecados) y su poder (para sanar).

Llamamiento de Mateo (*Mat. 9:9-13; Marcos 2:13-17; Lucas 5:27-32*)

Jesús pasó esa tarde con el élite religioso de Israel. Pronto, tal vez la tarde siguiente, lo rodearon los marginados de la ciudad, pecadores notorios, invitados de un hombre que se llamaba Leví.

Ese mismo día Jesús había predicado antes cerca del mar de Galilea. La gran carretera hacia el norte a Damasco pasaba cerca de allí. Puesto que los mercaderes transitaban mucho por ella, no es de extrañar que el gobierno romano instalara puestos, dirigidos por publicanos (cobradores de impuestos) para recoger los derechos aduaneros de importación y exportación. Los publicanos con frecuencia eran deshonestos y, además, trabajaban para Roma, por eso los judíos los despreciaron.

Cuando Jesús pasó por el puesto del cobrador de impuestos Leví, le mandó: “Sígueme” (Mat. 9:9). Leví obedeció, y después invitó a Jesús y sus discípulos a una cena a la que también los amigos de Leví asistieron.

Cuando los fariseos y escribas oyeron esto, objetaron. La respuesta de Jesús a esa objeción ha alegrado el corazón de los pecadores arrepentidos hasta hoy — “Los que están sanos no tienen

necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lucas 5:31-32).

Lección sobre el ayuno

*(Mat. 9:14-17; Marcos 2:18-22;
Lucas 5:33-39)*

Obviamente la doctrina y vida de Jesús eran muy distintas de la religión que practicaban los fariseos. Entre otras cosas, Jesús no animó a sus discípulos a ayunar. Cuando le preguntaron acerca de esto su respuesta fue sencilla. Puesto que él estaba con ellos en persona no sería oportuno que ellos ayunaran (una práctica que simbolizaba la tristeza y el dolor). Después de que él volviera al cielo sus discípulos podrían ayunar.



Capítulo 4

Controversias sobre el sábado y el Sermón del monte

Introducción

En el capítulo anterior vimos el comienzo del gran ministerio de Jesús. Trabajó en su propia región de Galilea desde enero hasta marzo del 28 d.C. Sin embargo, cuando se acercó el tiempo para la celebración de la Pascua, una vez más hizo la peregrinación a Jerusalén.

Mientras Jesús predicaba y sanaba en la capital, los nubarrones de la controversia seguían creciendo alrededor de él. Sus enseñanzas y acciones hicieron tambalear el mismo fundamento de la religión judía corrompida: el legalismo en cuanto al día del sábado y la idea de la justicia propia.

Después de la Pascua el Señor volvió a Galilea y reanudó su ministerio allí. Pronto el ruido del descontento fue ahogado por exclamaciones de esperanza y alabanza. Las multitudes se reunieron alrededor del “gran Médico” para que les diera alivio físico. Pero Jesús, como demostró en el sermón del Monte, había venido para dar alivio espiritual.

Milagro en Betesda (Juan 5:1-15)

Después de tres meses de trabajo misionero infatigable, Jesús interrumpió

su ministerio para asistir a la fiesta de la Pascua en Jerusalén. Al llegar a la ciudad santa, se acercó al estanque de Betesda. En ese lugar el sufrimiento debe haber sido conmovedor. Aquí gran número de personas, reunidas por un vínculo común de miseria y esperanza, descansaban a la sombra de los pórticos y esperaban. De vez en cuando Dios enviaba un ángel que agitaba las aguas y el primero que entraba en el estanque después de esto se curaba de su enfermedad.

Cuando Jesús miró a los ciegos, cojos y paralizados, se fijó en cierto individuo en particular. Con su comprensión divina Jesús sabía que este hombre había estado paralizado por 38 años (más que la expectativa de vida en ese entonces). La condición física del hombre no sólo era grave, sino mentalmente había llegado al punto de perder la esperanza. Puesto que no podía arrastrarse hasta el agua después de la visita del ángel, no tenía esperanza de curarse.

Conmovido profundamente Jesús se acercó al hombre y le hizo una pregunta al parecer ridícula: “¿Quieres ser sano?” (Juan 5:6). Sin embargo, esta pregunta tiene buen sentido si consideramos que no es una pregunta acerca de querer, sino de dar una oportunidad. El paralítico objetó que era imposible que se sanara a menos que alguien lo llevara al agua en el momento preciso. Jesús no respondió a esto, sino sencillamente le mandó: “Levántate, toma tu camilla y anda”. Al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su camilla y anduvo” (Juan 5:8-9).

Se debe observar dos cosas acerca de este milagro. Primero vemos su grandeza. Por 38 años el hombre había estado paralizado; cuando Jesús le habló

recuperó la salud por completo. Los músculos atrofiados se fortalecieron, y caminó sin vacilar. Segundo, y más importante, este milagro ilustra el axioma: “Da lo que mandas, y otorga antes de exigir.” No hay ninguna evidencia de que este hombre haya creído en Jesús antes de este encuentro. Sin embargo, Dios llenó de confianza su corazón para que al mandato de Cristo, pudiera hacer lo imposible: mover los músculos que él no podía sentir ni controlar.

El hombre fue sanado y después adoró a Dios en el templo. Allí Jesús se le acercó con una advertencia: “No peques más, para que no te suceda algo peor” (Juan 5:14). En un instante Jesús expuso los pecados del pasado remoto del hombre, le mostró el perdón, y le advirtió de la eterna condenación.

Controversia sobre el sábado *(Juan 5:16-47)*

La compasión y el poder que Jesús mostró de inmediato provocó una chispa de resentimiento en algunos individuos. La razón fue que había realizado el milagro en un sábado.

La consagración del sábado tenía sus raíces en la creación. Dios creó por seis días y luego descansó el día séptimo (Gén. 2:2-3). Después en el Tercer Mandamiento Dios declaró que se debía santificar el sábado (Éxo. 20:8-11). Más tarde, Dios repitió que no se debía trabajar en ese día (Neh. 13:15; Jer. 17:21). Está claro que cuando el Antiguo Testamento hablaba de descansar el sábado, en primer lugar se refería a descansar del trabajo y el comercio. Los creyentes no deberían llevar nada al campo ni traer nada de allí, tampoco

debían introducir cosas en la ciudad para ser vendidas. En segundo lugar, el sábado fue un símbolo del descanso espiritual que vendría a través del Mesías prometido (vea Mat. 11:28-29). Mientras el pueblo esperaba al Salvador, debía emplear el sábado para reflexionar sobre la generosidad de Dios, adorarlo, alabarle y estudiar su palabra.

Desafortunadamente, en el tiempo de Jesús se había perdido el verdadero significado del sábado. Para los fariseos el sábado significaba obedecer una larga lista de restricciones y prohibiciones. Inventaron leyes acerca de cuánto podía una persona levantar en el sábado, cuánto podía comer y beber. Las leyes se hicieron totalmente ridículas. Una decía que en el séptimo día se podía salir con dos zapatos puestos, pero si salía con uno solo quebrantaba la ley. El sábado un hombre podía cargar un pan, pero no podían cargarlo entre dos hombres juntos.

Según los fariseos celosos, Jesús había quebrantado dos veces el sábado. Había sanado a un hombre en el sábado, que era trabajo, y había ordenado que un hombre llevara su camilla a la casa, lo cual era trabajo. Así comenzó una seria confrontación entre el Señor del sábado, Jesucristo, y los que corrompían el sábado, los líderes religiosos del pueblo.

En respuesta a la acusación de que él quebrantaba la ley (y sin duda merecía morir a pedradas, Núm. 15:32-36), Jesús presentó una defensa lógica y espiritual. Sostenía que Dios Padre trabajaba todos los días en beneficio de la humanidad, de modo que era natural que el Hijo de Dios trabajara aun en sábado. Los judíos consideraban esa afirmación blasfema porque Jesús se “hacía” igual a Dios.

Jesús es igual a Dios. Sostenía que su igualdad era obra de su Padre. El Padre puso en manos de Jesús los asuntos de vida y muerte y el juicio. Por eso, merecía igual honor como el Padre, y por lo contrario: “El que no honra al Hijo no honra al Padre, que lo envió” (Juan 5:23). Los judíos no tenían que aceptar lo que Jesús dijo sobre el asunto. Juan, un hombre enviado por Dios, había dado testimonio de Jesús, así como también lo hizo el mismo Padre. Toda la Escritura, la fuente y origen de vida, testifica que Jesús es el Hijo. Puesto que no creyeron lo que Jesús dijo, los judíos egoístas y moralistas no quisieron escuchar.

Encuentre ejemplos que demuestren esta afirmación: “Nosotros estamos obligados por la ley de Dios, pero Dios no está obligado por su propia ley”.

Otra controversia sobre el sábado

(Mat. 12:1-8; Marcos 2:23-28; Lucas 6:1-5)

Después de celebrar la Pascua Jesús y sus discípulos se fueron a su casa. Mientras caminaban, los acompañaban fariseos que buscaban cualquier pretexto para condenarlo. Un sábado se les presentó la oportunidad.

Ese día los discípulos de Jesús caminaban por un campo de trigo, cortando espigas, separando la semilla de la cáscara y comiendo el trigo. Los fariseos no acusaron a los discípulos de robar, ya que sólo satisfacían la necesidad de comer, algo que la ley de Moisés permitía (Deu. 23:25). Sin embargo, acusaron a los discípulos de

trabajar en el sábado (cosechar y trillar), y Jesús aprobaba sus acciones.

Cuando los fariseos lo confrontaron, Jesús les dio una respuesta devastadora. Primero les señaló un ejemplo que puso el rey David cuando comió los panes de la proposición, lo cual no estaba permitido. Sin embargo, la necesidad de comer tuvo prioridad sobre los requisitos legales, y nadie condenó a David (1 Sam. 21:1-6). El caso de Jesús implicó más que el principio de la caridad que sustituía el ritual. Jesús fue “Señor aun del sábado” (Lucas 6:5). En virtud de ser Hijo, tenía el derecho divino de anular la ley del Antiguo Testamento.

Una tercera controversia sobre el sábado

(Mat. 12:9-14; Marcos 3:1-6; Lucas 6:6-11)

La tercera gran confrontación tuvo lugar en otro día del sábado cuando Jesús estaba enseñando en una sinagoga. Los escribas y fariseos esta vez le tendieron una trampa. Hubo un hombre presente con la mano derecha deformada. ¿Lo sanaría Jesús en el sábado? El legalismo de los fariseos prohibía que un médico practicara en el sábado a menos que la vida del paciente estuviera en peligro.

Jesús, sabiendo lo que había en el corazón de ellos, hizo el comentario de que si la oveja de una persona caía en un hoyo el día del sábado lo más probable es que salvaría al pobre animal. Luego, volviéndose a los fariseos y escribas les hizo esta pregunta: “¿Es lícito en los sábados hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla?” (Marcos 3:4). Guardaron silencio. Es obvio lo que esta pregunta implica. Aunque el Señor ha restringido algunas actividades en el

sábado, no ha prohibido toda acción. Dios nunca tuvo la intención de impedir el bien. Paradójicamente, la cuestión de la misericordia nunca entró en la mente de estos líderes religiosos.

Sin esperar más, Jesús sanó al hombre. De inmediato los que criticaban a Jesús se convirtieron en sus enemigos mortales. Además, su odio creó una unión improbable. Tradicionalmente los fariseos patrióticos y nacionalistas odiaban a los herodianos, que eran simpatizantes de Roma. Sin embargo, ahora tenían una causa común para asesinar a Jesús, un hombre misericordioso.

Tal vez esta reacción violenta contra Jesús no es tan sorprendente. Después de todo, amenazó el mismo fundamento de su religión. Los fariseos enseñaban que el hombre puede salvarse a sí mismo. Jesús, por otro lado, enseñó que el hombre no puede salvarse a sí mismo sino que la salvación es un don de Dios por medio de él, el Hijo de Dios.

Obra misionera en Galilea

(Mat. 12:15-21; Marcos 3:7-12)

Aunque los líderes religiosos judíos vieron con malos ojos a Cristo, su popularidad entre la gente común crecía dramáticamente. Jesús y los discípulos se retiraron al mar de Galilea. Allí fueron rodeados de gente de Judea, Idumea, Galilea y la región de Tiro y Sidón. Fueron a ver a Jesús con sus propios ojos y para que él los sanara de sus enfermedades.

Jesús por compasión sanó a los enfermos y echó fuera a demonios. Cuando los espíritus malignos salieron de sus víctimas, llamaron a Jesús el “Hijo de

Dios”, el Mesías (Marcos 3:11). Sin embargo, Jesús les ordenó guardar silencio. El Salvador quería que los hombres lo reconocieran, no los demonios derrotados y llenos de terror. Y muchos en la multitud creyeron en Jesús. Se dieron cuenta de que era aquél de quien Isaías habló (42:1-4).

Antes de dejar este episodio de la vida de Cristo, se tiene que responder una pregunta persistente. ¿Por qué la gente seguía acudiendo a Jesús en masa aun cuando los líderes religiosos lo habían rechazado por completo? La respuesta es muy sencilla; aunque los clérigos vieron en Jesús una figura religiosa rival, algunos de entre la gente creyeron lo que dijo Jesús y otros lo vieron como un salvador político, un mensajero de Dios que sanaría sus enfermedades, les proveería sus necesidades diarias y, con el tiempo, les quitaría el yugo opresivo de Roma.

Nombramiento de los doce apóstoles

(Mat. 10:2-4; Marcos 3:13-19; Lucas 6:12-16)

Una tarde de primavera del 28 d.C. Jesús se fue a caminar. Dejando Capernaúm, caminó a la cumbre de una montaña en donde podía estar a solas y pasar toda la noche en oración.

Cuando hablaba a su Padre una decisión monumental pesaba en su mente. Había llegado la hora de escoger a una docena de hombres que entrarían al seminario de su palabra y presencia, para ser enviados como vicarios entre el pueblo y, después de su partida al cielo, contribuirían decisivamente a establecer su iglesia en la tierra.

Jesús tomó una decisión. Ratificó el apostolado de los hombres que ya había llamado: Pedro, Andrés, Jacobo, Juan, Felipe, Natanael (Bartolomeo) y Mateo. Además, escogió a Tomás, Jacobo el hijo de Alfeo, Tadeo (Lebeo, Judas), Simón el Zelote, y Judas Iscariote.

¿Qué es la oración?



El Sermón del monte

(*Mat. 5:1 – 7:29; Lucas 6:17-49*)

Para cuando Jesús había terminado de llamar a “los doce”, ya se había reunido una gran multitud. Jesús bajó a un lugar plano de la montaña y allí predicó un sermón que conocemos como el Sermón del monte. Este mensaje, el discurso más largo de Jesús que tenemos escrito en la Biblia, fue un mensaje para los que ya creían en él. Así, su propósito no era convertirlos a la fe, sino resumir lo que significaba ser discípulo.

En el sermón Jesús presentó un tema doble: la relación del creyente con Dios y su relación con el prójimo. El Maestro entretejió estos pensamientos hablando de todo desde la oración hasta la caridad, desde juzgar hasta el divorcio. Todo el tiempo hizo hincapié en el hecho de que la fe es asunto del corazón, no de rituales ni de prácticas externas.

Este sermón empezó con las palabras que conocemos como bienaventuranzas.

En las primeras cuatro bienaventuranzas, Jesús habló de la conexión íntima entre los creyentes y Dios, y en las últimas cuatro de las obligaciones que los creyentes tienen para con la humanidad. Esta división recuerda las dos tablas de los Diez Mandamientos.

Las bienaventuranzas

La palabra “bienaventurado” es un vocablo evangélico. Significa “feliz”, “afortunado”, “en buena situación”. Sólo los creyentes pueden experimentar este don espiritual.

1. ***Bienaventurados los pobres en espíritu:*** aquellos que están conscientes de su pobreza espiritual, sus insuficiencias, sus pecados, que se sienten indignos de la bendiciones de Dios. Ellos disfrutarán los dones de Dios.
2. ***Bienaventurados los que lloran:*** los que están angustiados por sus pecados y las acusaciones de su conciencia, que saben que el pecado los separa de Dios. Ellos recibirán la seguridad del amor y perdón de Dios.
3. ***Bienaventurados los mansos:*** los que reconocen su lugar apropiado ante Dios y se resignan a su voluntad. Ellos se beneficiarán de la tierra (porque todas las cosas cooperan para su bien final tanto aquí y en la eternidad).
4. ***Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia:*** los que ardientemente desean ser santos ante Dios como él quisiera y se esfuerzan por conseguirlo. Ellos, por su fe en Jesucristo, serán declarados justos.

5. **Bienaventurados los misericordiosos:** aquellos que se llenan de compasión para con su prójimo. Obtendrán misericordia.
6. **Bienaventurados los de limpio corazón:** los que no son hipócritas ni falsos. Como Adán antes de la caída, algún día verán a Dios, cara a cara.
7. **Bienaventurados los pacificadores:** los que procuran conseguir la armonía y la coexistencia pacífica en todas las áreas de la vida social. Son hijos de Dios porque imitan a su Padre celestial.
8. **Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia:** los que están dispuestos a recibir odio, deshonra, insulto y aflicción a causa de su fe. Su honor y aceptación están en el reino de Dios.

Después de que Jesús mostró que la religión es asunto de cosas internas (la disposición del corazón, los dones prometidos y provistos por Dios), condenó la religión de apariencias de los fariseos. Ay del que se cree justo gloriándose en sí mismo y que se deleita en la opinión pública. La recompensa de agradar al ego pronto desaparece.

Los que creen de corazón desempeñan un papel muy importante en el mundo. Son, y deben permanecer, sal y luz. La sal se usa para preservar la comida; como sazón agrega sabor, y es esencial para la vida misma. En una forma similar los cristianos agregan una sazón de decencia y orden a un mundo corrupto, y así ayudan a preservarlo. Además, no se necesitan muchos cristianos para producir un resultado

sano en la sociedad. Pero los cristianos no deben permanecer como una fuerza escondida irresistible. Deben hacer notar su presencia. Como luces deben disipar la oscuridad que los rodea. Deben ser rayos de esperanza para que todos los vean.

En este punto de su sermón, Cristo se hizo más personal. Breve pero efectivamente resaltó su papel como Mesías. No vino para intimidar a Roma, sino para cumplir las Escrituras (la Ley y los Profetas) por el hombre. La perfecta obediencia de la ley de parte de Cristo no fue asunto de prácticas externas sino procedió de un corazón puro.

Sus seguidores también debían interesarse por su corazón. Deben reconocer que el asesinato procede del enojo, el adulterio de la codicia. La ley está escrita para proteger el cuerpo y el matrimonio del prójimo. La verdad es verdad; la mentira es mentira. La distinción que con frecuencia se hacía entre juramentos obligatorios y no obligatorios no se podía permitir. El pecado de la venganza también tiene sus raíces en el corazón. El deseo de venganza debe ser reemplazado por paciencia y amor. En todo, el ejemplo de Dios debe penetrar el corazón del discípulo — “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mat. 5:48).

El corazón puro se manifiesta en la verdadera piedad. Las acciones de justicia no deben ser ostentosas, realizadas para obtener alabanzas públicas. Más bien se deben hacer para no llamar la atención. Este principio se aplica a dar limosnas, orar y ayunar.

Los creyentes deben concentrar sus pensamientos en el cielo. El apego a la propiedad y el lujo lleva a la avaricia y a la preocupación dominante.

Como ya se ha notado, Jesús en su Sermón del monte entretejió dos pensamientos: el corazón del discípulo debe tener la relación apropiada con Dios y con el prójimo. Estos dos pensamientos fueron igualmente evidentes cuando Jesús casi llegó al final de su sermón. Enseñó que los creyentes no juzgan el corazón. No permiten que se profanen las cosas sagradas de Dios. Los creyentes desde su corazón se comunican con Dios en oración, y él los bendice con lo mejor. Los discípulos, alertas de los falsos profetas, conservan la palabra de Dios en su verdad y pureza.

Por último, Jesús quería que la multitud reconociera que sus palabras no eran dichos nobles y psicología práctica. Eran palabras de verdad, las palabras de Dios, que se deben tener en cuenta.

Cuando la gente abandonó la montaña ese día estuvo “admirada” (Mateo 7:28). A diferencia de los escribas, Jesús no había dado un discurso sobre detalles insignificantes, sino había aplicado un principio divino a su vida diaria. Había despejado algunas de sus más grandes inquietudes. En los días venideros tratarían de comprender el significado de cada afirmación y las profundas implicaciones de sus enseñanzas en su totalidad.

Compare Mat. 6:5-15 con Marcos 14:32-35. ¿Practicó Jesús lo que enseñó?
¿Por qué son el legalismo y el ritualismo tan dañinos para la fe cristiana?



Capítulo 5

Ministerio con milagros y parábolas

Introducción

Cuando Jesús fue bautizado recibió en una medida especial el Espíritu Santo (vea el capítulo 2). Ahora, después de estudiar el primer año y medio de su ministerio, podemos apreciar lo que significaba el Espíritu para él. ¿Podría alguien ser intimidado y agredido tanto como Jesús por los líderes religiosos y todavía mantener el control completo y la perspectiva cristiana correcta sin ser completamente lleno del Santificador?

En este capítulo seguiremos viendo el gran ministerio de Jesús en Galilea (junio – octubre del 28 d.C.). Una vez más, vemos que muchos lo desprecian y lo rechazan, sin embargo se mantuvo lleno de amor y compasión y firme en la misión de compartir el mensaje del evangelio.

Una fe cristiana modelo (*Mat. 8:15-13; Lucas 7:1-10*)

Después de terminar el Sermón del monte Jesús volvió a Capernaúm. Allí algunos ancianos judíos se le acercaron en nombre de un gentil. Le hablaron de un centurión romano que pidió que Jesús salvara a su siervo porque estaba enfermo y a punto de morir. Por supuesto, Jesús sanó al siervo, pero también comentó: “Os digo que ni aun

en Israel he hallado tanta fe” (Lucas 7:9).

Lucas 7:1-10 revela lo que Cristo llama una gran fe. El centurión fue humilde a causa de sus pecados; reconoció su indignidad ante Jesús (vv 6-7a). Sin embargo, confió firmemente en la voluntad y la habilidad de Jesús para ayudar (vv 7b-8). Finalmente, su fe en Dios produjo buenas obras (vv 4-5), y la preocupación por la vida de su siervo no era la menor de ellas (vv 2-3).

Jesús resucita al hijo de una viuda (*Lucas 7:11-17*)

Desde Capernaúm Jesús, sus discípulos y una gran multitud viajaron unos 40 kilómetros hacia el sudoeste al pueblo de Naín. Allí vieron algo que da mucho que pensar. Lentamente salía por la puerta de la ciudad una procesión fúnebre que reveló una doble tragedia. Un joven había muerto, y la madre (una viuda) se había quedado completamente sola. Conmovido, Jesús tocó el féretro y ordenó al cadáver levantarse. De inmediato el joven se sentó y habló.

Los que fueron testigos hubieran reconocido que Jesús era el Mesías, pero no lo hicieron. Más bien tendían a considerar a Jesús como a otro Elías o Eliseo, que habían hecho milagros similares (1 Reyes 17:21; 2 Reyes 4:35). Sin embargo, como nota Farrerⁱⁱⁱ, el milagro del Señor fue muy diferente de los que realizaron los profetas:

... *Ellos* lo habían hecho suplicando con dolor y fervor, luchando en la oración, y acostándose sobre el muerto; mientras Jesús había hecho el

milagro con calma, por casualidad, en el acto, en su propio nombre, por su propia autoridad, con una sola palabra.

Compare Lucas 7:11-17 con Apocalipsis 21:4. ¿En qué sentido es preciso decir que en este milagro Jesús provee una vista preliminar del cielo?

Enviados de Juan

(Mat. 11:2-19; Lucas 7:18-35)

Jesús pasó los meses del verano en Galilea, predicando, enseñando y sanando. Mientras tanto, a 115 km al sur Juan el Bautista estaba confinado en un calabozo de una fortaleza. Al parecer, Herodes permitía que los discípulos de Juan visitaran a su maestro de vez en cuando, y en estas ocasiones sin duda expresaron dudas acerca de Jesús. Si era el Mesías, ¿por qué no acudía para rescatar a su precursor?

En lugar de responder directamente sus preguntas, Juan envió a dos de sus seguidores a Jesús. Cuando lo encontraron preguntaron: “¿Eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?” (Lucas 7:19). Jesús respondió invitándoles a ver por ellos mismos si se cumplían las profecías del Antiguo Testamento en él. En efecto, ¡sí se cumplieron!

Mientras se iban los dos discípulos, Jesús miró a la multitud que lo rodeaba. Se sentía muy decepcionado. A pesar de sus claras enseñanzas y las obvias manifestaciones de su divinidad, muchos entre la gente se rehusaron, o estaban renuentes, a creer. Había seguidores leales como Juan, un hombre de convicción y poder, que realmente cumplió a cabalidad su noble oficio de

ser el precursor (Mal. 3:1). Muchos de los que aceptaron el testimonio y el bautismo de Juan fueron gente común y grandes pecadores. Pero lamentablemente, estaban los fariseos, escribas y burladores que compartían su actitud que se dedicaban al escepticismo y la calumnia. No querían escuchar a Juan, sino consideraban su estilo ascético de vida como algo inspirado por el demonio. No querían escuchar a Jesús, sino juzgaron su estilo de vida más normal como algo irreligioso.

Condena de las tres ciudades

(Mateo 11:20-30)

En otras partes la situación era muy similar. Las ciudades de Corazín, Betsaida y Capernaúm son casos ilustrativos. Durante su ministerio Jesús había visitado las primeras dos de estas ciudades y había hecho allí grandes milagros. Luego estaba Capernaúm, la ciudad más privilegiada, el centro de operaciones de la misión de Jesús. Allí los habitantes locales habían presenciado muchos de sus milagros.

Aunque es cierto que la gente de esas ciudades quedaba impresionada por los milagros de Jesús y acudía en masa para verlo y para que satisficiera sus necesidades, sin embargo: “no se habían arrepentido” (Mat. 11:20). Para ellos, Jesús era un benefactor, no el Salvador que habían esperado por tanto tiempo y a quien necesitaban desesperadamente. Por consiguiente, Jesús pronunció una maldición. En el día del juicio sería más tolerable para los paganos del antiguo Tiro, Sidón y Sodoma que para las tres ciudades del tiempo de Jesús. (A propósito, los teólogos luteranos usan esta historia para llegar a la conclusión

de que hay grados de sufrimiento en el infierno.)

A pesar de la incredulidad generalizada, el ministerio de Cristo no fue inútil. Como fue prometido (Is. 55:11), la palabra de Dios sí convierte. Así, mirando el lado positivo, Jesús agradeció a su Padre por aquellos que habían experimentado un cambio en su corazón. Finalmente, en una manifestación de la gracia universal, Jesús invitó a todos los hombres a cambiar la culpa de sus pecados por su descanso espiritual (paz, seguridad).

Considere Mateo 11:20-24; Lucas 12:47-48, y Mateo 23:14. ¿Qué clase de incrédulos sufre más en el infierno? Para que algunos no traten de encontrar consuelo en los grados de sufrimiento en el infierno, considere lo siguiente. Un hombre mantiene el brazo en el fuego mientras el amigo que está cerca mantiene los dos brazos en el fuego. ¿Encuentra algún consuelo el primer hombre viendo que su amigo sufre más?

Unción de los pies de Jesús *(Lucas 7:36-50)*

Jesús fue una celebridad en Galilea. Simón el fariseo, tal vez esperando aumentar su posición social al tener a Jesús en su casa, lo invitó a cenar. Aunque Simón dio la impresión de ser amistoso, ni siquiera se dignó a mostrar una hospitalidad normal. Por ejemplo, no dio a Jesús un beso (una señal de cordialidad) ni ordenó a un siervo que lavara los pies polvorientos de Jesús (una manifestación de cortesía común).

Mientras cenaban, una mujer de mala reputación entró en el salón y se humilló completamente ante Cristo, lavándole

los pies con sus lágrimas y secándolos con su pelo (“Los judíos consideraban deshonoroso que una mujer mostrara el pelo suelto en público”^{iv}). Cuando vio esto, Simón razonaba dentro de sí que Jesús no podía ser un profeta, porque parecía que no tenía idea de que esta mujer era adúltera. Jesús lo sabía, y mediante una parábola enseñó que quienes sienten sus pecados más profundamente y les son perdonados como a esta mujer, serán los que más amarán a Dios. Luego Jesús le anunció el perdón de los pecados, notando que su fe la había salvado.

Sólo Dios puede perdonar los pecados. Los otros invitados a la cena cuestionaron en su mente con qué derecho le perdonaba Jesús esos pecados. La verdadera respuesta al parecer se les escapó.

Antes de dejar este episodio de la vida de Jesús debemos considerar la identidad de la mujer. Muchos escritores han dicho que era María Magdalena. De hecho, la mayoría de los cristianos hoy piensa que María fue una prostituta o adúltera convertida. Puesto que no se hace esta identificación en ninguna parte de la Escritura, nosotros tampoco debemos hacerla. El Octavo Mandamiento fue escrito también para proteger la buena reputación de María.

Algunos insisten en que Lucas 7:47 demuestra que el amor precede o gana el perdón de los pecados. ¿Cómo invalida esta conclusión la parábola de Lucas 7:41-42?

Predicando por toda Galilea (*Lucas 8:1-3*)

Las siguientes semanas, o tal vez meses, del ministerio de Jesús se resumen en tres versículos breves (Lucas 8:1-3). Sin embargo, en este breve resumen tenemos respuestas a dos preguntas muy interesantes: ¿sobre qué tema predicaba Jesús, y cómo se financió su ministerio?

Por todas las aldeas y ciudades de Galilea Jesús predicaba “el evangelio del reino de Dios”. De hecho, hay tres ejemplos separados de la predicación de Jesús en Galilea: primero, Marcos 1:39 y Lucas 4:43; segundo, Lucas 8:1; tercero, Marcos 6:6 y Mateo 9:35. En cada caso predicó el mismo mensaje, las buenas nuevas del reino de Dios o del cielo.

En resumen, el reino de Dios es el reinado de Dios, mediante el Espíritu Santo, en el corazón de los creyentes. Los que por obra del Espíritu creen en Jesús como su Salvador ya no son súbditos en el reino de Satanás, sino pertenecen a Dios. Por eso Cristo predicó el evangelio. Predicó acerca de sí mismo (Juan 3:16).

A fin de que Jesús y sus discípulos pudieran dedicarse a su ministerio a tiempo completo, algunas mujeres piadosas ofrendaban voluntariamente. Estas mujeres — incluyendo a María Magdalena — dan una lección sobre la mayordomía cristiana. La fe en Cristo las motivó a responder con amor y buenas obras.

Estudie Lucas 8:1-3 a la luz de 1 Juan 4:19 y 2 Cor. 8:8-9. ¿Qué queremos decir cuando decimos que la mayordomía es “una respuesta de fe”?

El día más ocupado de Jesús

Ahora comenzamos el estudio del día más ocupado de la vida de Jesucristo. Fue un día de realizar milagros, predicar, hablar en parábolas y confrontar a los incrédulos. Sobre todo, fue un día cuando el Señor mostró su amor hacia las almas perdidas.

Jesús echa fuera un demonio; se le acusa de estar aliado con el diablo

(*Mat. 12:22-45; Marcos 3:19-30; Lucas 11:14-36*)

Fue a fines de verano o a principios de otoño del 28 d.C. cuando Jesús y sus discípulos finalmente se dirigieron a su casa. Posiblemente llegaron cerca del mediodía hambrientos y cansados debido a la larga caminata. Tan pronto como se sentaron a comer, se reunió una gran multitud para escuchar a Jesús. De modo característico, Jesús olvidó lo que él necesitaba y comenzó a proclamar acerca del descanso espiritual y a llenar a los oyentes con el evangelio. Mientras tanto, sus amigos malentendieron su santo entusiasmo por el ministerio y, mostrando una terrible ignorancia, concluyeron que estaba loco (Marcos 3:21).

En el transcurso de la tarde Jesús sanó a un sordomudo, echando fuera de él un demonio. Cuando la multitud vio esto, comenzó a comparar a Jesús con el Mesías prometido. Pero los fariseos, para proteger sus intereses religiosos

conferidos, acusaron a Jesús de estar poseído por Satanás (Beelzebú) y de realizar milagros por su poder.

Jesús se defendió con una lógica sencilla. “Todo reino dividido contra sí mismo es asolado, y una casa dividida contra sí misma, cae. De igual manera, si Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino? Os digo esto ya que decís que por Beelzebú echo yo fuera los demonios. Si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿vuestros hijos por quién los echan?” (Lucas 11:17-19).

Cristo continuó hablando del pecado imperdonable — el pecado contra el Espíritu Santo. Esta doctrina frecuentemente malentendida y mal aplicada realmente no es tan misteriosa.

La obra del Espíritu Santo es hacer que el hombre se arrepienta de sus pecados y crea en Jesucristo (2 Cor. 7:10; 1 Cor. 12:3). Una vez que la persona ha creído y luego, contra el buen juicio que Dios le da, consciente y maliciosamente blasfema contra el Espíritu y rechaza todo intento del Espíritu de influenciarlo, ¿cómo puede obrar en él otra vez el arrepentimiento y la fe? (Compare también Lucas 12:10; 1 Juan 5:16; Heb. 6:4-8).

La defensa lógica y la severa advertencia de Jesús ocasionó resentimiento en los fariseos en lugar de arrepentimiento. Ahora exigían ver una señal que manifestaría la autoridad divina de Jesús. Al parecer habían olvidado su milagro anterior. Jesús rehusó dar una señal inmediata pero hizo alusión a una final. Jonás (1:17) estuvo en el pez por tres noches y tres días y luego fue arrojado vivo a la orilla del mar; así Cristo

moriría y tres días más tarde se manifestaría vivo.

¿Por qué es correcto decir que si alguien está preocupado de haber cometido el pecado contra el Espíritu Santo es obvio que no lo ha hecho?

Los parientes más cercanos de Jesús

(Mat. 12:46-50; Marcos 3:31-35; Lucas 8:19-21)

El milagro y la enseñanza de Jesús llegó al corazón de una mujer en la multitud. Incapaz de refrenar su lengua, comenzó a clamar a Dios y bendecir a la madre que había dado a luz a Jesús. Aunque esto cumplía una profecía de María (Lucas 1:48) Jesús pronto alejó la atención de María a las bendiciones que Dios está dispuesto a dar a todos los que creen — “¡Antes bien, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen!” Lucas 11:28).

Más o menos al mismo tiempo María, junto con los medio hermanos de Jesús, apareció en escena preparada para salvar a Jesús de sí mismo. Con una respuesta que recuerda en algo un acontecimiento anterior (Jesús a los doce años en el templo, Lucas 2:49), Jesús proclamó que él se ocupaba de los asuntos de su Padre, edificando la casa de Dios.

Parábolas del reino

(Mat. 13:1-53; Marcos 4:1-34; Lucas 8:4-18)

Probablemente para entonces ya era a media tarde de ese día. Jesús y la multitud salieron de la casa y se

dirigieron a la orilla del mar de Galilea. Allí Jesús entró en una barca, que se convirtió en su púlpito, y habló a la congregación a la orilla. Habló en parábolas.



En términos simples, una parábola es una historia terrenal con un significado celestial. Usando escenas reales o verosímiles de la vida cotidiana, Jesús enseñó a la gente.

Tal vez nos preguntemos por qué Jesús prefirió contar parábolas en lugar de dar un sermón. El autor luterano Adam Fahling^v da la respuesta. Nota que mientras Cristo usó parábolas durante todo su ministerio, se inclinaba más a usarlas cuando la opinión popular estaba en contra de él. En esas ocasiones sus parábolas dichas libremente revelaban y ocultaban algo a la vez.

¿Qué significado tenían las parábolas de Jesús? La forma más simple para que determinemos el significado de una parábola es seguir tres reglas sencillas de interpretación. Primero, ver si Cristo proporciona una explicación. Segundo, considerar el contexto. Cristo no relató las parábolas de la nada. Usualmente algún acontecimiento o serie de acontecimientos inspiró que las usara y da algún indicio para su interpretación. Tercero, saber que cada parábola tiene

sólo una verdad central. Al tener esto presente, es menos probable que el estudioso de la Biblia se estanque en los detalles coloridos de la historia terrenal pero que casi no contribuyen al significado celestial.

Jesús contó ocho parábolas, todas acerca del reino de los cielos. Las primeras cinco se dirigieron a la congregación a la orilla. Después se trasladó a una casa en Capernaúm y relató las últimas tres. Las parábolas tratan de

1. El sembrador
2. La cizaña entre el trigo
3. La semilla que crece sola
4. La semilla de mostaza
5. La levadura
6. El tesoro en el campo
7. La perla de gran precio
8. La red echada al mar

En términos generales podemos decir que las parábolas 1, 6 y 7 “presentan la siembra y el crecimiento del reino en el corazón del individuo” mientras las demás “describen el desarrollo del reino en el mundo en general”^{vi}.

Jesús calma la tempestad

*(Mat. 8:18-27; Marcos 4:35-41;
Lucas 8:22-25)*

Ya era la tarde de aquel día. Para escapar de la multitud, Jesús y los discípulos se dirigieron a una embarcación que los llevaría al otro lado del mar de Galilea. Antes de que pudieran soltar amarras, sin embargo, tres hombres pidieron unirse al bando de los discípulos de Jesús. Él les informó que ese compromiso implicaba sacrificio personal y no permitía ningún conflicto de intereses ni atención dividida.

Pronto salieron los hombres y los discípulos se dirigieron a la orilla opuesta. Mientras tanto, Jesús cayó en un sueño profundo. Como sucede con frecuencia en el mar, surgió repentinamente una violenta tempestad. La barca comenzó a hundirse. Aterrados, los discípulos despertaron a Jesús e impertinentemente exclamaron: “¡Maestro!, ¿no tienes cuidado que perecemos?” (Marcos 4:38).

Jesús se levantó y enfrentó directamente a la naturaleza. Dio dos mandatos — literalmente: “Silencio, enmudece” (Marcos 4:39). La naturaleza respondió con una calma instantánea, dejando asombrados a los discípulos. Así terminó el día más ocupado de Jesús.



Capítulo 6

Tiempo de transición

Introducción

El gran ministerio de Jesús en Galilea duró desde aproximadamente enero del 28 d.C. hasta principios de abril del 29 d.C. Luego terminó abruptamente. Comenzando con la muerte de Juan el Bautista, Jesús trató de retirarse de la enseñanza pública para instruir a sus discípulos en privado y prepararse para el suplicio en la cruz que vislumbraba en el horizonte.

En este capítulo comenzamos con Jesús activamente predicando por las dos orillas del mar de Galilea. Fue a fines del otoño del 28 d.C.

Curación de los demoníacos gadarenos

(Mat. 8:28-34; Marcos 5:1-20; Lucas 8:26-39)

A la mañana siguiente, después del día más ocupado de Jesús, el Señor y sus discípulos se encontraban guiando la barca a la orilla oriental del mar de Galilea. Inmediatamente después de poner pie en la orilla, dos hombres poseídos por demonios se encontraron con Jesús. Las historias de los Evangelios se enfocan en la serie de acontecimientos que afectaban a uno de los hombres.

Jesús confrontó a los demonios que lo poseían y los expulsó de la desventurada víctima. Los demonios entraron en una manada de cerdos y echaron a los animales al mar. El hombre luego llegó a ser testigo de la gloria de Dios.

Desgraciadamente, a través de los años, algunos eruditos no han aceptado esta historia como verdadera. Insisten en que el hombre o era epiléptico o estaba loco, y que la muerte de los cerdos fue un fenómeno aparte. Sin embargo, quedan los hechos — Jesús reconoció que el hombre estaba poseído y trató con él conforme a ello. Si Jesús cometió un error o nos engaña aquí, toda la fe cristiana se derrumba, porque si no podemos confiar en la Biblia aquí, ¿cómo podemos confiar en ella en otra parte?

Resurrección de la hija de Jairo *(Mat. 9:1,18-26; Marcos 5:21-43; Lucas 8:40-56)*

Después de sanar a los gadarenos, Jesús y sus seguidores volvieron a cruzar el mar. Allí una multitud entusiasmada lo encontró. Un hombre en particular no sólo estaba contento sino desesperado por ver a Jesús. Jairo, el dirigente de una sinagoga local, imploró a Jesús que fuera a salvar a su hija moribunda de 12 años.

Mientras Jesús acompañaba a Jairo una mujer con un problema menstrual severo atravesó cautelosamente la multitud y tocó con discreción el manto de Jesús. Según la ley levítica (15:25-27) ella era inmunda y la ley no le permitía tocar a nadie. Pero ella también estaba desesperada. Jesús manifestó su omnisciencia sabiendo que lo había tocado y su omnipotencia sanándola. Sin

embargo, este milagro quedó opacado por lo que luego sucedió.

Murió la hija de Jairo. Para cuando Jesús llegó, el cortejo fúnebre se había reunido. Jesús sacó a todos de la recámara de la difunta con excepción de Pedro, Jacobo y Juan y luego le devolvió la vida a la muchacha.

Tanto esta historia de la resurrección como la del hijo de la viuda en Naín (Lucas 7:11-17) nos muestran no sólo la compasión de Jesús sino también su absoluto poder y autoridad. Cuando el Príncipe de la vida habla, aun los muertos escuchan y obedecen. Por lo tanto, la muerte pierde su aguijón para el cristiano (1 Cor. 15:55-56). Cuando tenemos presente los ejemplos de la hija de Jairo y el hijo de la viuda, algunos pasajes del Nuevo Testamento tienen un significado especial para nosotros. Por ejemplo San Pablo, hablando del día del juicio, dice: “El Señor mismo, con voz de mando, ...descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero. ... y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tes. 4:16-17). Es interesante que 1 Tes. 4:18 termina con : “Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras”.

Hombres ciegos y un espíritu mudo

(Mat. 9:27-34)

Cuando Jesús salió de la casa de Jairo lo llamaron para ayudar a otros desafortunados. Restauró la vista a dos hombres ciegos y expulsó a un demonio que había enmudecido a un hombre.

La gente común se quedó asombrada. Sin embargo, los fariseos respondieron con el conocido: “Por el príncipe de los

demonios echa fuera los demonios” (Mat. 9:34).

Misión de los apóstoles

(Mat. 9:35 – 11:1; Marcos 6:6-12; Lucas 9:1-6)

Probablemente fue durante los primeros meses del 29 d.C. cuando Jesús realizó su último viaje de predicación por Galilea. Mientras iba de una aldea a otra, dos hechos trágicos le preocupaban mucho: primero, la gente estaba espiritualmente perdida; segundo, los que se llamaban los líderes religiosos no ayudaban a la gente.

Motivado por el amor y con un sentido de urgencia Jesús llamó a los discípulos y los comisionó para predicar al pueblo. Sin embargo, antes de enviarlos les dio una serie de directrices para usar durante su ministerio (Mat. 10:5-52). Sus instrucciones fueron:

1. *La meta* (vv 5-6). Jesús esperaba que sus discípulos permanecieran fieles al llamamiento. Aquí sólo debían ir a los israelitas. Más tarde serían enviados a todos los hombres. (Hechos 1:8).
2. *Las herramientas* (vv 7-10). El evangelio hace el ministerio. La gran herramienta del pastor es el mensaje de reconciliación. Los milagros sólo debían corroborar la predicación de la palabra.
3. *La técnica* (vv 11-15). Armados con la palabra, los discípulos debían ir en paz, sabiduría e inocencia.
4. *Las tribulaciones* (vv 16-25). El trabajo no sería fácil. Los discípulos fueron advertidos de antemano que deberían estar alertas y ser moralmente

irreprochables. Cuando las fuerzas de Satanás descargaban su furia, el Espíritu Santo estaría con los discípulos y trabajaría por medio de ellos. La palabra proclamada dividiría familias. Los incrédulos acusarían a los apóstoles de estar unidos con Satanás así como habían acusado a Cristo.

5. *El triunfo* (vv. 26-40). Para resistir los días de tribulación, los discípulos deberían recordar la omnisciencia, omnipresencia y providencia del Dios todopoderoso, (cuyo trabajo hacían). Jesús mismo confesaría el nombre de su siervo fiel ante su Padre en el cielo. Finalmente, por la proclamación del evangelio otros llegarían a la fe.

Después de que Jesús había terminado de hablar con sus discípulos los envió en pares. Tal vez estaban ausentes hasta por un mes; no lo sabemos. Sin embargo, sabemos que hallaron la predicación efectiva y estimulante.

Cuando habla de Mat. 10:23, Ylvisaker^{vii} dice: “La corona del martirio puede convertirse en una corona de gloria sólo cuando el Señor la pone en nuestra cabeza, no cuando nosotros nos la ponemos por voluntad propia”. ¿Qué quería decir con esto?

La muerte de Juan el Bautista (*Mat. 14:6-12; Marcos 6:21-29;* *Lucas 9:7-9*)

En algún momento del mes de marzo del 29 d.C., mientras los discípulos todavía predicaban entre la gente, Jesús recibió noticias de un asesinato espeluznante. Los sórdidos detalles del adulterio y el

incesto de Herodes, el odio de Herodías, la sensualidad de Salomé, la orgía y la ejecución de Juan el Bautista hirieron en lo más vivo a Jesús. Sin embargo, Jesús también tenía el alma herida. La luz del precursor se había apagado. Jesús sabía que pronto daría su vida aun por esos pecadores que decapitaron a Juan (Marcos 9:12-13).

El primer retiro de Jesús

Así como el encarcelamiento de Juan marcó el comienzo del ministerio de Jesús en Galilea (vea capítulo 3) ahora la muerte de Juan marcó su fin. Desde entonces Jesús trató de retirarse de la atención pública y enseñar a los discípulos en privado. Los primeros intentos de escapar de las multitudes lo llevaron a los distritos adyacentes a Galilea.

Jesús trata de retirarse (*Mat. 14:13-14; Marcos 6:33;* *Lucas 9:10-11a; Juan 6:1*)

Cuando los discípulos volvieron de su viaje de predicación rebotaban de emoción. Jesús quería recibir un informe de los discípulos y reflexionar sobre la muerte de Juan, así que se retiró de la multitud que siempre estaba presente. Junto con los discípulos salió de Capernaúm y entró en una barca que los llevaría 10 km más al norte a un área menos poblada.

Al parecer los vientos contrarios detuvieron el progreso de la barca. Mientras tanto la multitud en la orilla, resuelta a ver a Jesús, emprendió un viaje a pie hacia Betsaida Julias. Algunos hombres corrieron y estaban esperando que la barca llegara a la orilla. Pronto la multitud aumentó a medida

que los peregrinos que se dirigían hacia Jerusalén para celebrar la Pascua se unían a la muchedumbre.

Alimentación de los cinco mil
(*Mat. 14:15-21; Marcos 6:34-44;*
Lucas 9:11-17; Juan 6:2-14)

Era evidente que Jesús no podía estar a solas con los discípulos. Una vez más, como lo había hecho con tanta frecuencia en el pasado, Jesús hizo a un lado sus propios sentimientos para satisfacer a la multitud. Se compadeció de los enfermos sanándolos. Por amor a ellos les predicó sobre el reino de Dios.



Al acercarse la tarde, los estómagos comenzaban a sonar y los niños se quejaban de tener hambre. La piedad que sintió Jesús hizo que expresara su poder.^{viii} Ordenó que la gente se sentara en grupos sobre la hierba verde del cerro, dio gracias por dos pequeños pescados y cinco panes de cebada, y dividió la escasa cena para que sus discípulos la distribuyeran entre la gente.

En esta forma sencilla Cristo hizo un milagro de proporciones extraordinarias. Un total de cinco mil hombres junto con mujeres y niños comieron y quedaron satisfechos, y se recogieron 12 cestos de sobras.

¿En qué formas es la alimentación de los cinco mil una ilustración gráfica del Salmo 145:15-16)?

Jesús anda sobre el agua
(*Mat. 14:22-36; Marcos 6:45-56;*
Juan 6:15-21)

La comida milagrosa llenó a la multitud no sólo de pan y pescado, sino de sueños utópicos. No vieron a Jesús como al Salvador del pecado, sino como al médico gratuito, al abarrotero benévolo y al rey que los libraría de los romanos. Estaban dispuestos a llevar a Jesús a la fuerza para hacerlo su “Rey del pan” si eso fuera necesario (Juan 6:15).

Jesús conocía sus intenciones, y no quiso tener nada que ver con sus planes. Así despidió a los discípulos (que al parecer participaban en la emoción de la multitud) y les ordenó que salieran en una barca hacia Capernaúm. Mientras tanto, llegada la noche despidió a la gente y luego se retiró a la cumbre de una montaña para orar. Antes (vea el capítulo 4) había pasado una noche orando antes de seleccionar a sus discípulos. Ahora pidió fuerzas para resistir la alabanza equivocada de la gente.

Mientras Jesús oraba, los discípulos remaban. A las 3:00 AM aproximadamente decidió ayudar a sus seguidores que por ocho horas habían ido en contra del viento y sólo habían remado como un kilómetro. Así Jesús se

puso por encima de las leyes de la naturaleza y caminó sobre el mar hacia la barca. Después de convencer a los discípulos de que no era un fantasma, estaba listo a abordar cuando Pedro pidió permiso para andar sobre el agua a fin de encontrarse con Jesús.

El corto viaje de Pedro fue tanto heroico como cobarde. Mientras miraba a Jesús y confiaba en su palabra, seguía adelante. Sin embargo, cuando se preocupó por el viento y las olas comenzó a hundirse. De desesperación clamó por salvación, la cual llegó pronto cuando Jesús le tendió la mano.

Una vez que entró a la barca, Jesús calmó el mar, cambiando el curso de la naturaleza. Al parecer, este milagro quitó el sueño espiritual de los ojos de los discípulos. Si bien, la alimentación de los cinco mil no los había convencido, sin embargo ahora proclamaban con valentía: “Verdaderamente eres Hijo de Dios” (Mat. 14:33).

Lea Mateo 14:28-31. ¿Qué importantes paralelos se pueden establecer entre el trayecto de Pedro sobre las olas y el trayecto de un cristiano a través de la vida?

Sermón sobre el pan de vida (Juan 6:22-71)

Cuando salió el sol sobre el campo de Galilea, la gente comenzó a buscar a Jesús. Como no lo podían encontrar en las cercanías de Betsaida Julias, extendieron su búsqueda hasta Capernaúm. Con el tiempo, lo encontraron allí en la sinagoga.

Jesús, sabiendo que buscaban a su rey de pan y no a su verdadero Mesías, aprovechó no obstante la oportunidad de predicar un sermón apropiado para la ocasión. Animado por la multitud, habló del pan. Notó que en tiempos del Antiguo Testamento, no Moisés, sino Dios alimentó a la gente con maná en el desierto y prolongó su vida terrenal (Éxo. 16:1-15). Ahora Jesús, enviado del cielo, es el pan que da la vida eterna. Los que quisieran ser salvos deberían creer en él.

Si uno presta oído con cuidado a este sermón, escuchará los grandes temas de la salvación: la gracia sola, la fe sola, Cristo solo. Sin embargo, la multitud consideraba mucho de lo que dijo Jesús inaceptable y notó con desánimo que no proveería todas sus necesidades físicas.

Con este incidente comenzó a disminuir la popularidad de Jesús. “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás y ya no andaban con él” (Juan 6:66).

Jesús, al ver esta apostasía, preguntó a sus doce discípulos si ellos también estaban desilusionados y querían alejarse. Pero la caminata de Jesús sobre el agua y el sermón que dio después había penetrado en el corazón de los discípulos (con excepción de Judas). Pedro fue quien respondió la pregunta con una audaz confesión de fe, reconociendo a Jesús como el Hijo de Dios y la única fuente de la vida eterna.

Juan 6:66-69 contrasta a los desertores con los confesores. ¿Por qué algunos se alejan y otros permanecen fieles?

Enfrentamiento con los legalistas

(*Mat. 15:1-20; Marcos 7:1-23*)

La popularidad de Jesús entre los galileos (aunque menguaba rápidamente) siguió preocupando a los gobernantes judíos en la lejana Jerusalén. Por consiguiente, el sanedrín, que tenía la tarea de investigar la ortodoxia de los que se proclamaban el Mesías, envió una delegación al norte para observar y confrontar a Jesús. Y sí que lo enfrentaron — por el comportamiento de sus discípulos.

Los judíos piadosos se lavaban las manos ceremonialmente antes de comer. Algunos fariseos hasta llegaron a sugerir que no lavarse las manos antes de comer era un pecado tan grave como el adulterio.^{ix} Los discípulos no se lavaron y, lo que es más, tampoco lo había hecho la multitud cuando los cinco mil fueron alimentados.

El Señor percibió de inmediato que el meollo del asunto no era el lavamiento, sino la relación entre las leyes inventadas por los hombres y la ley divina. Los escribas y fariseos consideraban las primeras como de suma importancia y, como indicó Jesús, hasta usaban esas leyes para anular los Diez Mandamientos.

Para entonces una multitud se había reunido esperando escuchar un debate. Jesús les explicó que la obediencia a la ley de Dios comienza en el corazón y no es una práctica externa.

Después los discípulos expresaron su preocupación porque los poderosos fariseos se habían dado por ofendidos.

Jesús explicó que su Padre se ocuparía de esos herejes cuando llegara la hora. Mientras tanto, Jesús fue obligado a repetir su enseñanza de que un corazón impuro, no las manos sucias, hace al hombre un pecador.

La palabra griega para “lavamiento” en Marcos 7:4 es *baptismos* (bautismo). Note que los lechos donde se reclinaban para comer se lavaban (bautizaban). ¿Cómo nos ayuda esto a explicar por qué en la iglesia luterana no sumergimos completamente a las personas en el bautismo?



Capítulo 7

Una serie de retiros

Introducción

El nacimiento milagroso de Jesús, su niñez feliz, su trabajo como carpintero, y ahora su ministerio público en Galilea eran ya historia. Después de la muerte de Juan y el regreso de los discípulos de su viaje de predicación Jesús intentó, sin éxito, retirarse de la atención pública. Deseaba estar a solas con sus discípulos para enseñarles los misterios del cristianismo. También necesitaba tiempo para prepararse para el último sacrificio que tenía que ofrecer.

El último capítulo terminó con el primer retiro de Jesús. Fue a fines de la primavera del 29 d.C. cuando las multitudes lo siguieron desde Betsaida Julias a Capernaúm. Ahora, entre principios del verano y mediados de octubre se retiró tres veces más.

Segundo retiro de Jesús

Después de su confrontación con los judíos legalistas Jesús trató de retirarse por segunda vez. No obstante, una vez más no pudo gozar la soledad que buscaba.

Curación de la hija de la cananea

(Mat. 15:21-28; Marcos 7:24-30; Juan 7:1)

Puesto que Jesús sería arrestado si iba a Judea, buscó el aislamiento dirigiéndose hacia Tiro y Sidón. Aun allí notaron su presencia.

Una mujer gentil llegó a Jesús y le rogó sanar a su hija que estaba poseída por un demonio. Sin duda, a Jesús le tomó mucho esfuerzo aparentar ser indiferente, después descortés, y finalmente casi desdeñoso con ella. Sin embargo, al fin empezó a notarse el porqué de su comportamiento inusual. Había obligado a la mujer a ejercer su fe, para fortalecerla. Entonces Jesús con gusto sanó a su hija.

En los Evangelios hay varias historias de Jesús atrayendo a seguidores gentiles: los magos que siguieron su estrella (Mat. 2:1-12), la mujer samaritana por el pozo (Juan 4:4-26), el centurión en Capernaúm (Mat. 8:5-13), y ahora la mujer cananea. Sin embargo, durante su permanencia en la tierra Jesús realizó el mayor esfuerzo trabajando entre los judíos. Más tarde, en realidad después de su ascensión, también atraería a los gentiles (Lucas 2:32).

Por lo general, entonces, podríamos decir que los Evangelios muestran el efecto de la palabra de Jesús entre los judíos, mientras el resto del Nuevo Testamento demuestra el poder de esa palabra entre los gentiles. Mientras tanto, el Nuevo Testamento en su totalidad presenta a Jesús como el único Salvador de toda la humanidad.

Tercer retiro de Jesús

Al parecer Jesús permaneció sólo poco tiempo en la región de Tiro y Sidón. No estamos seguros por qué salió tan pronto. Parece razonable suponer que las multitudes de espectadores curiosos siguieran al Señor sin darle tregua a dondequiera que fuera. Por esto Jesús se retira una tercera vez.

Curación en Decápolis

(Mat. 15:29-31; Marcos 7:31-37)

La ruta exacta del retiro de Jesús no se detalla en las Escrituras. El Maestro y sus discípulos probablemente cruzaron el norte de Galilea, luego procedieron al sur al mar de Galilea, y desde allí fueron a la región de Decápolis que era semipagana. Durante los días que caminaba y las noches de verano que pasaba bajo los cielos Jesús enseñó muchas cosas a los discípulos.

El nombre de Jesús fue una gran noticia en Decápolis. Así que, una vez que supieron su paradero se juntó una gran multitud. Jesús sanó a muchos de los enfermos, y a un sordomudo en particular. En este caso Jesús separó al hombre, tocó la oreja con la punta del dedo divino, y su lengua con saliva de su boca santa. Cuando mandó “Efata” (sé abierto), los órganos defectuosos volvieron a la normalidad.

Este milagro se puede apreciar sólo cuando recordamos que este hombre no podía oír ni decir una palabra. Ahora, repentinamente, por primera vez podía oír, entender todo lo que se decía, y hablar fluidamente un idioma que nunca había aprendido.

Alimentación de los cuatro mil

(Mat. 15:32-38; Marcos 8:1-9)

La curación de Jesús inspiró a la multitud de Decápolis a alabar al Dios de Israel (Mat. 15:31). Durante los próximos tres días siguieron a Jesús en el desierto. El Señor sabía que el calor del sol de verano y la falta de alimento pronto afectaría gravemente a la gente. Así hizo que la gente se sentara, dio gracias, y con pocos pececitos y siete panes alimentó a cuatro mil hombres además de mujeres y niños. Recogieron siete canastas de sobras después de la comida.

Regreso a Galilea

(Mat. 15:39 – 16:4; Marcos 8:9-12)

Jesús despidió a la gente una vez que había comido. Luego, junto con algunos de sus discípulos, entró en una barca y zarpó hacia la orilla opuesta — el área de Magdala.

Resultaba casi asombroso que los galileos supieran que Jesús regresaba. Aun cuando la barca se acercaba a la orilla, los fariseos y los saduceos estaban allí presentes para recibirlo.

La alianza de los fariseos y los saduceos contra Jesús muestra el odio que los judíos le tenían. Aquéllos eran legalistas que rehusaron aceptarlo como el Mesías. Éstos eran muy materialistas, hipócritas y liberales en su forma de pensar. Estaban contentos de pensar que su amigo Herodes sería el Mesías. Los dos grupos de líderes judíos mandaron a Jesús que produjera una señal (obrar un milagro) que convalidaría su insistencia de ser el Mesías. Al parecer, la

alimentación de los cinco mil no fue una señal suficiente para ellos.

Jesús se asombró por su incredulidad. Podían interpretar las señales del tiempo (el cielo rojo por la noche es señal de buen tiempo, el cielo rojo por la mañana de mal tiempo) pero no las señales de su deidad (tantos milagros en Galilea y sus enseñanzas).

Jesús no satisfizo de inmediato lo que ellos exigían. En vez de eso, prometió la señal definitiva de su divinidad, la señal de Jonás — es decir, su propia resurrección de la muerte.

Los judíos exigían a Jesús una señal que confirmara la afirmación de que era el Mesías. ¿Por qué no quiso Jesús darles la señal que pedían?

El cuarto retiro de Jesús

Jesús permaneció poco tiempo en Galilea. Después del conflicto con los líderes judíos abandonó su amada Galilea y las ciudades donde había predicado y hecho milagros. Su destino fue Betsaida Julias, pero su búsqueda de la soledad lo llevaría a la cumbre de una montaña en la parte más norteña de Galilea.

Advertencia contra los fariseos y saduceos

(Mateo 16:4-12; Marcos 8:14-21)

Jesús y los discípulos subieron en una barca y salieron hacia el norte. Aunque su corazón estaba lleno de tristeza, siguió instruyendo a sus discípulos. Les advirtió que evitaran el legalismo de los fariseos y el liberalismo de los saduceos. Comparó sus errores con la levadura en el pan. Y fue una comparación potente.

Tal como un poco de levadura afecta toda la masa, así cualquier error doctrinal, si se permite, corrompe toda la enseñanza. Desafortunadamente, en este tiempo los discípulos no captaron el significado de la instrucción de Jesús.

A la luz de Mateo 16:11-12 decida cuáles doctrinas de la Biblia no tienen importancia y no necesitan enseñarse en toda su verdad y pureza.

El ciego en Betsaida

(Marcos 8:22-26)

La barca salió hacia el norte hasta que el Señor y sus seguidores desembarcaron cerca de Betsaida Julias. Pronto un hombre que había perdido la vista fue conducido a Jesús. Cristo, como no quería atraer una multitud, llevó al hombre a un lugar en donde podían estar más o menos a solas. Luego Jesús le restauró al hombre la vista.

En esta ocasión excepcional, la curación no fue instantánea sino sucedió en etapas. Sin embargo, una vez que el hombre podía ver claramente, Jesús le mandó que guardara silencio acerca del milagro. Quiso evitar que se reuniera una multitud de gente que sólo deseaba ver milagros.

¿Qué podría haber motivado a Jesús curarlo en etapas?

La segunda gran confesión de Pedro

(Mateo 16:13-20; Marcos 8:27-30; Lucas 9:18-21)

La falta de intimidad y descanso llevó a Jesús de Betsaida Julias hasta los límites

de la tierra de Israel en el norte, Cesarea Filipos. Esta caminata de 50 km fue toda de subida (desde unos 230 metros debajo del nivel del mar hasta 1000 metros sobre el nivel del mar). Sin duda, la caminata vigorosa quitaría la tensión de un ser mortal, pero Jesús llevaba una preocupación constante por el bienestar espiritual de toda la humanidad — de los discípulos en particular. Por eso, en un momento conveniente preguntó a los discípulos: “¿Quién dicen los hombres que soy yo?” (Marcos 8:27). La respuesta fue desalentadora. Los judíos consideraban a Jesús un profeta enviado por Dios, pero no el Hijo de Dios, el Salvador. Jesús miró a los discípulos y les preguntó: “Y vosotros, ¿quién decís que soy?” (Marcos 8:29). A pesar de la estupidez espiritual pasada de Pedro, su respuesta a la pregunta de Jesús obviamente era la correcta. Confesó: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mat. 16:16).

Pedro merecía ser felicitado, pero Jesús se apresuró a agregar que Dios creó esta fe dentro de Pedro. Con una confesión de fe como la de Pedro se obtiene la entrada en el reino de Dios. Sobre esta verdad se edifica la iglesia. Además, Jesús encargó a los creyentes (la iglesia) que usaran la ley de Dios para que los pecadores no entraran en el cielo, y el evangelio de Jesucristo (incluyendo los sacramentos) para que les abrieran las puertas del reino.

Jesús predice su muerte y resurrección

(Mat. 16:21-28; Marcos 8:31 – 9:1; Lucas 9:22-27)

Por la confesión de Pedro Jesús sabía que los discípulos lo reconocían, pero todavía ignoraban su plan de salvación.

Para corregir esta deficiencia espiritual comenzó a darles detalles específicos acerca de su inminente muerte y resurrección. Dijo que pronto irían a Jerusalén en donde los líderes religiosos judíos lo matarían. Sin embargo, al tercer día resucitaría.

Jesús antes se había referido a su muerte (Juan 3:14), pero en esta ocasión el asunto molestó mucho a Pedro. Apartando a Jesús, el discípulo impetuoso reprendió al Señor por pensar semejante cosa. Jesús inmediatamente respondió con una reprimenda pasmosa: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!” (Marcos 8:33). Fueron las mismas palabras que Jesús había dirigido al diablo en el desierto dos años y medio antes, y con toda la razón. Tanto el diablo y Pedro trataban de impedir que Jesús cumpliera su misión salvadora.

La mundanería de Pedro hizo que Jesús diera un discurso que ponía las cosas en la perspectiva correcta. “¿de qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Marcos 8:36-37).

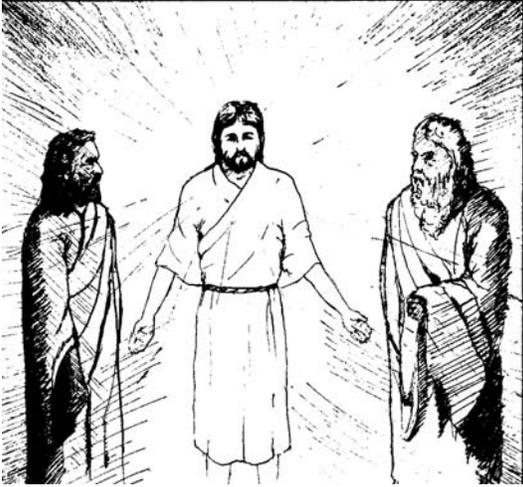
La transfiguración

(Mat. 17:1-13; Marcos 9:2-13; Lucas 9:28-36)

Seis días más tarde el círculo íntimo de los discípulos (Pedro, Jacobo y Juan) tuvo una experiencia inolvidable. Juan después escribió sobre ella: “vimos su gloria” (Juan 1:14). Pedro escribió: “habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad” (2 Pedro 1:16).

Como era su costumbre, en la tarde Jesús subió a una montaña para orar. En esta ocasión él y sus tres discípulos subieron

a lo que probablemente era el monte Hermón. Mientras subía, pensaba sobre sus propios sufrimientos y muerte.



En algún momento durante la noche cuando los discípulos dormían, la naturaleza humana de Jesús fue ensombrecida por la naturaleza divina. Su divinidad se manifestó a tal punto que brillaba como una gran luz blanca. Mientras estaba en este estado “transfigurado”, Moisés el legislador y Elías, el más grande de los profetas, se unieron a él. No es extraño que hablaran de su muerte. Este incidente dio a Jesús el consuelo y la fortaleza que necesitaba en su sumisión aun hasta la muerte.

En algún momento durante la transfiguración, los discípulos despertaron para ver el espectáculo. Como no sabía qué hacer ni decir, Pedro soltó de buenas a primeras una sugerencia necia — hacer tres enramadas para el trío glorioso.

Podemos preguntarnos por qué estos tres discípulos fueron bendecidos con esta experiencia al igual como habían sido escogidos en otra ocasión anterior (Lucas 8:51-56). Tal vez la respuesta se encuentre en los detalles de su vida posterior. Jacobo fue el primer discípulo

martirizado por su fe (Hechos 12:2). ¡Cuánto deben haberlo sostenido en su muerte el conocimiento de la resurrección y esta visión! Pedro fue el principal apóstol para los judíos, y él también fue víctima de hombres impíos. La visión del Jesús glorificado le dio valor para confesarlo como el Mesías (vea 2 Pedro 1:16-18). Finalmente, para Juan la transfiguración no fue sólo una confirmación de la divinidad de Jesús (Juan 1:14), sino una fuente de fortaleza para él también. Probablemente fue el último discípulo en morir. Exilado en una isla remota, alejado de sus hermanos en la fe, podía adherirse a la gloria que espera a los fieles, la gloria de Moisés y Elías (Apo. 1:9).

Curación del joven endemoniado (*Mat. 17:14-20; Marcos 9:14-29; Lucas 9:37-43*)

La caminata de bajada del monte Hermón en las primeras horas de la mañana probablemente fue silenciosa e introspectiva para cada uno de los cuatro. La solemnidad, sin embargo, fue violada por una gran multitud que los esperaba al pie de la montaña.

Jesús pronto se dio cuenta de que toda la conmoción se centraba en un joven en lamentable condición. Era sordomudo y presentaba síntomas de epilepsia, y un demonio se había posesionado de él. Además, los discípulos en vano habían tratado de ayudarlo.

Aunque Jesús se disgustó por la crueldad de la multitud que buscaba ver milagros, sintió compasión por el padre y su hijo único. Característicamente, Jesús fortaleció la fe del primero y curó al segundo.

Jesús otra vez predice su muerte y resurrección

(Mat. 17:22-23; Marcos 9:30-32; Lucas 9:43-45)

Como se mencionó antes, la muerte de Juan el Bautista fue un momento decisivo en la vida de Jesús. Desde entonces se convenció que pronto tenía que sufrir y morir por los pecados de los hombres. El pensamiento de su pasión, muerte y resurrección seguían preocupándolo. Aun después del intermedio del joven poseído por un demonio que lo interrumpió, Jesús siguió instruyendo a sus discípulos acerca de los días tristes pero gloriosos que quedaban adelante.

El pago del impuesto del templo

(Mat. 17:24-27; Marcos 9:33)

Tal vez fue a mediados de septiembre cuando Jesús y sus discípulos salieron de la región de Cesarea Filipos. Viajaron por el lado oeste del mar de Galilea hasta que llegaron a Capernaúm. Allí un cobrador de impuestos encontró a Pedro.

Cada varón judío mayor de 20 años debía pagar un impuesto anual para sostener las operaciones del templo en Jerusalén (Éxo. 30:12-16). Aunque generalmente el impuesto se cobraba durante la Pascua, Pedro y Jesús aún no lo habían pagado.

Jesús se dio cuenta de inmediato de la ironía de la situación. Los súbditos de un rey, no sus hijos, pagan el mantenimiento del palacio. El templo de Jerusalén era la casa de Dios Padre. Jesús era su Hijo, pero se esperaba que él pagara el impuesto. Sin embargo, obedeciendo la ley, Jesús pagó el

impuesto de él y el de Pedro de la boca de un pez.

Instrucción de los discípulos

(Mat. 18:1-35; Marcos 9:33-50; Lucas 9:46-50)

Jesús varias veces se había retirado para meditar en su obra y muerte. Al mismo tiempo quería instruir a sus discípulos. Afortunadamente, la Escritura nos da una muestra de los asuntos que Jesús trató con sus discípulos casi al final de su cuarto retiro.

Acerca del estatus relativo. Los discípulos debatían “quién de ellos sería el mayor” (Lucas 9:46). La respuesta: la sencilla humildad, no la ambición egoísta, hace que uno sea grande.

Acerca de los verdaderos y falsos maestros. Juan notó: “Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros” (Lucas 9:49). La respuesta: el servicio en el nombre de Cristo, no el rango entre los apóstoles, agrada a Dios.

Acerca de ofender a otros. Jesús interpuso una fuerte advertencia en contra de ofender y hacer que otros pierdan su fe. También expuso la necesidad de permitir que las tentaciones que hacen a uno mismo caer persistan.

Acerca del valor del individuo. Mirando a un niño pequeño, Jesús habló del valor de las almas individuales. El niño pequeño es importante para Dios y no se debe impedir que se acerque a él. Las ovejas perdidas deben ser devueltas al rebaño. ¿Hasta qué punto deben llegar los creyentes para que un hermano

regrese al rebaño? Jesús resumió las etapas de la disciplina de la iglesia.

Acerca del perdón. Pedro preguntó cuántas veces debería perdonar a alguien que había pecado contra él. Jesús contestó: sin límite. Hablando en una parábola, Cristo enseñó a Pedro que cuando se trata de perdonar a alguien debería recordar la deuda que Dios le ha perdonado.

Lea Mat. 18:10. ¿Es bíblica la idea común de “ángeles guardianes”?
¿Cuál es el propósito y la meta de la disciplina eclesiástica?



Capítulo 8

Jesús se dirige hacia el sur

Introducción

El profeta Isaías predijo que el Mesías sería “despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en sufrimiento” (53:3). Fue una descripción muy apropiada. Jesús, el Hombre de Dolores, había trabajado por más de año y medio en Galilea, sin embargo, la semilla de su palabra salvadora usualmente cayó en tierra estéril. En vez de ser aceptado como el Salvador, el Señor fue llamado demonio o falso profeta. Ahora, cuando Jesús “afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51), entendió plenamente que una vez más sería “despreciado y desechado” y finalmente moriría. Sin embargo, había nacido con este propósito (Mat. 20:28).

Viaje privado a Jerusalén (Juan 7:2-10)

Durante toda su vida varios individuos habían tratado de dirigir o hasta obligar a Jesús a actuar. María, por ejemplo, sutilmente animó a Jesús a ayudar en las bodas de Caná. Los cinco mil que habían sido alimentados con el pescado y pan estuvieron dispuestos a obligar a Jesús a asumir el papel de rey político. Una vez más, hombres bien intencionados trataron de mandar al Salvador todopoderoso. Esta vez fueron los

mismos medio hermanos de Jesús (vea Mat. 13:55; Marcos 6:3).

Estaba cerca la fiesta de Tabernáculos. Este evento anual, que en el 29 d.C. era entre el 13 y 19 de octubre, conmemoraba los 40 años del viaje de los israelitas por el desierto viviendo en tabernáculos (tiendas, enramadas). Como miles de peregrinos galileos, los parientes de Jesús se preparaban para el viaje a Jerusalén. Animaron a Jesús a acompañarlos y hacer milagros espectaculares en la ciudad capital. Como tantos otros, creían que Jesús podría ser un Mesías político si lo deseaba, pero no lo aceptaron como el libertador del pecado, la muerte eterna y el poder de Satanás.

Jesús no aceptó su oferta, pero una vez que habían salido, él y sus discípulos fueron a Jerusalén en privado. El 2 de abril del año siguiente Jesús entraría triunfalmente a Jerusalén en el horario que él escogió.

Jesús en la fiesta de los Tabernáculos (Juan 7:11-52)

¿Fue Jesús de Nazaret el Mesías o un impostor? Esta pregunta preocupaba a los judíos en la fiesta de Tabernáculos. Así que lo buscaban constantemente, esperando que se presentara (Juan 7:11-13).

Luego un día, a mediados de la fiesta, Jesús llegó al templo y comenzó a enseñar. Mientras hablaba la gente se quedaba perpleja. Jesús era un hombre común, pero mostró una comprensión descomunal. Decía que era el vocero de Dios, su Padre. Este maestro maravilloso informó que su vida estaba en peligro,

pero nadie se presentó para debatir con él ni arrestarlo. Algunos pensaban que el Mesías aparecería de pronto sin ningún origen, otros que el Salvador vendría de Belén, pero todo el mundo sabía que Jesús era de Nazaret. Finalmente, anunció que pronto saldría, y que ellos no podrían acompañarlo ni siquiera encontrarlo. Unos días después inclusive insistió que era la fuente de la salvación.

La multitud se encontraba dividida. ¿Era Jesús un profeta o el Salvador? ¿Debería vivir o morir? Aun los guardias del templo enviados para arrestarlo se confundieron.

La mujer sorprendida en adulterio *(Juan 8:1-11)*

El día después de que la fiesta oficialmente había terminado, Jesús entró en el patio del templo. Allí los líderes judíos trataron de que cayera en una trampa astuta. Llevaron ante él a una mujer que había sido sorprendida en el acto mismo del adulterio. Los judíos se preguntaban si perdonaría sus pecados o no y contradiría la ley mosaica que exigía la muerte a pedradas (Deu. 22:24; Lev. 20:10). El Señor resolvió el asunto con una sola oración — “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (Juan 8:7; vea Deu. 17:7).

Jesús se dirige a la multitud *(Juan 8:12-59)*

Jesús había llegado al templo para hablar, y eso es lo que hizo. Como era de esperarse, habló (Juan 8) de muchos de los puntos que había presentado antes (Juan 7). Habló de la autoridad que tenía debido a su posición como el Hijo de

Dios Padre, del complot en contra de su vida, del regreso al cielo y de la insistencia en que él era la fuente de salvación.

Si iban a matar a Jesús no sería accidente ni resultado de un malentendido. Jesús debería ser juzgado en base a su afirmación de que era el Hijo eterno del Padre (Juan 8:58), el Mesías, el Salvador del mundo. El veredicto que los judíos emitieron fue que debía morir a pedradas. Sin embargo, Jesús todavía no estaba listo a sacrificar su vida.

En Juan 7:41 se nos habla de algunos judíos que habían llegado a creer en Jesús. Al día siguiente muchos volvieron a la incredulidad. Estudia Juan 8:31-41. ¿Cuál fue su tropiezo?

La curación del hombre ciego de nacimiento, luego la excomunión *(Juan 9:1-41)*

Un sinónimo que la Biblia a menudo sustituye por el nombre “Jesús” es “luz”. Isaías el profeta, que miraba hacia Cristo en el futuro, dijo: “El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; a los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos” (9:2). Simeón cuando cargaba al niño Jesús en sus brazos reconoció que Jesús era “luz para revelación a los gentiles” (Lucas 2:32). El evangelista Juan (1:4) en retrospectiva habló acerca del Salvador como “la luz de los hombres”. Finalmente, Jesús mismo cuando habló a los judíos en la fiesta de los Tabernáculos exclamó: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8:12). Kretzmann^x describe maravillosamente el significado simbólico del título “luz”.

Jesús es la verdadera luz del mundo; de él, como la fuente y origen de toda iluminación espiritual, los rayos de salvación y gloria han salido para iluminar a todos los hombres, Juan 1:7-9; Is. 49:6; 60:3,19. Cualquier seguidor, cualquier creyente en Jesús no sólo tiene un mapa, sino un guía, un líder infalible. Nunca conducirá a la oscuridad, sino disipará las tinieblas del camino de sus seguidores. Y da esta luz a las almas de los hombres por la fe en él, que servirá como el norte y guía para ellos llevándolos a las eternas mansiones de vida celestial.

Ahora, después de que los judíos lo rechazaron y escapó por poco de sus manos, Jesús se encontró por casualidad con un hombre ciego de nacimiento. En forma cruel y despiadada los discípulos hicieron caso omiso a la miseria personal del hombre y preguntaron la razón de su invalidez. Los discípulos, como la mayoría de los judíos, creyeron que había una estrecha relación entre las enfermedades y las dolencias particulares con los pecados específicos. Jesús corrigió su lógica errada y los dirigió más bien al remedio que a la enfermedad.

El Señor debía usar a este ciego como ilustración de su anterior enseñanza. Así como trajo la luz física (la vista) al mundo oscuro del ciego, así sólo él trae luz espiritual a las almas ennegrecidas por el pecado.

Sin embargo, una vez más el odio cegó a los fariseos a tal punto de no querer ver la Luz del mundo. En un intento por

desacreditar a Jesús interrogaron al hombre que había sido ciego. La intimidación, el ridículo y hasta la excomunión no hicieron dudar al hombre. Su nueva vista física le había permitido que entrara la verdadera visión espiritual.

Mucha gente cuando está enferma busca en su corazón algún pecado en particular por el cual piensa que se le está castigando. ¿Cómo puede una teoría como ésta de causa y efecto defenderse a la luz de Job 1:2,22 y 42:7 al igual como Juan 9:1-3 y Lucas 13:1-5? La fe del hombre en Juan 9:1-41 se templó en las llamas de la adversidad. ¿Qué significa esto?

El buen pastor *(Juan 10:1-21)*

La secuencia de acontecimientos después de la curación del ciego llenaron el corazón de Jesús de dolor y quizá de ira justa. Los líderes religiosos de los judíos eran totalmente incapaces de cuidar la iglesia de Dios. Habían amenazado con excomulgar a cualquiera “si ... confesaba que Jesús era el Mesías” (Juan 9:22) y habían llevado a cabo su malvada intención con el que antes era ciego (9:34).

Volviéndose hacia los fariseos, los discípulos, el ciego y todos los que estaban cerca, Jesús habló de pastores y ovejas (metáforas fácilmente entendibles para los oyentes del Antiguo Testamento, Sal. 23; Is. 40:11; Eze. 34.

Cristo se comparó con los líderes falsos:

Pastores falsos	Jesús
El asalariado	Yo
Es un asalariado	Soy el buen pastor
No les importan sus	Conozco a mis

ovejas	ovejas
Huyen	Pongo mi vida

Resumió su relación con los creyentes:

Los creyentes	Jesús
Mis ovejas oyen mi voz	Y yo las conozco
Y me siguen	Y yo les doy
Y nunca perecerán	vida eterna
	Y nadie las arrebatará de mi mano” (según Edersheim) ^{xi}

Jesús habló de llamar a otros (los gentiles) a sí mismo. Lo que es más importante, reiteró que era su único acceso a la salvación. La ganaría para todos los hombres por su sacrificio voluntario en la cruz del Calvario.

Esta edición del Nuevo Testamento del Salmo 23, el discurso del Buen Pastor, tuvo una acogida desigual. Algunos de los judíos se conmovieron, pero otros acudieron a su calumnia acostumbrada: “Demonio tiene y está fuera de sí. ¿Por qué lo oís?” (Juan 10:20).

Viaje a Samaria (Lucas 9:51-62)

Después de la fiesta de los Tabernáculos, Jesús y los discípulos volvieron a Galilea. Sin embargo, pronto otra vez “afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51). Esta vez sabía que iba hacia el sufrimiento y la muerte por los pecados de toda la humanidad.

La distancia más corta entre dos puntos es una línea recta. Así Jesús decidió atravesar Samaria en vez de darle un rodeo. Acompañado por buen grupo (tal

vez hasta 100 personas) Jesús se acercó a una aldea de Samaria.

La descripción de lo que sucedió enseguida parece extraña al principio, pero tiene sentido cuando se ve más de cerca. La aldea no quiso acomodar a Jesús porque su destino era Jerusalén y ellos pensaban que su propio monte Gerizim era el santuario para el culto. Jacobo y Juan pensaban que tenían precedente histórico si no divino para pedir que cayera fuego destructivo del cielo (2 Reyes 1:10-12). La ironía doble, por supuesto, fue que los samaritanos no quisieron recibir al que debía recibir la adoración, y los discípulos pasaron por alto la misión de Jesús de salvar, no de destruir almas (Lucas 9:55).

Jesús y los setenta misioneros (Lucas 10:1-24)

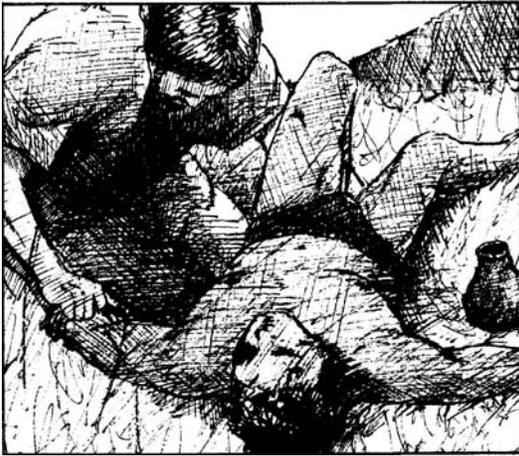
Aunque los samaritanos le volvieron la espalda a Jesús, esto no lo disuadió de su misión ni enfrió su amor hacia la humanidad pecadora. Pronto envió a 70 discípulos en un viaje de predicación. Las instrucciones que recibieron fueron semejantes a las que dio a los doce en una ocasión anterior (vea capítulo 6).

Las razones para el llamamiento de estos hombres a su servicio en este momento en particular parecen obvias. Primero, así como Jesús había enviado dos discípulos por delante a la aldea samaritana para anunciar su venida, los 70 irían a los lugares donde no era bien conocido (Perea, Judea) y pondría las bases de su llegada. Segundo, Jesús sabía que su tiempo en la tierra era limitado. El viaje de predicación serviría como preparación práctica para estos ministros.

Los resultados del viaje de predicación fueron impresionantes. El mensaje de Jesús derribó a Satanás. Entonces Cristo dijo una oración que recordaba una de sus primeras (vea Mat. 11:25-27).

Lea Lucas 10:16. ¿El mensaje de quién debe proclamar el pastor? ¿Cómo se debe recibir el mensaje?

Parábola del buen samaritano (*Lucas 10:25-37*)



Los próximos incidentes que escribió San Lucas (10:25 – 13:21) no se pueden poner en un esquema cronológico exacto. Sin embargo, nos parece conveniente seguir el orden presentado en el tercer Evangelio.

La parábola del buen samaritano es una de las que más se conocen en toda la Escritura. Hoy con frecuencia a las personas caritativas se les llama buenos samaritanos. Los hospitales a menudo llevan este nombre. La aplicación que la mayoría de la gente hace de esta parábola es que Dios quiere que ayudemos a nuestro prójimo.

Sin embargo, la parábola se contó en respuesta a una pregunta acerca de la

salvación, no del prójimo. Un abogado llegó a Jesús literalmente preguntando: “¿Habiendo hecho qué cosa heredaré la vida eterna?”^{xii} Jesús pidió al hombre que respondiera su propia pregunta, lo cual hizo citando Deu. 6:4-5 y Lev. 19:18 (palabras que los judíos piadosos recitaban cada mañana y tarde). Cuando se le dijo que debería cumplir esa ley, el escriba preguntó quién era su prójimo. La parábola que Jesús contó en respuesta no contestó la pregunta: “¿quién es mi prójimo?” sino “¿de quién soy prójimo?”^{xiii} Si el escriba hubiera tomado a pecho esta parábola habría reconocido su pecado y condenación bajo la ley y habría confesado que necesitaba un Salvador.

Jesús con María y Marta (*Lucas 10:38-42*)

Jesús viajó a Judea a una ciudad llamada Betania y entró en la casa de Marta y María (de quienes aprenderemos más en otros capítulos posteriores). Ahora debemos ver sus prioridades. Marta, alerta y enérgica, estaba resuelta a ser la perfecta anfitriona para Jesús. La introspectiva María estaba contenta de sentarse y escucharlo hablar. Al final, resultó que ella fue la más sabia. Cristo alabó a María por escoger la única cosa que realmente necesitaba. Después de todo, “el Hijo del hombre ... no vino para ser servido, sino para servir” (Mat. 20:28).

¿Cuál es la única cosa necesaria (Lucas 10:42)? ¿Por qué es este lema tan apropiado para una escuela luterana?

Jesús enseña a los discípulos a orar
(*Lucas 11:1-13*)

En otra ocasión después que Jesús había terminado de hablar, un discípulo le rogó: “Señor, enséñanos a orar” (Lucas 11:1). Jesús hizo precisamente eso. Les enseñó a quién deberían orar (Dios en el cielo), por qué cosas deberían orar (necesidades del cuerpo y el espíritu), cómo deberían hacerlo (con persistencia), y qué esperar cuando oren (una respuesta de un Dios amoroso). Como alumnos del Maestro, todos los cristianos deben aprender bien esta lección.

Ayes sobre los fariseos y escribas
(*Lucas 11:37-54*)

En tiempos cuando soplan vientos de ecumenismo y de compromiso por el mundo religioso, las palabras de Lucas 11:37-54 parecen muy duras. Además, cuando los pastores y las imágenes presentan un estereotipo de Jesús como pacífico y de carácter dulce hacia todas las criaturas y los hombres, estos versículos deben parecer completamente atípicos. Sin embargo, no debemos permitir que las herejías y los errores que prevalecen hoy nos impidan aceptar las palabras sencillas de la Escritura.

El hecho es que el amor de Jesús fue tan intenso aun para personas como los fariseos y escribas que los confrontó con las palabras más fuertes imaginables para causarles temor en su corazón y sacarlos de la satisfacción de sí mismos. Así Jesús acusó a los fariseos de tener una actitud de justicia propia por cumplir externamente con la religión, mientras que por dentro (sus almas) estaban espiritualmente muertos. Los expertos en

la ley religiosa eran aun peores. No sólo se engañaban, sino como sus predecesores llevaban a otros al infierno junto con ellos.

Las advertencias de Jesús no lograron el fin deseado. En lugar de ello, los fariseos y escribas lo acosaron con preguntas esperando a que dijera algo errado para atraparlos en algún pecado.

Discurso con los discípulos y otros
(*Lucas 12.1-59*)

Cuando Jesús dejó a los fariseos y volvió a sus discípulos, les advirtió contra esta hipocresía y los animó a defender el evangelio. No debe sorprendernos que repitió afirmaciones que había hecho antes. A fin de cuentas, la historia se repite, y también se tiene que repetir la instrucción apropiada.

Mientras Jesús hablaba con los discípulos, una multitud se reunió para ver al hombre que había hecho frente a los fariseos. Luego: “Le dijo uno de la multitud: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia” (Lucas 12:13).

La falta de propiedad de esta interrupción es espantosa. A esta persona no le interesaba el mensaje de gozo, paz y perdón que Jesús predicó, sino sólo sus propios intereses y progreso terrenal.^{xiv} Con las palabras: “Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidario?” (Lucas 12:14), Jesús no quiso considerar su caso. Con eso estaba diciendo que las esferas espirituales y seculares deben mantenerse separadas. Quince siglos después los confesores luteranos escribirían:

“Por esta razón las dos autoridades, la espiritual y la temporal, no deben confundirse ni mezclarse, pues el poder espiritual tiene el mandato de predicar el evangelio y de administrar los sacramentos. Por lo tanto no debe usurpar otras funciones; no debe poner ni deponer a los reyes; no debe anular o socavar la ley civil y la obediencia al gobierno; no debe hacer ni prescribir a la autoridad temporal leyes relacionados con asuntos profanos, tal como Cristo mismo dijo: «mi reino no es de este mundo» (Juan 18:36); también: «¿Quién me ha puesto sobre vosotros como juez?»^{xv}

La pregunta inoportuna preocupó tanto a Jesús que se lanzó a una discusión sobre las actitudes hacia las posesiones terrenales. En la parábola del rico insensato advirtió contra el egoísmo y la avaricia. Volviendo a sus discípulos les enseñó a no preocuparse. Los dos pecados son primos hermanos. “La avaricia nunca puede *obtener* lo suficiente, la preocupación teme que no *tenga* lo suficiente.”^{xvi}

La estrofa del himno dice:

Rey de gracia, pon tu imagen
En mi corazón, Señor,
Que riquezas no la borren,
Ni cuidados ni placer.

El hombre de Dios debe siempre estar preparado para la segunda venida de Cristo como Jesús mismo enseñó, y no preocuparse por los asuntos terrenales. Antes de su venida, sin embargo, esperarán a la gente pruebas intensas. La realidad de la cruz divide la humanidad.

Los discípulos vigilantes, a diferencia de los demás, responderán a las señales de advertencia.

Llamamiento final al arrepentimiento (Lucas 13:1-9)

Las advertencias de Jesús en cuanto al día del juicio alentaban a algunos de la multitud a pensar. Recuerde que los judíos consideraban que los desastres eran un castigo divino por cometer pecados graves particulares. Así, pensaban que era apropiado presentar en la actual discusión la reciente tragedia en el templo. Algunos soldados romanos habían matado a ciertos galileos que ofrecían sacrificios. Jesús notó que éste y otro acontecimiento trágico, cuando se evaluaban correctamente, fueron señales de advertencia del juicio inminente de Dios contra todos los que no estaban arrepentidos. Para resaltar el punto, Jesús habló una parábola acerca de una higuera improductiva.

Curación de una mujer en el sábado (Lucas 13:10-21)

¿Hirieron en lo vivo a los fariseos los “ayes” que Jesús pronunció contra ellos? ¿Produjo la advertencia acerca del día del juicio un llamamiento al arrepentimiento generalizado?

Un día del sábado Jesús estaba enseñando en una sinagoga en Judea cuando por compasión sanó a una mujer a la que un demonio había afligido por 18 años. Los judíos hipócritas lo condenaron por sanar en sábado. Sin embargo, haciendo una comparación entre una hija de Abraham y una asna,

Jesús avergonzó a los legalistas y agradó a mucha de la gente común.

El regocijo que mostró la gente animó a Jesús. Aunque era pequeño ahora (como la semilla de mostaza), el reino de Dios se expandiría a grandes proporciones. Como la levadura, el reino sería una fuerza silenciosa pero poderosa.



Capítulo 9

Camino a la muerte

Introducción

En el capítulo anterior nos dimos cuenta de que a principios de octubre del 29 d.C., Jesús “afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51), en donde sufriría y moriría. Aunque visitó Jerusalén durante la fiesta de los Tabernáculos (como hemos visto) y la fiesta de la Dedicación (como veremos), no fue sino hasta fines de marzo cuando finalmente entró por las puertas de la ciudad el domingo de Ramos.

En este capítulo continuaremos nuestro estudio del ministerio de Jesús en Perea. Ylvisaker^{xvii} ha llamado a esta parte de la vida de Jesús “el camino a la muerte”.

Jesús enseña camino a Jerusalén (Lucas 13:22-35)

Jesús entró en los pueblos y aldeas de Perea enseñando sobre la fe, la salvación y el día del juicio. En cierta ocasión alguien le preguntó: “Señor, ¿son pocos los que se salvan?” (Lucas 13:23). Casi podemos imaginar la mirada pensativa en el rostro de Cristo. En lugar de darle vueltas al número de santos en el cielo, el hombre debería haberse asegurado de que él estaba incluido en ese número. Para ilustrar esto, Jesús contó una parábola acerca de una casa con sólo una puerta. Se puede entrar únicamente por medio del arrepentimiento y la fe y esto

debe ocurrir antes de que se cierre la puerta.

En este tiempo algunos fariseos llegaron a Jesús advirtiéndole que debería huir porque Herodes lo quería muerto. Jesús no se apresuró. La fortaleza de Herodes en Maqueronte no sería el lugar donde moriría sino Jerusalén.

Irónicamente, el nombre Jerusalén significa: “habitación de paz”. Sin embargo, fue el sitio en donde muchos profetas habían sufrido y/o muerto: Zacarías (Lucas 11:51), Jeremías, Urías (Jer. 26:20-23) y posiblemente Isaías (Heb. 11:37). “¡Jerusalén, Jerusalén”, lamentó Jesús (Lucas 13:34). La habría salvado si tan solo la gente hubiera tenido la actitud del rey David (Sal. 17:8).

Cena con un fariseo prominente (Lucas 14:1-24)

Parece que los fariseos en Perea eran como los fariseos en otras partes. Cuando todo lo demás falló, trataron de coger a Jesús quebrantando una de sus preciadas leyes del sábado (vea capítulo 4). Ahora, en una cena formal del sábado, apareció un hombre que sufría de hidropesía. Si esta enfermedad era, como sugiere Davis^{xviii}, una “acumulación poco normal de líquido en cualquier cavidad del cuerpo o en los tejidos”, el hombre debe haber tenido una apariencia patética.

¿Fue correcto que Jesús lo sanara? Los fariseos no querían contestar, pero Jesús lo sanó. El Señor no ofreció ninguna disculpa por su acción, sino más bien la defendió. Luego Jesús sujetó a los legalistas pretenciosos a una lección de humildad y falta de egoísmo.

Las palabras de Jesús penetraron al menos en un corazón. Alguien exclamó: “¡Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios!” (Lucas 14:15). Esto dio lugar a la parábola de Jesús del gran banquete. La parábola claramente enseña el origen y la motivación de la salvación y la condenación.

Lo que requiere ser discípulo *(Lucas 14:25-35)*

Hay los que siguen a Jesús mientras resulte cómodo hacerlo; sin embargo, cuando el cristianismo se convierte en algo doloroso y restrictivo, abandonan a su Salvador. A esas personas con frecuencia se llaman cristianos que sólo lo son cuando las cosas marchan bien.

Cuando el Señor viajó por Perea hubo mucha gente que se preguntaba si debía seguirlo. Los comentarios que Jesús hizo eran tan duros y claros que no dejaban lugar a dudas. Ser discípulo no es una tarea fácil e implica un compromiso que no se debe tomar a la ligera. Exige una lealtad completa a él la cual puede llevar al sufrimiento y muerte por causa del evangelio.

Considere Lucas 14:25-35. ¿En qué sentido es bueno y en qué sentido es malo que un evangelista prometa a un incrédulo una vida mejor como cristiano?

Parábolas de lo perdido y encontrado *(Lucas 15:1-32)*

Tal vez ya era principios de diciembre del 29 d.C. Jesús y sus discípulos salían de Perea para dirigirse hacia Jerusalén en

donde celebrarían la fiesta de la Dedicación más tarde en el mes. Mientras el Señor iba de lugar en lugar, se reunieron espectadores. Con frecuencia publicanos y otros “pecadores” infames se reunieron para escucharlo, y Jesús hizo un intento de conversar con ellos, con frecuencia en una comida. Esto ofendió a los fariseos que se jactaban de su propia justicia. Pero como escribió tan concisamente cierto escritor: “Jesús no permitió que la crítica de los fariseos interfiriera en su ministerio. Había llegado para ayudar a los hombres pecadores, lo que difícilmente habría sido posible si no se hubiera encontrado con ellos”.^{xix}

Cristo justificó su tiempo y preocupación por la escoria de la sociedad usando tres parábolas. En este caso algo se pierde y luego se encuentra o se recibe con gozo: una oveja, una moneda que valía el salario de un día, y un hijo. Para que no se pasen por alto estas parábolas, se debe escuchar lo que dicen los comentaristas. “El capítulo 15 de Lucas es ... el centro escondido de este Evangelio, que revela maravillosamente el amor del Salvador por los pecadores perdidos y condenados.”^{xx} Y en medio del centro está la tercera parábola — la del hijo pródigo, que se ha denominado “el mejor cuento que jamás se ha escrito. ... una estrella brillante en el firmamento de los escritos sagrados”.^{xxi}

Los calvinistas enseñan que Dios escoge a algunos para ser salvos, a otros para ser condenados. Los luteranos enseñan que si alguien se salva, es por la gracia de Dios, y si se condena se debe a él mismo. Usando Lucas 14:15-24 y 15:1-32 defienda una de esas posiciones.

Parábolas acerca de las posesiones terrenales *(Lucas 16:1-31)*

Las tres parábolas que acaban de mencionarse fueron dichas a los fariseos. Ahora Jesús volvió a los discípulos y contó dos parábolas más.

La del mayordomo astuto (o el mayordomo injusto) se considera muy difícil de comprender. No tiene que serlo, sin embargo. Hubo un empleado deshonesto a quien se iba a despedir. No estaba dispuesto a permitir que esta crisis destruyera su vida, de modo que astutamente (aunque deshonestamente) usó lo que tenía para proveer para su futuro. La sagacidad del hombre, no su falta de escrúpulos, es lo que hay que elogiar. Como aplicación, los discípulos de Cristo deben usar sus posesiones terrenales astuta y sagazmente con la mirada puesta en la vida venidera. Esta parábola resaltó el uso que se debe dar a las posesiones terrenales. La parábola del rico y Lázaro enseña el uso que no se debe dar a estas posesiones.

Las dos parábolas, que se dirigían a los discípulos, las escucharon los fariseos. Se burlaron de la primera y estaban implicados en la segunda.

Enseñanza sobre asuntos relacionados *(Lucas 17:1-10)*

Durante este período del ministerio de Jesús, tan cerca al final, se sintió con la necesidad de enseñar a sus discípulos todo lo que fuera posible. Lucas 17:1-10 es un buen ejemplo. Los fariseos se habían ofendido por lo que Jesús había dicho. Él no había ofendido, pero ay de

las personas que sí ofenden. Los cristianos no deben ofender sino deben estar dispuestos a perdonar a los que pequen contra ellos. Esto requiere mucho amor que viene de una fe fuerte. Esta fe naturalmente produce buenas obras, pero no se deben considerar estas obras como un medio para ganar la salvación.

Jesús en la fiesta de la Dedicación *(Juan 10:22-42)*

Algún tiempo alrededor de mediados de diciembre, Jesús llegó a Jerusalén en donde celebró la fiesta de la Dedicación (Januká). La fiesta misma era una fiesta menor en el calendario judío que conmemoraba la ocasión cuando, en 165 a.C., se limpió el templo después de que los gentiles lo habían profanado. Puesto que tanto el templo y las residencias fueron iluminadas profusamente con velas, la celebración se llamaba la fiesta de Luces. Parece muy apropiado que la “luz verdadera” (Juan 1:9) del mundo brillara una vez más en el templo, pero como dijo Juan (1:5): “Y la luz en las tinieblas resplandece; mas las tinieblas no la comprendieron” (Reina Valera 1909).

Era un día frío de invierno cuando Jesús caminaba por la columnata del templo, pero el verdadero frío estaba en el corazón de muchos. Los judíos rodearon a Jesús pidiendo pruebas de que él era el Mesías. Había dado pruebas antes, pero habían rehusado creerlo.

Es irónico que las palabras que Jesús dijo a estos incrédulos endurecidos sean tan consoladoras para los cristianos. Dios Padre y Dios Hijo, iguales en

poder, conocimiento y amor, trabajan juntos para preservar a los creyentes.

Los judíos trataron de extinguir la Luz con piedras, de modo que el Señor y sus discípulos volvieron a Perea. Permanecieron allí por algún tiempo.

¿Qué significa Juan 10:35: “la Escritura no puede ser quebrantada”, y cómo debe esto afectar nuestra doctrina acerca de la Escritura?

Llamado a Betania y resurrección de Lázaro *(Juan 11:1-46)*

Tal vez haya sido febrero del 30 d.C. cuando llegó a Jesús el mensaje de que su amigo Lázaro estaba enfermo y a punto de morir. A pesar de ser amigo, Jesús no salió para Betania hasta que Lázaro había muerto. Pronto se revelaría la gloria del Hijo de Dios.

En cuanto a lo que en seguida sucedió, lea Juan 11:17-44. Nunca se podría describir tan bien en un resumen o paráfrasis el patetismo y la majestad del acontecimiento como lo hacen las palabras escogidas por el escritor inspirado. No obstante, parece apropiada una observación. Considere el amor de Jesucristo, quien tuvo un gran afecto personal por las dos hermanas, María y Marta, y su hermano Lázaro. Este amor produjo lágrimas de compasión y tristeza. Sin embargo, Jesús manifestó un amor más profundo, amor en el sentido espiritual más genuino.



Éste fue el amor que acercó cada vez más a Jesús a la cruz del Calvario y el amor que le permitió decir: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:25-26). La resurrección de Lázaro confirmó lo que dijo.

En el caso de Jesús resucitando a Lázaro, ¿qué acontecimientos muestran que Jesús es verdadero Hombre? ¿Verdadero Dios?

Complot contra Jesús y su retiro a Efraín *(Juan 11:45-54)*

Jesús resucitó a Lázaro, y al hacerlo manifestó “su gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Juan 1:14). Algunos de los judíos vieron y creyeron, otros endurecieron su corazón. Los líderes religiosos judíos formaron un complot a la vez que el sumo sacerdote decretó: “nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca” (Juan 11:50). Lo que Caifás habló con astucia y odio fue precisamente lo que Dios por amor llevaba a cabo.

La conspiración final para matar a Jesús comenzó. Puesto que no había llegado la hora indicada para su muerte, Jesús y sus discípulos se retiraron a Efraín, una aldea a unos 30 km al norte de Jerusalén.

Curación de los diez leprosos (*Lucas 17:11-19*)

Un día mientras Jesús caminaba por la frontera entre Samaria y Galilea, escuchó el ruego apasionado de diez hombres que daban lástima. Clamaron: “¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!” (Lucas 17:13) porque tenían lepra, una enfermedad que no tenía curación (vea capítulo 3). Jesús les dijo ir y mostrarse ante los sacerdotes de acuerdo con la ley levítica (vea Lev. 13 – 14). Mientras caminaban, fueron limpiados.

Hay varias lecciones que se pueden aprender de esta historia. Primero, este milagro realizado en diez hombres demuestra el poder de Jesús. No habló a la enfermedad ni tocó a los leprosos, sino desde lejos con su voluntad les devolvió la salud. Podemos llegar a la conclusión por esto de que Jesús puede ayudarnos en nuestra angustia terrenal aun desde el cielo. Segundo, los leprosos manifestaron mucha fe, porque obedecieron a Jesús sin cuestionarlo. Nos convendrá recordar que la fe es aceptar incondicionalmente a Cristo y su palabra. Finalmente, hay la trágica realidad que pocos vuelven y dan gloria a Dios (Lucas 17:18). Este triste hecho debe motivarnos a reconocer nuestra propia falta de gratitud y animarnos a decir “gracias” a Dios por todas sus bendiciones.

La venida del reino (*Lucas 17:20-37*)

Jesús dijo que era el Mesías, el Salvador prometido. Los fariseos erradamente pensaban que el Mesías inauguraría un reino político aquí en la tierra. Por tanto, buscaban señales de su gobierno terrenal. Jesús los desilusionó cuando dijo que el reino de Dios es espiritual, no visible, y que ya está aquí.

No obstante, si ellos buscaban señales, los complacería. Inmediatamente antes del día de juicio, el engaño y la apostasía caracterizarían el escenario religioso; mientras tanto mucha gente o la mayoría sería cautivada por los placeres del mundo. Entonces, súbitamente, el Señor volvería.

Hay tres definiciones del reino de Dios: (1) el reino de poder en el cual Dios gobierna todas las cosas en beneficio de sus creyentes, (2) el reino de gracia en el cual Cristo gobierna en el corazón de los creyentes mediante su palabra y sacramentos, y (3) el reino de gloria y el reinado de Dios sobre los santos en el cielo. ¿De cuál reino se habla en Lucas 17:20-21, y cuál se debe buscar?

Parábolas sobre la oración (*Lucas 18:1-14*)

La enseñanza de Cristo sobre el día del juicio debe haber asustado a los discípulos. Así “les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar” (Lucas 18:1). En la parábola sobre la viuda, Jesús enseñó que si aun un juez egoísta e impío se conmoviera con los ruegos persistentes, cuánto más un Dios amante

se conmoverá con las oraciones persistentes de sus escogidos.

Según el Evangelio de Lucas, Jesús luego contó la parábola del fariseo y el cobrador de impuestos. Martín Lutero, en su comentario sobre la Epístola a los Gálatas,^{xxii} distingue entre lo que llama la justicia activa y la pasiva. La primera es el intento vano del hombre de ganar su propia salvación obedeciendo la ley y haciendo buenas obras (como el fariseo en la parábola). La justicia pasiva, por otro lado, es recibir lo que Jesús libremente da — el perdón de los pecados, la vida y la salvación. Esta justicia se demuestra en la oración del cobrador de impuestos. La conclusión de la parábola es ésta: “Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro, porque cualquiera que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido” (Lucas 18:14).

La enseñanza de Jesús sobre el matrimonio, el divorcio y los niños

(Mat. 19:1-15; Marcos 10:1-16; Lucas 18:15-17)

Ya era marzo del 30 d.C. Por seis meses Jesús había deambulado por Perea, Judea y las regiones fronterizas de Samaria. Sin embargo, durante este tiempo se acercaba el encuentro con la muerte. Ahora visitó Perea por última vez, y desde allí su camino lo llevaría a Jerusalén.

El primer milagro de Jesús fue en las bodas de Caná. Ahora, casi al final de su ministerio, surgió la cuestión del matrimonio. En Deuteronomio 24:1 Moisés habló del divorcio. En el tiempo de Jesús los seguidores del famoso Hillel interpretaron este versículo como si

dijera que el hombre podría divorciarse de su esposa con casi cualquier pretexto, incluyendo quemar la comida. Los seguidores de Shammai, por otro lado, reservaron el divorcio para casos de violaciones de la moralidad, una de las cuales era la impureza de una mujer que apareciera en la calle sin el velo que le cubriera el rostro. Al preguntar a Jesús acerca del divorcio los fariseos esperaban que él se pusiera de parte de uno u otro en la controversia. No quiso hacerlo. En cambio, los dirigió a la institución misma del matrimonio y la intención de Dios de que los esposos deberían permanecer casados.

Entonces, ¿se equivocó Moisés al permitir el divorcio? Jesús indicó que Moisés no mandó ni toleró el divorcio, sino sólo lo permitió, y sólo como un medio para evitar más pecado. Dios únicamente reconoce el adulterio como motivo de divorcio. [Se podría agregar a esto el abandono mencionado en 1 Cor. 7:15.]

Deben los hombres permanecer o hacerse célibes? El matrimonio es lo natural y el celibato es sólo para aquellos que lo pueden mantener.

El matrimonio es la institución para tener hijos. Jesús levantó a los niños pequeños en sus brazos y los bendijo. Aclaró que el reino de Dios es también para ellos. Es decir, porque los niños pequeños son pecadores, Cristo quiere que también ellos lleguen a la fe y reciban su perdón.

El joven rico y los labradores de la viña

(Mat. 19:16 – 20:16; Marcos 10:17-31; Lucas 18:18-30)

Cuando Jesús siguió su viaje un joven rico se le acercó y le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?” (Mat. 19:16). Es obvio que el hombre quería ganar su propia salvación (la justicia *activa* que se mencionó antes). Si alguien quisiera salvarse, debería obedecer a la perfección la ley. Aunque el joven pensaba que había hecho precisamente eso, Jesús le abrió los ojos. El hombre amó el dinero más que a Dios, una violación del Primer Mandamiento.

Si el hombre no puede salvarse a sí mismo, ¿cómo puede ser salvo? La respuesta de Jesús fue más clara que el agua: “Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible” (Mat. 19:26). El hombre se salva por la misericordiosa disposición de Dios que el hombre sólo acepta (la justicia *pasiva* de Lutero).

Para subrayar el punto de que el hombre se salva por gracia y no por las buenas obras, Jesús contó una parábola acerca de un hombre que salió y encontró a algunas personas desempleadas y les dio un trabajo. Terminado el día éstos, que de otro modo no habrían recibido nada, recibieron el pago completo para el día laboral. Cuando se considera que la salvación es un don inmerecido, al cristiano más antiguo no le molestará que el recién convertido reciba una participación igual en el reino de Dios.

Jesús predice por tercera vez su muerte

(Mat. 20:17-19; Marcos 10:32-34; Lucas 18:31-34)

Cuando estaba en camino a Jerusalén, Jesús una vez más dijo a sus discípulos que moriría. Por primera vez les habló del método de su ejecución: la crucifixión.

La petición ambiciosa de una madre

(Mateo 20:20-28; Marcos 10:35-45)

Los fariseos no fueron los únicos que tenían ideas equivocadas del reino de Dios. Una de las seguidoras de Jesús, la madre de los discípulos Jacobo y Juan, llegó a Jesús con una petición. Quería que sus hijos recibieran la mayor medida de poder y gloria en el reino terrenal de Cristo. Indignados, y tal vez celosos, los otros discípulos comenzaron a objetar. Para sorpresa de todos, Jesús enseñó que seguir las humildes pisadas de Jesús es la ruta a la gloria en su reino espiritual.

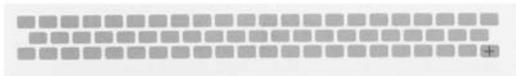
En camino a Jericó

(Mat. 20:29-34; Marcos 10:46-52; Lucas 18:35 – 19:28)

La caminata a Jerusalén llegaba a su fin. Cuando Jesús se acercó a Jericó se reunió una multitud, pero dos voces se escuchaban por encima de todas las demás. Bartimeo y otro ciego clamaron por misericordia. Aunque experimentaban las tinieblas físicas, sus almas estaban iluminadas. Reconocieron que Jesús era el Mesías prometido, el Hijo de David. Nuevamente, Jesús mostró su divinidad y los sanó, y ellos a la vez lo siguieron, alabando a Dios.

Ya era viernes, el 30 de marzo, una semana antes del Viernes Santo. Jesús estaba en Jericó, a 25 km de Jerusalén. Cuando caminaba por las calles abarrotadas llegó a cierto lugar, se detuvo y miró arriba. Allí en el árbol había un hombre de baja estatura, Zaqueo. Jesús habló con este jefe de los cobradores de impuestos y gran pecador y cenó con él. Lo que es más importante, Jesús hizo que Zaqueo reconociera sus pecados y creyera. Después de todo, esto concordaba con la misión de Jesús: “vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10).

Para entonces, los discípulos de Jesús deben haber estado muy emocionados. Sin duda, pensaban que Jesús pronto establecería su reino político en la tierra. En una parábola trató de corregir su modo de pensar. Él, el noble, se alejaría por un tiempo. Mientras tanto, a sus seguidores se les daría un tesoro para que lo usaran: los medios de gracia. Algún día, el día del juicio, volvería, castigaría a sus enemigos y daría galardones de gracia a los fieles.



Capítulo 10

Semana Santa: Domingo de Ramos hasta la mañana del martes

Introducción

Las narrativas en los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan abarcan los 33 años de la vida de Jesús. Sin embargo, el 28% de todo lo que escribieron solamente describe una semana: la Semana Santa. No es de extrañarse. Cristo vino a la tierra para entregar su vida por las ovejas (Juan 10:11; Zac. 13:7-9). En este capítulo comenzamos nuestro estudio de la Semana Santa. Sin embargo, el día antes del Domingo de Ramos sucedió un acontecimiento especial y simbólico que no debemos pasar inadvertidamente. El cuerpo de Jesús se preparaba para la sepultura.

Jesús ungido en Betania

*(Mat. 26:6-13; Marcos 14:3-9;
Juan 11:55 – 12:11)*

Jesús había pasado la noche del martes en casa de Zaqueo en Jericó. Al día siguiente, él y sus discípulos caminaron unos 23 km a Betania, llegando antes de ponerse el sol. Esa tarde y el día siguiente descansaron en casa de Simón, a quien Jesús había curado de lepra. Él era pariente o amigo de Lázaro, María y Marta que también vivían en esa aldea.

Aquella tarde, el 1 de abril del 30 d.C., se celebró una fiesta en honor a Jesús. No nos sorprende que Marta haya servido la comida. María, sin embargo, hizo algo muy inesperado. Presentó un costosísimo frasco lleno de un unguento aromático de nardo, y lo derramó en la cabeza de Jesús y luego en sus pies. Las mujeres judías no dejaban el cabello suelto en público. Sin embargo, María secó con su pelo largo el nardo de los pies de Jesús.

¿Por qué obtuvo María un frasco de nardo que equivalía al salario de un año? Ylvisaker^{xxiii} especula que lo compró para derramarlo sobre el cuerpo de Lázaro, pero nunca tuvo oportunidad de usarlo. Ahora ungió a aquél que resucitó a Lázaro de entre los muertos.

¿Por qué ungió María a Jesús? La respuesta está clara: porque lo amaba. Sin embargo, para Jesús esto fue más que una expresión de su devoción, también fue profético. Sin saberlo, María había participado en el embalsamamiento del cuerpo de Jesús.

En medio de esta escena sagrada, las nubes negras se juntaban. Judas juró lealtad al dinero, no a Jesús. En Jerusalén los líderes judíos esperaban a Jesús — para matarlo.

Domingo de Ramos

La entrada triunfal de Jesús

*(Mat. 21:1-11; Marcos 11:1-11;
Lucas 19:29-44; Juan 12:12-29)*

Cabalga con gran majestad,
Con pompa humilde Cristo va.
Camino a su triunfo ya
Sobre el pecado y muerte va.

¡Cabalga con gran majestad!
Él lucha con fidelidad;
El Padre en trono excelso está,
Su Hijo ungido espera ya.

Así escribió Henry Milman. Había llegado el momento para que Jesús completara su obra salvadora. En varias ocasiones había hablado a sus discípulos de su muerte. Ahora tenía que llevar a cabo el sacrificio de sí mismo (Heb. 7:27).



El domingo, 2 de abril, Jesús entró en Jerusalén cabalgando en una asna. Una multitud de peregrinos lo saludaron agitando palmas y cantando “Hosanna”. Fue un día apropiado para que el Hijo de Dios entrara en la ciudad porque ese día los judíos debían escoger un cordero a

fin de matarlo para la cena de la Pascua (Éxo. 12:3).

El Domingo de Ramos fue un día lleno de ironía. Los monarcas entraban en las ciudades a caballo, Jesús lo hizo en un burro. El gran Príncipe de Paz no entró con esplendor sino con humildad. La gente agitó sus hojas de palma ante el Señor. Las hojas simbolizaban la victoria militar, pero Jesús había venido para luchar contra el pecado, la muerte y el poder del diablo. La multitud gritó las conocidas palabras del Salmo 118:25-26: “Hosanna” (lo cual quiere decir “sálvanos ahora”) y esperaba ver la liberación de la tiranía romana. Aunque Jesús aceptó sus “hosannas”, sabía que había venido para librar sus almas. Este día era para que Jesús recibiera honores, pero derramó lágrimas de tristeza cuando vio Jerusalén. La ciudad estaba hermosa, pero los habitantes no lo eran.

Cuando las sombras de la tarde empezaron a caer sobre la ciudad, Jesús entró en el templo, vio a los cambistas y animales para el sacrificio, y salió. Volvió para pasar la noche en Betania.

Lunes de Semana Santa

Maldición de la higuera

(*Mat. 21:18-19; Marcos 11:12-14*)

El lunes en la mañana, el 3 de abril, Jesús caminaba hacia Jerusalén. Como tenía mucha hambre, se acercó a una higuera, la clase que produce higos en invierno, y la encontró sin fruto. Maldijo al árbol.

No fue una acción de ira, sino fue una demostración simbólica y profética. En una ocasión anterior Jesús había contado una parábola acerca de una higuera

infructuosa (Lucas 13:6-9). Ahora gráficamente ilustró la misma verdad espiritual. Israel tenía la forma externa de la piedad, pero por dentro les faltaban los frutos del arrepentimiento y la fe. Así el juicio de Dios estuvo sobre ellos.

Segunda limpieza del templo (*Mat. 21:12-17; Marcos 11:15-19; Lucas 19:45-48*)

Desde la higuera Jesús procedió al templo. Al comienzo de su ministerio había limpiado el templo (vea capítulo 2). Ahora, al final, tuvo que volver a hacerlo. En todas partes se vio la avaricia en vez de la adoración y alabanza. Irónicamente, mientras los líderes de la iglesia conspiraban la muerte de Jesús, los niños pequeños le cantaron alabanzas.

El lunes de la Semana Santa llegó y terminó. Jesús regresó a Betania a dormir.

Martes de la Semana Santa

La higuera marchita (*Mat. 21:19-22; Marcos 11:20-26*)

Temprano a la mañana siguiente Jesús y sus discípulos caminaban hacia Jerusalén. Ellos vieron la higuera completamente seca. Sin duda, se preguntaban cómo podrían realizar ellos esta clase de milagros. Como respuesta a esto el Señor habló de la fe que no está condicionada por la duda.

Desde allí siguieron rumbo a Jerusalén y al último día completo de trabajo del ministerio público de Jesús. “Fue su último día en el templo, el último día de su enseñanza, la última advertencia que

dio a los fariseos y saduceos, y su último llamamiento al arrepentimiento nacional.”^{xxiv}

Una pregunta sobre la autoridad de Jesús

(*Mat. 21:23-27; Marcos 11:27-33; Lucas 20:1-8*)

Jesús apenas había entrado en el templo cuando lo rodearon los líderes religiosos. ¿Con qué derecho o autoridad había entrado a Jerusalén como el Mesías, limpiado el templo y luego predicado allí? Éstas fueron sus preguntas, pero el motivo era condenarlo a muerte. En respuesta, Jesús les preguntó acerca de la comisión de Juan el Bautista. Juan, un profeta de Dios reconocido, había declarado que Jesús era el Mesías. Pronto dejaron el tema.

Parábolas de juicio (*Mat. 21:28 – 22:14; Marcos 12:1-12; Lucas 20:9-19*)

Los líderes religiosos de los judíos evidentemente habían rechazado el testimonio de Juan y la persona del Salvador. Como una condenación final de su incredulidad, Jesús contó tres parábolas.

La parábola de los dos hijos demostró la falta de sinceridad de los líderes. A fin de cuentas fueron los pecadores groseros (cobradores de impuestos y prostitutas) los que habían creído en Jesús y hecho la voluntad de Dios Padre, no los escribas, fariseos y saduceos hipócritas.

La parábola de los labradores malvados tenía la intención de revelar la rebeldía de los judíos que pronto resultaría en la muerte del Hijo de Dios. Las figuras en

la parábola tienen un mensaje religioso evidente.

El terrateniente = Dios Padre

La viña = la teocracia del Antiguo

Testamento

Los arrendatarios = Los gobernantes, maestros, líderes

Los siervos = Los profetas del Antiguo

Testamento, Juan el Bautista

El hijo = Jesucristo, el Hijo de Dios

Además, Jesús notó que en vista de que los judíos lo habían rechazado, el cristianismo ahora sería ofrecido a los gentiles. “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo” (Marcos 12:10). Desde el punto de vista histórico, esto es precisamente lo que sucedió.

Por última vez, en la parábola de la fiesta de bodas, Jesús advirtió a los líderes judíos que deberían abandonar sus caminos malos para que no les caiga el juicio. El Señor también repitió que el evangelio, que los judíos rechazaron, se ofrecería a los gentiles.

Intercambio de preguntas y respuestas

(Mat. 22:15-46; Marcos 12:13-37; Lucas 20:20-44)

Los líderes judíos no detuvieron y mataron a Jesús inmediatamente porque temían al pueblo común. Sólo dos días antes una multitud de peregrinos había aclamado a Jesús como su rey. Así los líderes decidieron tratar de sorprender a Jesús en un error verbal. Como resultado, comenzaron a hacerle preguntas capciosas.

La primera tuvo que ver con los impuestos. Después de algunas adulaciones para coger a Jesús

desprevenido le preguntaron: “¿Es permitido dar tributo a César o no?” (Mat. 22:17). Si había una pregunta cargada de implicaciones, era ésta. Si Jesús hubiera contestado “sí”, hubiera provocado la ira del pueblo judío que creía que Dios, no el César pagano, era su gobernante supremo. Por otro lado, una respuesta de un “no” lo habría hecho culpable ante Roma y un traidor.

La respuesta de Jesús contiene todo un capítulo de teología en una sola oración. “Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Mat. 22:21). Hay un reino secular y uno espiritual. Los deberes y responsabilidades que la gente tiene hacia los dos deben mantenerse separados y no tienen que estar en conflicto.

Los fariseos y herodianos habían fracasado. Así los saduceos se turnaron para tratar de atrapar a Jesús. Aunque no creían en la resurrección de los muertos ni en la inmortalidad, preguntaron al Señor sobre la vida después de la muerte. Su respuesta básicamente fue: “Las relaciones del tiempo no se aplicarán a las cosas eternas.”^{xxv}

Se supone que los saduceos aceptaron los primeros cinco libros de la Biblia. Habían citado de Deuteronomio (23:5-6) para tratar de atrapar a Jesús. Ahora luchó con ellos en su propio terreno, porque citó de Éxodo (3:6): “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, ... Isaac y ... Jacob”. Dios no dijo “era el Dios” de los patriarcas que habían muerto siglos antes. ¿Cómo podría esta relación de Dios con los creyentes persistir si no había vida más allá de la tumba? Los saduceos se quedaron con la boca cerrada.

Después de vencer a los saduceos, los fariseos recobraron ánimo para finalmente tratar de arrinconar a Jesús. A fin de comprender la pregunta que hicieron, tenemos que saber un poco más sobre los fariseos mismos. Ellos se preocupaban de las leyes religiosas, algunas dadas por Dios, otras inventadas por los seres humanas. Como escribe Farrar.^{xxvi}

Entre otras cosas habían malgastado su tiempo en intentos fantásticos por contar, clasificar, pesar y medir todos los mandamientos separados de la ley ceremonial y moral. Habían llegado a la sabia conclusión de que había 248 preceptos afirmativos, que eran el mismo número que los miembros en el cuerpo humano, y 365 preceptos negativos, correspondiendo al número de las arterias y venas, o los días del año: con un total de 613, que también fue el número de letras en el Decálogo [los Diez Mandamientos].

La pregunta candente que se hizo a Jesús fue: “Cuál de estas leyes es la más importante y cuál la menos importante?” Cristo respondió explicando que las dos tablas de la ley eran importantes y que los mandamientos se podrían resumir en una palabra, el amor. Los fariseos que hicieron la pregunta admitieron la respuesta.

Los líderes judíos habían tratado de atrapar a Jesús pero no lo habían logrado. Ahora, por última vez, Jesús trató de razonar con ellos. Él propuso una pregunta suya, no para atraparlos, sino más bien para librarlos de su ceguera. La pregunta trataba del Hijo y

el Señor de David. Ellos esperaban un Mesías que sería como David (un hombre y un rey). No obstante, el Antiguo Testamento (Sal. 110) también se refirió al Mesías como “Señor” (el Dios todopoderoso). Jesús se presentaba a los judíos como el verdadero Mesías — verdadero Hombre y verdadero Dios. Esta enseñanza captó la atención de la gente común, pero los líderes judíos la despreciaban.

¿Según Mateo 22:15-22 qué hay de malo en tener un estado teocrático o una iglesia estatal?

¿Cuáles son las dos tablas de la ley? Se debe referir al Catecismo de Lutero.

Cristo denuncia a los fariseos y los escribas

(Mat. 23:1-39; Marcos 12:38-40; Lucas 20:45-47)

Los fariseos y escribas deberían sentarse “en la cátedra de Moisés” (Mat. 23:2), en otras palabras, deberían enseñar a la gente las Escrituras. A los discípulos y la gente común se les animaba a escuchar las enseñanzas bíblicas. Por desgracia, los líderes religiosos rehusaron practicar lo que predicaban. Tomaron parte activa en cualquier cosa que gratificara su ego, sin detenerse a dar la gloria a Dios; exhibían su parafernalia religiosa ante la gente; insistían en que los llamaran “rabí” (mi maestro). Obviamente no tenían ninguna humildad en sus vidas.

En uno de sus discursos más largos Jesús expuso duramente la hipocresía de ellos. Varias veces repitió la palabra “ay”, lo cual significa “serás condenado”. En la versión de Mateo Cristo denunció a los escribas y fariseos:

1. Porque la doctrina falsa que enseñaban alejaba a la gente de la salvación.
2. Porque activamente buscaban discípulos que se hicieron dos veces más hipócritas que ellos mismos.
3. Porque disculpaban los votos hechos a Dios e insistían en cumplir votos hechos sobre objetos materiales.
4. Porque no entendieron los aspectos más importantes de la ley.
5. Porque insistían en la limpieza externa (física) pero pasaron por alto la pureza interna (moral).
6. Porque dieron la impresión de ser puros cuando adentro eran corruptos.
7. Porque conmemoraban a los profetas que habían muerto, a la vez que conspiraban matar a Jesús.

Lea Mateo 23:15. ¿Cuál es el problema con la filosofía: “No importa lo que creas con que seas sincero”?

La ofrenda de la viuda (*Marcos 12:41-44; Lucas 21:1-4*)

Jesús había estado en el templo varias horas durante la mañana de ese martes. Las mismas personas que deberían haberse arrodillado ante él para adorarlo lo habían retado. ¿Había israelitas fieles en Jerusalén?

Cuando Jesús miró alrededor vio una acción al parecer insignificante — una viuda que dejó caer dos monedas pequeñas en la tesorería del templo. Todavía había israelitas genuinos. Esta mujer confiaba en la providencia de Dios y respondió a él con su amor. Aquí

estaba una creyente que no tenía nada, sin embargo, al mismo tiempo poseyó el tesoro más grande, la salvación.

¿Qué nos enseña la historia de la ofrenda de la viuda acerca de la mayordomía cristiana?

Unos griegos buscan a Jesús (*Juan 12:20-36*)

Mientras Jesús miraba a la viuda los discípulos le informaron que algunos griegos querían hablar con él. Se estaba revelando su fe en estado embrionario. Estos gentiles comenzaban a reconocer que Jesús era su Salvador. Treinta y tres años antes Simeón (vea capítulo 1) había llamado a Jesús una “luz para revelación a los gentiles” (Lucas 2:32) y ahora esta profecía se estaba cumpliendo.

Jesús dedicó el tiempo antes de su muerte principalmente a los judíos. Después de su resurrección, los gentiles oírían de él. Para entonces Jesús sería exaltado en toda su gloria.

Comentarios finales (*Juan 12:36-50*)

Cuando Jesús entró en el templo ese martes en la mañana, inmediatamente habían puesto en duda su autoridad. Cuando salió del templo antes del mediodía, reafirmó la naturaleza de su autoridad. Él y el Padre son uno.

¿Qué partes del Credo de Atanasio y del Niceno resaltan que Jesús y el Padre son uno?



Capítulo 11

La Semana Santa: Martes en la tarde – jueves en la tarde

Introducción

Jesús pasó la mañana del martes de la Semana Santa en el templo. Allí denunció a los líderes judíos. Dos días después éstos lo arrestarían y el viernes lo matarían. En el tiempo que le quedaba, Jesús enseñó a sus discípulos con su palabra y ejemplo y dejó a su iglesia una señal visible de su amor y salvación: la Santa Cena.

Predicción de la destrucción del templo y de la tierra

(Mat. 24:1 – 25:46; Marcos 13:1-37; Lucas 21:5-36)

El Señor del templo abandonó el templo por última vez en medio de un escándalo de controversias. Sus discípulos desanimados trataron de ser optimistas. “Maestro, ¡mira qué piedras y qué edificios!” (Marcos 13:1). Al menos se podría apreciar la estructura.

El historiador judío Josefo informó que las piedras individuales medían 12 metros de largo, 4 metros de ancho y 6 metros de alto. Con columnas blancas de mármol, puertas cubiertas de plata y oro, el edificio era magnífico.^{xxvii}

Sin embargo, Jesús sólo podía ver la profanación del recinto sagrado. Predijo su total destrucción.

Más tarde, desde un mirador en el monte de los Olivos, los discípulos preguntaron cuándo el templo, el cual sobresalía en el horizonte de Jerusalén, sería desolado. También se preguntaban cuándo terminaría el mundo.

Jesús no quiso precisar los tiempos. De hecho, en su estado de humillación afirmó que ni él sabía (Mat. 24:36). Pero les dio señales que indicarían que el fin estaba cerca. Casi es como si Jesús viera los collados y valles y visualizara su destrucción. Luego su mirada se enfocó en el templo cercano que sería aniquilado. Finalmente, una vez más miró a la distancia.

La mayor parte de Mateo 24:4-14 describe los últimos tiempos. Antes del día del juicio habrá crisis en la iglesia (falsos Cristos, persecuciones, apostasía), la naturaleza (hambre, terremotos) y la sociedad (guerras y rumores de guerra). Mientras tanto, Mateo 24:15-28 trata principalmente de la destrucción de Jerusalén y el templo. Como un detalle histórico, en abril del 70 d.C. el emperador romano Tito sitió Jerusalén. Para agosto la resistencia se derrumbó y la ciudad fue saqueada. Quemaron el templo, derrumbaron las columnas y la estructura gloriosa quedó reducida a un montón de escombros.^{xxviii} Sin embargo, antes que esto sucediera, muchos de los cristianos que estaban en Jerusalén huyeron y se refugiaron en Pela, una ciudad al este del Jordán.^{xxix} Finalmente, en Mateo 24:29-31 los pensamientos de Jesús volvieron al día del juicio y a su regreso glorioso.

Jesús hizo hincapié en el punto de que los creyentes siempre deben estar alertas y usar los días que les quedan con sabiduría. Las parábolas del ladrón en la noche, los siervos fieles y malvados, las diez vírgenes y la de los talentos dramatizan estas verdades.

Según Freeman^{xxx} los pastores palestinos pastoreaban las ovejas y cabritos juntos en el día, pero los separaban en la noche. Jesús usó esa imagen para describir el día del juicio. Él, como Juez, Rey y Pastor, ese día separará a los creyentes que demostraron su amor para con él por sus obras (las ovejas) de los incrédulos (los cabritos). Los primeros serán recibidos en el cielo, mientras los otros serán sentenciados al infierno.

¿Por qué es mejor saber que el día del juicio ocurrirá pronto que saber la fecha exacta en que ocurra? ¿Es el cielo un premio por las buenas obras hechas en la tierra? Si no, ¿cómo se puede explicar Mateo 25:35-40?

Los gobernantes y Judas conspiran contra Jesús

(Mat. 26:1-5,14-16; Marcos 14:1-2,10-11; Lucas 21:37 – 22:6)

Más temprano ese día la “Luz” del mundo había descubierto a los hijos de las tinieblas (vea los “ayes” mencionados en el capítulo anterior). Las tinieblas no pueden soportar la luz, de modo que los gobernantes trataron de extinguir la Luz verdadera, Jesús. Sin embargo, puesto que los gobernantes judíos estaban conscientes de la popularidad de Jesús, estaban dispuestos a esperar hasta que hubiera terminado la Pascua antes de arrestarlo. No obstante, Dios tuvo otro cronograma. Jesús predijo

que en dos días sería traicionado y que después de eso enfrentaría la muerte.

Cuando Jesús y 11 de los discípulos pasaron la noche del martes fuera de la ciudad (Lucas 21:37-38), Judas debe haber inventado un pretexto para entrar en Jerusalén. Allí vendió su alma por 30 piezas de plata.

¿Qué le sucedió a Judas? Con frecuencia los comentaristas hacen una reseña psicológica detallada del hombre que de ser un creyente pasó a la incredulidad (vea Edersheim^{xxxii}). Dicen que, como los demás discípulos, Judas no comprendió la naturaleza del reino de Cristo. Cuando disminuyó la popularidad de Jesús, se frustraron sus propias expectativas. La frustración condujo al egoísmo, y con el tiempo Judas decidió salirse mientras podía, con la esperanza de llevarse algo de dinero.

Aunque este análisis puede ser correcto, la Biblia indica una falla en Judas, la de la avaricia, el amor al dinero y el deseo por él (Juan 12:6; Mat. 26:15). Este cáncer espiritual creció en Judas hasta que Satanás dominó su alma.

Satanás rara vez confronta al creyente con una serie de tentaciones. Más bien encuentra el eslabón espiritual más débil del creyente y continuamente ataca ese punto.

Las treinta monedas de plata que Judas recibió equivalían al salario de 120 días. Las Escrituras se cumplieron (Zac. 11:12-13; Sal. 41:9).

Miércoles de Semana Santa

Si el día que se menciona en el capítulo 5 fue el más ocupado de Jesús, entonces el martes de la Semana Santa debe haberle hecho competencia. El miércoles, por otro lado, debe haber sido rutinario, un día de enseñanza tranquila y oración, una calma divina antes de la tormenta. No se menciona este día en la Biblia.

Jueves de la Semana Santa

Preparación para la Cena de la Pascua

(Mat. 26:17-19; Marcos 14:12-16; Lucas 22:7-13)

Jesús y los discípulos pasaron la noche del miércoles en Betania. A la mañana siguiente comenzaron a pensar en dónde comerían la cena de la Pascua. Jesús dijo a Pedro y Juan a dónde debían ir y qué hacer. En Jerusalén encontrarían a un hombre que llevaba una jarra de agua. Deberían hacer los arreglos en la casa donde él entrara. En realidad, sería fácil identificar a un hombre que llevaba agua, puesto que casi siempre fue trabajo que realizaban las mujeres.



¿En qué pensaba Jesús ese jueves? La respuesta es dolorosamente obvia. Sabía

que su tiempo había llegado. Recuerde que el martes había profetizado: “Sabéis que dentro de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado” (Mat. 26:2). No fue ningún accidente que Jesús fuera entregado en la Pascua. Unos 1476 años antes los Hijos de Israel habían sido esclavos en Egipto. Después de que una serie de plagas no logró convencer al faraón egipcio a libertar a los israelitas, Dios envió un ángel a la tierra.

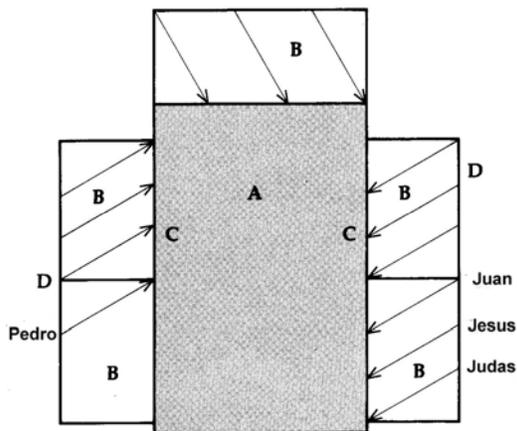
La historia se describe en detalle en Éxodo 12, pero se puede resumir en forma breve aquí. El día diez del mes los judíos escogieron corderos perfectos (sin mancha). Cuatro días después mataron los corderos y pusieron la sangre en los marcos y dinteles de la puerta. La cena esa noche (ahora el 15 del mes, puesto que los judíos designaron la tarde como el comienzo de un nuevo día) fue el cordero asado junto con pan sin levadura. Aquella noche el ángel de la muerte dejó en paz las casas marcadas con la sangre, pero se detuvo en las otras casas para matar al primogénito de cada una. Después de esto, los israelitas fueron liberados. Desde entonces, la Pascua se celebró para conmemorar la liberación que Dios había provisto.

El Domingo de Ramos, el día décimo del mes judío, Jesús entró en Jerusalén ofreciéndose como el Cordero de Dios sin mancha (sin pecado). Ahora, cuatro días más tarde (desde el atardecer del miércoles hasta el atardecer del jueves), Jesús estaba dispuesto a ofrecerse como el sacrificio de la Pascua, para que por su sangre los hombres pudieran ser librados de la esclavitud del pecado (vea 1 Pedro 1:19).

Controversia durante la cena de la Pascua

(*Mat. 26:20; Marcos 14:17; Lucas 22:14-18,24-30*)

A la hora de la cena Jesús y sus discípulos entraron al aposento alto de la casa en Jerusalén. El famoso cuadro de Leonardo da Vinci, “La última cena”, no representa en forma precisa la escena. Los trece no se sentaban a la mesa, más bien se reclinaban por el costado izquierdo en grandes divanes y comían de una mesa o mesas en el centro. En base a un estudio de las costumbres del tiempo e indicios que dan los Evangelios, Adam Fahling^{xxxii} representa la escena en este diagrama:



- A. La mesa.
- B. Los divanes donde se recostaban sobre su lado izquierdo con la
- C. Cabeza hacia la mesa y los
- D. Pies extendidos hacia el piso.

Los discípulos comenzaron la tarde discutiendo cuál de ellos era el más grande. Esta clase de discusión fue un problema constante entre los discípulos (Marcos 9:33-34; Mat. 20:20-24) y Jesús trató el asunto casi igual al de pocos días

antes (Mat. 20:25-28). Sin embargo, Jesús prometió galardones a sus discípulos, no para recompensar su servicio, sino por la fidelidad.

¿Por qué podríamos llegar a la conclusión de que el orgullo pecaminoso es una de las raíces de cualquier mal? Vea 1 Tim. 3:6; Gén. 3:1-5).

Jesús lava los pies de los discípulos

(*Juan 13:1-17*)

Antes que los judíos comenzaban a comer la cena de la Pascua, un siervo o esclavo acostumbraba lavar los pies. En esta ocasión Jesús se levantó, tomó agua y una toalla, y comenzó a lavar. Lo hizo por amor y para dar un ejemplo de humildad. Cuando llegó a Pedro, el discípulo al principio no aceptó la demostración, luego contradujo la voluntad de Cristo, y finalmente exigió que Jesús lavara aun más de su cuerpo.

Denuncia y retiro de Judas

(*Mat. 26:21-25; Mar. 14:18-21; Luc. 22:21-23; Juan 13:18-35*)

Finalmente se sirvió la cena de la Pascua. Mientras comían el cordero, el pan sin levadura y las hierbas amargas, prevalecía un ambiente gozoso. Pero Jesús interrumpió las festividades con un anuncio espeluznante: “De cierto os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar” (Mar. 14:18). Los discípulos se pusieron muy serios. ¿Quién sería el traidor?

Si el diagrama de Fahling es correcto podemos recrear la escena. Pedro, desde el otro lado de la mesa, hizo un gesto y

susurró a Juan. Él, a la vez, volteó sobre su costado derecho poniendo su cabeza en el pecho de Jesús. “Señor, ¿quién es?”, preguntó (Juan 13:25). Jesús expuso al traidor Judas. Aunque Pedro y Juan podían ahora identificar al criminal, los demás discípulos por un tiempo no supieron nada. Judas salió de inmediato.

Jesús habló a sus discípulos creyentes. Recordó a sus seguidores que era uno con el Padre, dijo que pronto sería glorificado, aludió a su sacrificio inminente y a su regreso al cielo. Finalmente, Jesús animó a sus discípulos a amarse unos a otros.

Institución de la Santa Cena (*Mat. 26:26-29; Mar. 14:22-25;* *Lucas 22:19-20*)

Tal vez no haya ninguna otra parte de la Biblia que haya recibido tanta atención y generado tanta controversia como los versículos que describen la Santa Cena. La única forma de llegar a la verdad en el asunto es sencillamente aceptar lo que Jesús dijo.

Después de haber comido la cena de la Pascua, Jesús tomó un pan sin levadura, dijo una oración de acción de gracias, partió el pan y lo pasó a los discípulos diciendo: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo. ...” Momentos más tarde tomó una copa de vino de uva, volvió a dar las gracias, y la pasó a los discípulos diciendo: “Bebed de ella todos, porque esto es mi sangre” (Mat. 26:27-28).

Cuando agregamos las palabras inspiradas de San Pablo (1 Cor. 10:16-17; 11:23-29) a las historias en los Evangelios aprendemos qué era la Cena. Jesús consagró el pan y el vino. Es decir, los apartó para un propósito santo. Lo

que distribuyó y lo que los discípulos recibieron fueron pan y vino, junto con su propio cuerpo y sangre. Fue el mismo cuerpo que moriría en la cruz, la misma sangre derramada para la salvación de la humanidad (Lucas 22:20). En ninguna parte indicó Jesús que los elementos físicos (pan y vino) se transformaban en cuerpo y sangre (otra vez, vea 1 Cor. 10:16) o que sólo representaban su cuerpo y sangre vivificantes.

La Biblia no sólo bosqueja la naturaleza de la Santa Cena, sino también revela su significado. Cristo afirmó que la Cena era un nuevo pacto y acuerdo unilateral entre Dios y el hombre “para perdón de los pecados” (Mat. 26:28). Jesús, por su muerte en la cruz, pagaría por los pecados de la humanidad. Los pecadores reciben los beneficios de su muerte (perdón de los pecados, vida y salvación) participando en la Cena.

Cristo también dijo que sus seguidores deberían repetir la Cena (consagración, distribución y recepción) con frecuencia en memoria de él. De esta forma proclamarían su muerte hasta el día del juicio cuando él viniera (1 Cor. 11:24-26).

La Fórmula de Concordia^{xxxiii} sugiere que Judas participó de la Santa Cena. Sin duda los autores de la Fórmula siguieron la cronología que San Lucas proporcionó. ¿Por qué se debe preferir la cronología de Juan la cual dice que Judas salió antes de la Santa Cena? Considere cuidadosamente 1 Corintios 11:27-29).

Jesús predice el comportamiento de los discípulos

(Mat. 26:31-35; Mar. 14:27-31; Lucas 22:31-39; Juan 13:36-38)

Más temprano esa tarde Jesús había hecho una referencia vaga a su partida. Al parecer las palabras se quedaron en la mente de Pedro, de modo que preguntó al Señor sobre el asunto. Jesús miró a los 11 discípulos y luego citó Zacarías 13:7 indicando que pronto serían esparcidos. Después de ese tiempo lo podrían encontrar en Galilea. A donde Jesús se iba, ellos no podían seguirlo, pero Pedro se negó a aceptar lo dicho. Al Pedro confiado se le tuvo que decir que en cuestión de horas, antes que un gallo cantara dos veces, él negaría a Jesús tres veces.

La partida de Jesús marcaría un cambio en la vida de los discípulos. Antes habían predicado entre el pueblo y fueron recibidos cortésmente. Pronto encontrarían lucha (la espada) cuando daban testimonio de Cristo.

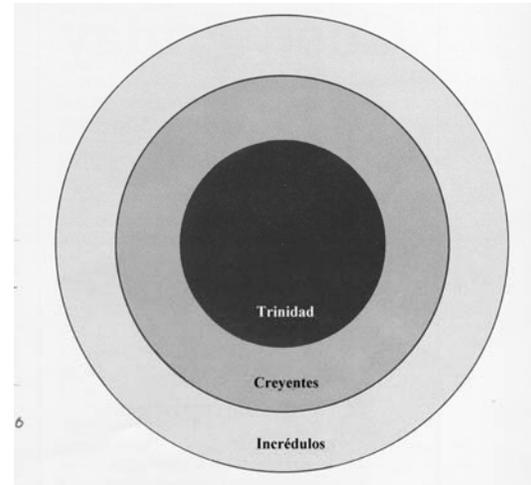
El discurso de despedida de Jesús

(Juan 14:1 – 16:33)

Había llegado el momento de que Jesús se despidiera de sus discípulos. Había tanto que decir pero muy poco tiempo para decirlo. Las palabras finales fueron de consuelo.

El Evangelio de Juan, capítulos 14 – 16, contiene el notable discurso de Jesús sobre el amor. Tal vez sea mejor ver esto en círculos concéntricos. El círculo del centro retrata la unidad de la Trinidad, la relación entre Padre, Hijo y Espíritu

Santo (el Consolador). Alrededor de la Trinidad está el círculo de creyentes. Jesús habló de la relación del Dios Trino con ellos y de sus responsabilidades unos a otros. Finalmente advirtió a los creyentes contra los incrédulos que también los rodeaban. En tiempos de persecución los creyentes deberían dirigir su corazón hacia Dios.



Cristo partiría al cielo. Sin embargo, por la obra del Espíritu Santo en su corazón, los discípulos recordarían su tiempo con el Señor y comprenderían el significado de sus enseñanzas.

Oración de Jesús como intercesor

(Juan 17:1-26)

Jesús había enseñado a sus discípulos, y ahora oró. Sus oraciones siguieron el mismo orden de su discurso. Pidió la gloria que era suya por derecho divino. Luego oró por sus discípulos fieles. Hasta este punto había estado con ellos y los había protegido en persona. En el futuro el Santificador los protegería. Por su ministerio otros creerían. Jesús oró por la unidad de toda la iglesia (los creyentes).

Jesús confiaba que había dicho lo suficiente. Llegó el momento de su sufrimiento y muerte.



Capítulo 12

Semana Santa: la noche del jueves – Viernes Santo

Introducción

El viernes, 7 de abril del 30 d.C., fue el día de los mayores sufrimientos, pruebas y ejecución en el madero de la cruz para Jesús. En los últimos 19 siglos este día se ha llegado a conocer como el Día de la pasión del Señor, el Día de la absolución, el Día de la cruz, la Fiesta de la crucifixión, y el Día de la salvación. Pero el nombre más común es Viernes Santo. Fue en día bueno, realmente un día grande y glorioso, porque ese día Cristo pagó el precio de los pecados de toda la humanidad y ganó la salvación para toda alma.

En los últimos años se han impreso varias armonías económicas en formato de panfleto de las historias del Evangelio del Viernes Santo. Sería útil que el lector de este capítulo tenga a la mano tal armonía.

Agonía en el huerto de Getsemaní

(Mat. 26:30,36-46; Marcos 14:26,32-42; Lucas 22:39-46; Juan 18:1)

Tal vez como a las 11 de la noche del jueves Jesús y sus discípulos dejaron el aposento alto, salieron de Jerusalén,

cruzaron el río Cedrón y subieron la colina no muy inclinada del monte de los Olivos en donde entraron en un huerto apartado conocido como Getsemaní. No es posible que sea coincidencia que la lucha más grande y la agonía de Jesús comenzara en un huerto, así como la mayor miseria de Adán y Eva comenzó en otro huerto, el de Edén. Sobre el himno de Cuaresma “Go to Dark Gethsemane [Ve al oscuro Getsemaní]”^{xxxiv} W. M. Czamanske comenta:

Era de noche, y los olivos oscurecían todavía más el huerto con sus sombras, a pesar del brillo de la luna llena en esta estación de la Pascua. Pero había otras sombras que contribuían a la oscuridad de este huerto, una oscuridad como no había caído sobre ningún otro huerto en la historia del mundo. A la mente del autor del himno vino un enemigo más oscuro que Judas, que iba en camino al huerto. Vio al príncipe de las tinieblas en camino para medir sus fuerzas contra el mismo Hijo de Dios. El antiguo enemigo maligno merodeaba, reuniendo sus fuerzas para un ataque decisivo contra el segundo Adán, para hacer con Cristo lo que había logrado hacer en el huerto de Edén.

Dejando atrás a ocho discípulos, Jesús llevó a Pedro, Jacobo y Juan más adentro del huerto. Habían visto a Jesús en toda su gloria en el monte de la Transfiguración. Ahora lo verían en las profundidades de la angustia y la humildad. Su petición fue: “Mi alma está

muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad” (Marcos 14:34).

La tristeza incontenible que hizo a Jesús postrarse en el suelo y resultara en sudor de sangre fue producida por tres terrores diabólicos. Primero, el eterno Hijo de Dios enfrentó una condición completamente ajena a su propia naturaleza — su propia muerte. Segundo, su muerte sería vicaria como sustituto. Tendría que llevar sobre sus propios hombros todos los pecados del hombre y sentir toda la furia de la justicia de Dios. En el huerto ya aceptaba esta carga. Finalmente, a Satanás se le dio rienda suelta a fin de atemorizar a Jesús para que pecara.

Mientras todo esto sucedía, los discípulos dormían. En lugar de juzgar con demasiado dureza a los discípulos, nos convendría examinar la razón de su sueño. Los encontró “durmiendo a causa de la tristeza” (Lucas 22:45). El espíritu estaba dispuesto (Marcos 14:38), pero la fatiga emocional se había apoderado de ellos.

Viernes Santo

Finalmente, en las primeras horas del Viernes Santo, Jesús informó: “¡La hora ha llegado!” (Marcos 14:41). “La hora crucial, de la cual Jesús tan frecuentemente había dicho ‘mi hora aún no ha llegado’, ya estaba a la mano. Y en pocos momentos dos fuerzas opuestas estaban destinadas a entrar en conflicto; Jesús y Judas, el Hijo de Dios y el hijo de perdición.”^{»xxxv}

Traición y arresto de Jesús (*Mat. 26:47-56; Marcos 14:43-52; Lucas 22:47-53; Juan 18:2-12*)

Jesús sufrió una angustia mental y espiritual en el huerto. Pronto comenzaría su agonía física. Judas entró en el huerto encabezando una procesión de soldados romanos armados con espadas y líderes judíos y guardias del templo que blandían palos. Judas se acercó al Hijo de Dios y lo traicionó con un beso. Este acto infame no tiene igual en los anales de la historia humana.

En una manifestación descomunal de poder Jesús echó a la turba de cientos de personas al suelo, dejando ver su poder impresionante. Luego Jesús se entregó a la turba. Al parecer, los discípulos no entendieron la demostración de Jesús de su omnipotencia. El impetuoso Pedro atacó con una espada, cortando la oreja de un hombre. Jesús lo sanó, evitando así una confrontación sangrienta.

Después del arresto de Jesús, los discípulos, junto con un joven desconocido, huyeron. Puesto que el joven sólo se menciona en el Evangelio de Marcos, frecuentemente se supone que el hombre era Marcos.

¿En qué formas mostró Jesús que era verdadero Dios cuando fue arrestado en el huerto?

Juicio por los judíos

(*Mat. 26:57 – 27:1; Marcos 14:53 – 15:1; Lucas 22:54-71; Juan 18:13-27*)

Antes de comenzar un estudio de los juicios eclesiásticos de Jesús debemos recordar que en varias ocasiones anteriores había hecho referencia a los acontecimientos que estaban a punto de suceder.

	Mat.	Marcos	Lucas	Juan
1. En la primera limpieza del templo				2:19-22
2. En Cesarea Filipos	16:21-23	8:31-33	9:22	
3. Al final del ministerio en Galilea	17:22-23	9:31-32	9:43-45	
4. En el viaje final a Jerusalén	20:17-19	10:32-34	18:31-34	
5. Dos días antes de la última Pascua	26:1-2			
6. La noche del jueves de la Semana Santa	26:31-32	14:27-28		

Según Fahling^{xxxvi}

Si compilamos las seis predicciones en una sola narración tal vez diría algo así:

Destruye el templo de este cuerpo y lo levantaré otra vez en tres días. Pero antes de eso, tengo que ir a Jerusalén para ser traicionado y entregado a los hombres. Ustedes los discípulos serán esparcidos. Tengo que

sufrir muchas cosas a manos de los ancianos, los principales sacerdotes y los maestros de la ley. Me condenarán a muerte y me entregarán a los gentiles para ser burlado, escupido, azotado y crucificado. Al tercer día resucitaré.

Después de su arresto llevaron a Jesús precipitadamente a la residencia de Caifás, el sumo sacerdote. Pronto algunos miembros del Sanedrín se reunieron para juzgarlo. Como fue predicho, Jesús sufrió muchas cosas a manos de los ancianos, principales sacerdotes y maestros de la ley. Le vendaron los ojos, lo golpearon y escupieron. Poco después, el tribunal desautorizado lo condenó a muerte. Su crimen fue decir que era el Hijo de Dios. Como lo que dijo era cierto, en realidad no había crimen.

Cuando Jesús afirmó que era el Cristo, se apresuró a agregar: “Y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo” (Mar. 14:62). ¿Cómo se debe entender este dicho? Stalker^{xxxvii} escribe: “Por el momento ellos lo juzgaban a él, pero algún día él sería su juez; sólo podían disponer de su vida terrenal, pero él dispondría de su destino eterno.”

Puesto que el Sanedrín no podía actuar legalmente en la noche, volvieron a reunirse al amanecer para ratificar su acción clandestina. Se había llegado a un veredicto. Era culpable de blasfemia, un crimen capital, y debería sufrir la muerte. Sin embargo, aunque el gobierno romano permitía que los judíos castigaran a los malhechores, no se les permitía aplicar a un criminal la pena de muerte. Sólo una corte romana podía

declarar una ejecución. Así, conforme a la profecía de Jesús, los judíos lo entregaron a los gentiles.

Mientras a Jesús lo juzgaban en una corte eclesiástica, en un patio cercano a Pedro lo interrogaba un jurado informal de sus semejantes. La acusación era sencilla; era un discípulo de Jesús. Tres veces, enfrentado con testimonio confiable, él dijo que era inocente. Cuando el gallo cantó por segunda vez, Pedro recordó la advertencia anterior de Jesús: “antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces” (Marcos 14:30,72).

Hay un dicho: “El que hace mayor subida, puede dar mayor caída”. Poniendo a Pedro como ejemplo (Marcos 14:27-31,66-72), ¿cómo puede esto expresarse en términos espirituales? ¿Cuál es el remedio para evitar tal caída?

Juicio por los gentiles

(Mat. 27:2,11-30; Marcos 15:1-19; Lucas 23:1-25; Juan 18:28 – 19:16)

Los judíos condenaron a Jesús por motivos religiosos. Cuando lo llevaron ante el gobernador romano, Poncio Pilato, cambiaron de acusación. Puesto que a Pilato no le interesarían los asuntos religiosos, a Jesús se le acusó de crímenes políticos.

Durante el transcurso de la investigación o interrogación, así como él había predicho, Jesús fue entregado a los gentiles para ser burlado, escupido, azotado y [como veremos pronto] crucificado. Los guardias judíos se habían burlado de Jesús y lo habían azotado porque era el Mesías. Los

soldados romanos hicieron lo mismo a Jesús porque era un Rey.

Pilato, a pesar de sus defectos, no era ingenuo. Pudo ver que Jesús era inocente y que los judíos tenían celos de él. Así trató de referir el caso al rey Herodes. Mandó azotar a Jesús, esperando que los judíos se compadecieran de él. Cuando eso falló, amenazó librar a un criminal conocido, Barrabás. Pero los judíos no aceptaban ninguna negativa. Intimidándolo lograron obtener lo que querían. Cuando Pilato se lavaba las manos del asunto los judíos clamaban: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (Mat. 27:25). En verdad, como alguien ha dicho, fue “un acto de suicidio nacional”^{xxxviii}.

Pilato preguntó a Jesús: “¿Qué es la verdad?” (Juan 18:38). ¿Cómo contesta usted esa pregunta (vea Juan 17:17)?

Suicidio de Judas

(Mat. 27:3-10)

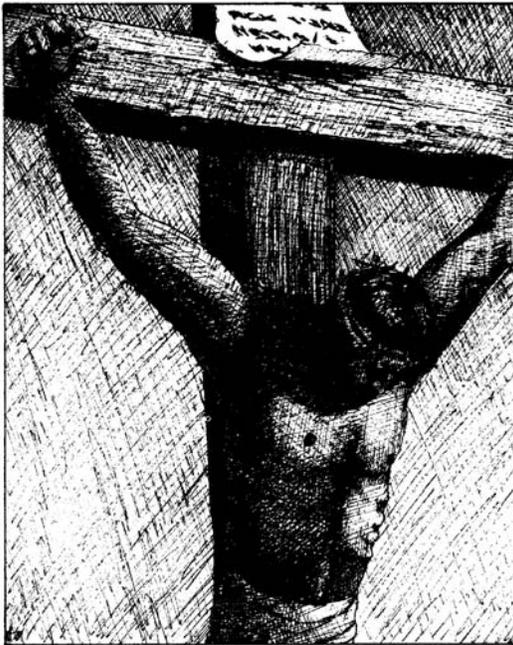
El caso trágico de Judas Iscariote es un recuerdo vívido de que cuando el pecado queda sin ser perdonado, el hombre no tiene paz interior. A pesar de las treinta monedas de plata que tenía en su bolsa, el peso de la ley de Dios (Deu. 27:25) lo oprimía implacablemente. No encontró paz confesando su pecado ni devolviendo el dinero. Recurrió al suicidio.

Mientras tanto hubo otro hombre lleno de remordimiento a causa de sus pecados. Fue Pedro, el que había negado a Jesús. Es interesante ver cómo Pedro encontró lo que Judas con tanta desesperación quería, la paz interior. Pero esa historia tendrá que esperar el capítulo siguiente.

La crucifixión

(*Mat. 27:31-56; Marcos 15:20-41; Lucas 23:26-49; Juan 19:17-30*)

Se llama la Vía Dolorosa (el camino de dolores) la ruta que Jesús siguió a la cruz. Saliendo de la corte de Pilato, estuvo vestido con su propia ropa, y cargó sobre sus hombros una cruz pesada. Fue usual que a los criminales condenados se les hiciera cargar su propia cruz al lugar de la ejecución. El Señor cargó su cruz (con más precisión, *nuestra* cruz) hasta donde podía hacerlo su cuerpo torturado. Luego colapsó. No querían posponer la ejecución, de modo que los soldados obligaron a un peregrino llamado Simón a llevar la cruz el resto del camino. ¿Se convirtió este Simón de Cirene, más tarde la cabeza de una familia cristiana devota (Rom. 16:13), durante este encuentro fortuito con Jesús? La idea es muy plausible.



La marcha a la muerte atrajo una multitud, de la cual algunas fueron

mujeres compasivas que comenzaban a llorar en forma típicamente oriental. Sin embargo, Jesús no permitió siquiera esta exhibición de tristeza. Las animó a mirar su propio futuro y ver la destrucción de su hermosa ciudad (70 d.C.). La advertencia abnegada de Jesús fue su último discurso público antes de su muerte.^{xxxix}

Por fin la procesión llegó a un cerro con forma de calavera fuera del muro de la ciudad. Allí en Gólgota, o Calvario, Jesús fue crucificado entre dos criminales. Los clavos penetraron sus muñecas y pies, y la cruz fue puesta en posición vertical. Eran las 9:00 de la mañana.

Durante las tres horas siguientes Jesús sufrió el dolor físico de la crucifixión y la angustia mental por el comportamiento despiadado e insolente de los espectadores judíos y romanos. Sin embargo, Jesús esperaba este tratamiento, y las profecías del Antiguo Testamento ya habían descrito la escena con precisión (Sal. 22:1-18; Is. 53:12).

Fue durante estas horas antes de mediodía cuando Jesús habló las primeras tres veces desde la cruz. En cada caso demostró preocupación genuina, no por él mismo sino por los seres humanos. Oró por los responsables de su muerte: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Prometió al criminal arrepentido en la cruz a su costado: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Por último, al ver a su querida madre sangrando en su misma alma (Lucas 2:35), Jesús le ofreció consuelo inmediato y seguridad duradera. Refiriéndose a su querido discípulo Juan, Jesús dijo: “Mujer, he ahí

tu hijo.” A Juan le dijo: “He ahí tu madre” (Juan 19:26-27).

Luego al mediodía, y por tres horas, las tinieblas cayeron sobre toda la tierra. Esta señal desde el cielo apaciguó a la multitud. Nadie podía ver el rostro de Jesús durante este tiempo, y al Señor lo dejaron solo.

El tormento que Jesús sufrió durante estas horas oscuras nadie fuera del infierno lo puede imaginar. El peso, la culpa y el castigo de los pecados de la humanidad estaban sobre él. Repentinamente, a las 3 de la tarde, Jesús clamó a gran voz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mat. 27:46; Sal. 22:1). Cuando Dios Padre se retira de una persona, aquella persona experimenta el infierno (Mat. 25:41).

La luz volvió a la tierra. Se completó la eternidad de tres horas de sufrir el infierno. Jesús ahora recobró fuerzas para decir tres cosas más. Dijo: “¡Tengo sed!” (Juan 19:28) para que se cumpliera la última profecía del Antiguo Testamento acerca de su muerte (Sal. 22:15; Sal. 69:21).

Una vez que le dieron algo de beber, Jesús pudo exclamar confiadamente: “¡Consumado es!” (Juan 19:30).

Mientras sus enemigos saboreaban su aparente derrota, el grito de triunfo salía de los labios de Jesús. Esta palabra fue un informe para el Padre que lo había enviado, pero la dijo con voz fuerte para que todos los hombres también escucharan. Anunció la consumación de la tarea que el Padre le había encomendado. Su obra redentora, la obra de reconciliación y expiación, había

terminado. Se había quebrantado el dominio del príncipe de las tinieblas, y Satanás había sido aplastado bajo su talón. “El paraíso perdido” se había convertido en “el paraíso restaurado”.^{xi}

Con su misión lograda, Jesús ahora podía dejar morir su cuerpo atormentado. Sus últimas palabras fueron: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46).

Instantáneamente Dios Padre agregó su propia exclamación a la perfecta muerte de Jesús. El Antiguo Testamento había terminado, el nuevo período de gracia había comenzado. La cortina (tan gruesa como la palma de la mano de un hombre) que cerraba el paso al Lugar Santísimo en el templo se dividió por completo. Eso simbolizaba el hecho de que todos los pecadores ahora tienen libre acceso a Dios por virtud de la muerte expiatoria de Jesús. Mientras tanto, la tierra tembló. Comenzó la resurrección con la vivificación de creyentes muertos. Un centurión hizo un descubrimiento inesperado: Jesús “era justo ... era Hijo de Dios” (Lucas 23:47; Marcos 15:39).

¿De quién oyó el ladrón en la cruz el mensaje evangélico que lo llevó a la fe salvadora?

Jesús es traspasado y sepultado *(Mat. 27:57-61; Mar. 16:42-47; Lucas 23:50-55; Juan 19:31-42)*

La muerte por crucifixión usualmente resultaba por asfixia lenta. La víctima podía inhalar el oxígeno, pero tenía que empujar con sus piernas, aliviando los músculos del pecho, antes de poder exhalar.^{xli}

Puesto que se acercaba la tarde y la puesta del sol marcaba el comienzo del sábado, los judíos pidieron que se terminara la crucifixión y se quitaran los cuerpos de las cruces. Al quebrantar las piernas de los dos criminales los soldados aseguraron que pronto se sofocarían. Jesús, empero, ya estaba muerto. Un legionario introdujo una lanza en el costado de Jesús, no dando con las costillas, pero penetró en su corazón. Esto también fue conforme al plan divino (Éxo. 12:46; Sal. 34:20; Zac. 12:10).

El dolor se adueñó de las mujeres fieles que estaban al pie de la cruz, al igual como del fiel Juan. No habían hecho planes para la sepultura del Señor. Pero Dios Padre había preparado los detalles de antemano (Is. 53:9). El rico José de Arimatea y Nicodemo recibieron permiso para sepultar el cuerpo sin vida.

El Viernes Santo terminó. El Señor fue sepultado en el sepulcro en un jardín y se rodó una gran roca a la entrada para cerrar el sepulcro.



Capítulo 13

La Semana Santa: Sábado – Domingo de la Pascua hasta la ascensión de Jesús

Introducción

El Credo Apostólico contiene un resumen conciso de la vida de Jesús. Básicamente, por 33 años vivió en un “estado de humillación”. Es decir, “no siempre usó sus derechos o poderes divinos”.^{xliii} Por ejemplo, en el Credo confesamos que creemos en Jesús que fue “concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la virgen María; padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado”. Sin embargo Jesús es Dios, y por virtud de su divinidad es eterno y todopoderoso. ¿Cómo, entonces, podía nacer, sufrir, inclusive morir? La respuesta se encuentra en la Epístola del apóstol San Pablo a los Filipenses (2:6-8). Jesús “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” Esto lo hizo para salvar a la humanidad pecadora.

Durante los últimos doce capítulos hemos estado estudiando a Jesús en la humildad que él mismo se impuso. En este capítulo, sin embargo, vemos al Dios-hombre en su “estado de exaltación” en el cual hace uso pleno y completo de sus derechos y poderes

divinos. El Credo Apostólico describe esto con las palabras: “Descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso; y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.”

Sábado de Gloria

(Mat. 27:62-66; Lucas 23:56)

Durante el sábado (desde la puesta del sol del viernes hasta la puesta del sol del sábado) las mujeres abrumadas de tristeza que habían pasado el Viernes Santo mirando a Jesús morir estaban en casa. Sabían que José y Nicodemo habían embalsamado a Jesús, pero también ellas le querían presentar sus últimos respetos. Sin embargo, no fueron a la tumba en el día sagrado del Antiguo Testamento.

Mientras las mujeres guardaban el sábado, los principales sacerdotes y los fariseos violaron las reglas del día. Entraron en la residencia de un gentil, Poncio Pilato, y pidieron un favor. Puesto que temían que los discípulos podrían robar el cuerpo, pidieron que Pilato pusiera una guardia ante la tumba. Pilato se lo concedió.

Mientras tanto, el espíritu del Señor Jesús estaba vivo. Dijo al ladrón en la cruz que ese mismo día estaría con él en el paraíso. Jesús con un último suspiro encomendó su alma en manos del Padre. Pero en algún momento Jesús descendió al infierno. Ese Sábado de gloria Jesús fue al lugar de tormento, no para sufrir, sino para proclamar la victoria sobre el diablo y todos los que le pertenecen (1 Ped. 3:18-19; Col. 2:15).

Domingo de la Pascua

Las mujeres visitan la tumba en la Pascua

(Mat. 28:1-7; Marcos 16:2-8; Lucas 24:1-8; Juan 20:1-2)

Al ponerse el sol el día sábado había terminado. Puesto que estaba oscuro, las mujeres todavía no podían visitar la tumba. Así pasaron una noche inquieta llena de tristeza. El domingo de la mañana, el 9 de abril, las mujeres se levantaron con el alba, se vistieron, recogieron sus especias funerarias y emprendieron la caminata solitaria de media hora hacia la tumba. Una mujer, María Magdalena, al parecer había comenzado aun antes. Mientras ella caminaba a media luz, la tristeza debe haber llenado su mente. Jesús, que había echado siete demonios de ella y la había salvado, ahora estaba muerto. Al acercarse a la tumba, la luz débil del amanecer reveló que la piedra que había sellado la tumba había sido quitada. “Ahora”, debe haber pensado, “hasta han llevado su cadáver”. Sin detenerse para examinar el sepulcro, corrió para decir a Pedro y Juan las terribles noticias.

Mientras tanto, las otras mujeres llegaron a la tumba. Eran María (madre del discípulo Jacobo el menor), Salomé (la madre de los discípulos y primos de Jesús, Jacobo y Juan) y Juana (quien junto con las otras había ayudado a sostener el ministerio de Jesús, Lucas 8:2-3). El antiguo proverbio: “cuántos más, menos peligro” debe haberse aplicado a estas mujeres. A diferencia de María Magdalena, no sólo se acercaron al sepulcro, sino entraron. Allí, dos ángeles las saludaron con el sermón más alegre jamás predicado: “¡Ha resucitado!” Los mensajeros celestiales

recordaron a las mujeres las profecías de Cristo acerca de su resurrección. Y este mensaje del evangelio llenó su corazón con la confianza de que estaba vivo.

La tumba vacía ya no tenía significado para ellas. Así las mujeres llenas de gozo corrieron para decir a los discípulos las buenas noticias.

Pedro y Juan visitan la tumba

(Lucas 24:12; Juan 20:3-10)

Para cuando las mujeres habían salido de la tumba, María Magdalena ya había dado sus tristes noticias a Pedro y Juan. El joven Juan corrió a la tumba más rápido que el discípulo mayor, pero luego se detuvo. Pedro lo alcanzó y entró primero en la tumba.

Lo que impresionó a los dos discípulos fue la condición de las telas funerarias. Si los ladrones hubieran robado el cuerpo, no hubieran estado los lienzos. Por otro lado, si Jesús había despertado de un estado de coma, la envoltura se hubiera desenrollado y extendido por el piso de la tumba. Sin embargo, la tela estaba doblada en su lugar. Fue como si en alguna forma milagrosa, Cristo se había levantado saliendo directamente del sudario.

Jesús aparece a las mujeres

(Mat. 28:8-10; Marcos 16:9-11; Lucas 24:9-11; Juan 20:11-18)

No se puede leer la historia de la Pascua hasta este punto sin sentir un poco de lástima por María Magdalena. El dolor por la muerte de Jesús era abrumador. Sin embargo, su amor por él hizo que ella se despertara antes de las otras el domingo de la Pascua. Su tristeza la convenció de que algunos ladrones se

habían llevado el cadáver. Sin embargo, Dios le preparaba un privilegio singular. María Magdalena sería la primera en ver al Señor Cristo resucitado.



Para cuando volvió a la tumba, Pedro y Juan ya habían salido. Ella no reconoció a los ángeles, ni al principio siquiera a Jesús mismo. Pero entonces el Señor la llamó por su nombre: “María”. Al fin su corazón se alegró mucho. Debe haber resuelto quedarse a su lado para siempre. Sin embargo, Jesús tuvo otros planes. A María se le instruyó informar a los discípulos las buenas nuevas del Señor resucitado.

Poco después, Jesús se apareció a las otras mujeres que estaban en camino a los discípulos. Ellas también fueron enviadas como heraldos de las buenas noticias.

Se ordena mentir a los guardias de la tumba

(Mat. 28:11-15)

Treinta y tres años antes Satanás había tratado de matar a Jesús en Belén antes que el Señor pudiera ganar la salvación por la humanidad, pero había fracasado. Luego, en varias ocasiones el Maligno trató de tentar a Jesús para que pecara, lo cual habría frustrado el plan divino de la redención. Otra vez fracasó. Ahora, sabiendo que su causa siniestra estaba perdida, Satanás trató de callar la prueba de la expiación, la resurrección de Cristo. Cuando los guardias que habían sido apostados a la tumba informaron de sus experiencias, los judíos los sobornaron para decir que el cuerpo de Jesús había sido robado.

El hecho de que hoy hay muchos que creen en un Jesús que vive es evidencia de que no todos han aceptado esta mentira. Una vez más el diablo fracasó en su propósito maligno.

¿Qué significan las palabras “redención” y “expiación” que se han usado arriba?

Jesús se aparece a Pedro

(Lucas 24:34)

El sol del día de la Pascua brillaba en Jerusalén. Jesús se había aparecido a las cuatro mujeres fieles. Antes del mediodía iba a aparecerse a un hombre. Así como Jesús tuvo misericordia de María Magdalena, tuvo compasión de Pedro. Tres veces había negado a Jesús. Ahora el discípulo oyó que Jesús estaba vivo. Había visto personalmente los lienzos de la sepultura. Debe haberse preguntado si el Jesús resucitado podría perdonarlo y volver a hablarle. Jesús

tranquilizó al espíritu atribulado apareciéndosele aun antes que a los demás discípulos (1 Cor. 15:5).

Jesús aparece en el camino a Emaús

(Marcos 16:12-13; Lucas 24:13-35)

Era la tarde de la Pascua. Dos creyentes volvían a casa desde Jerusalén. Mientras caminaban sus mentes estaban agitadas. Discretamente un “extraño” se les acercó y les preguntó por qué estaban tan perplejos.

Seguramente es significativo que, en vez de revelarse a sus ojos, Jesús dirigió sus corazones a las Escrituras y con la Biblia los convenció de la resurrección. Aun después de que lo reconocieron, fue el mensaje del evangelio el que formó el fundamento de su fe. “Y se decían el uno al otro: —¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras?” (Lucas 24:32). Después que Jesús había desaparecido, los hombres se apresuraron para volver a Jerusalén a fin de decirlo a los discípulos.

Arndt^{xliii} ha descrito la historia de este acontecimiento con estas palabras: “La sencilla hermosura de la narrativa, similar al sol cálido y suave de la primavera, a través de la historia ha alegrado los corazones cristianos.” De hecho, como un poeta cristiano ha escrito:

La vida es como camino a Emaús —
No caminamos a solas,
A nuestro lado va Jesús
Guiando sus ovejas.
(Anónimo)

Jesús se aparece a diez discípulos *(Marcos 16:14; Lucas 24:36-43; Juan 20:19-23)*

El día más grande de la historia del mundo se acercaba a su fin. Antes de que el día pasara a la historia, sin embargo, Jesús llegó a sus discípulos. La mayoría de los discípulos se confundió con los informes que había escuchado. Repentinamente Jesús estuvo en medio de ellos. Cuando miraban a su Salvador y amigo pensaban que era un fantasma. Jesús corrigió su idea equivocada mostrándoles su carne y comiendo algo de comida.

¿Cómo se pueden explicar las dudas iniciales de los discípulos? Los líderes malvados judíos recordaban la profecía de Jesús de que resucitaría al tercer día (Mat. 27:63). Las mujeres creyeron el informe de los ángeles de que había resucitado. Los discípulos de Emaús creyeron las profecías del Antiguo Testamento de la resurrección. ¿Por qué, entonces, estaban tan renuentes los discípulos a creer lo que habían oído y visto? ¿Podría la respuesta estar en su temor de los judíos y de Jesús (después que lo habían abandonado en Getsemaní)? Sea cual fuera la razón, Jesús calmó sus corazones agitados repitiendo dos veces: “¡Paz a vosotros!”.

Los discípulos habían pecado contra Cristo, pero la crucifixión y la resurrección de Jesús les trajo paz — el perdón de los pecados. Pronto irían a buscar a otros pecadores para proclamarles el evangelio de paz.

Stalker^{xliv} dice que los “discípulos dudaron para que nosotros pudiéramos creer”. ¿Qué quería decir?

Jesús se aparece a los once discípulos

(Juan 20:24-29)

Cuando Jesús primero se apareció a los discípulos, Tomás estaba ausente. Como los demás, rehusó creer en la resurrección sin tener una prueba visible. Una semana más tarde, el alma terca de Tomás quedó satisfecha. El Señor apareció y lo invitó a tocar las sagradas manos y el costado. Tomás respondió: “¡Señor mío y Dios mío!” La palabra “mío” fue importante. La fe es aceptar personalmente al Señor y Dios viviente. Jesús estuvo contento con la fe de Tomás, pero no con las condiciones que puso antes de creer. Jesús le respondió: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron y creyeron” (Juan 20:29).

Algunos cristianos han tratado de probar con analogías que Jesús vive. Pocos hemos visto el polo norte y el sol a medianoche, sin embargo reconocemos su existencia.^{xlv} A fin de cuentas, sin embargo, la Biblia nos enseña que si tenemos fe, aceptamos verdades divinas, y llegamos a la fe aceptando verdades divinas (Heb. 11:1,3); 1 Cor. 2:14). ¿Cómo llegó Tomás, o cómo llega alguien más, a entrar en este círculo de la fe (Rom. 10:13-17; 1 Cor. 12:3).

Jesús se aparece en Galilea

(Juan 21:1-23)

Jesús dijo a las mujeres el domingo de la Pascua: “Id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán” (Mat. 28:10). Después de ver a Jesús en Jerusalén los discípulos

salieron hacia Galilea en donde algunos de ellos volvieron a la pesca.

Jesús vino a estos discípulos e hizo un milagro proveyendo una pesca. Pedro se regocijó de ver al Señor, pero el Señor todavía no había confrontado a Pedro en cuanto a su pecado, haberlo negado tres veces. Ahora era el momento propicio. Tres veces Jesús preguntó a Pedro si lo amaba. Cada vez contestó que sí. Jesús reinstuyó a Pedro como apóstol diciéndole ir a los jóvenes (corderos) y grandes (ovejas) y alimentarlos con la dieta del evangelio. El Señor también indicó a Pedro que no volvería a negarlo. Perdería la vida antes de hacer eso. En realidad, la tradición dice que Pedro fue crucificado por su fe unos 33 años más tarde. Mientras tanto el amigo de Pedro, el apóstol Juan, sobrevivió a los demás discípulos y murió ya anciano cerca del 98 d.C.

La gran comisión

(Mat. 28:16-20; Marcos 16:15-18)

Algún tiempo después Cristo apareció en un monte. Una multitud de más de 500, incluyendo los discípulos, se había congregado (1 Cor. 15:6). Las palabras que Jesús dijo han llegado a conocerse como “la gran comisión”. Dijo: “Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mat. 28:19-20).

En más o menos un mes Jesús había dado a los creyentes tres grandes herramientas de la fe: el evangelio, la Santa Cena, y el Santo Bautismo. Éstos fueron los “medios de gracia”, los medios por los cuales el hombre podría

apropiarse el perdón ganado por Jesús en la cruz. En efecto, sólo por estos tres medios puede alguien llegar a la fe y permanecer fuerte hasta el fin.

Los teólogos insisten en que la gran comisión se dio no sólo a los once discípulos, sino a todos los creyentes hasta el día del juicio. ¿Qué nos lleva a esta conclusión en Mateo 28:18-20?

La ascensión

(Marcos 16:19-20; Lucas 24:44-53)

Era el jueves, 18 de mayo del 30 d.C. Ya habían pasado 40 días desde la resurrección de Jesús. Al parecer en respuesta a su mandato, los discípulos se reunieron en un cerro cerca de Jerusalén. San Lucas (Hechos 1:6) revela que todavía eran tardos para comprender la naturaleza del reino de Cristo. Desde ahora al Espíritu Santo le tocaría proveer el entendimiento espiritual que les hacía falta. Finalmente, Jesús una vez más dijo a los creyentes que compartieran el evangelio con el mundo entero. Luego ascendió hasta desaparecer de su vista. Después de 33 años en la tierra, Jesús volvió a casa y asumió su posición a la diestra de Dios Padre (Mat. 28:18).

Conclusión a los Evangelios

(Juan 20:30-31; 21:24-25)

La historia de la vida de Jesús como se relata en los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas está ahora completa. Juan creyó conveniente agregar una posdata doble explicando el propósito de su historia sagrada. “Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que,

creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31).

El título de este estudio bíblico ha sido “Cristo, piedra del ángulo”, tomado de Efesios 2:20. ¿Qué quiere decir San Pablo al llamar a Cristo “piedra del ángulo”?

Índice bíblico

Mateo Capítulo

1:1-17	(1)	15:1-20	(6)
1:18-25	(1)	15:21-28	(7)
2:1-18	(1)	15:29-31	(7)
2:19-23	(1)	15:32-38	(7)
3:1-12	(2)	15:39 –	
3:13-17	(2)	16:4	(7)
4:1-11	(2)	16:4-12	(7)
4:12	(3)	16:13-20	(7)
4:17	(3)	16:21-28	(7)
4:18-22	(3)	17:1-13	(7)
4:23-25	(3)	17:14-20	(7)
5:1-7:29	(4)	17:22-23	(7)
8:5-13	(5)	17:24-27	(7)
8:14-17	(3)	18:1-35	(7)
8:18-27	(5)	19:1-15	(9)
8:28-34	(6)	19:16 –	
9:1	(6)	20:16	(9)
9:2-8	(3)	20:17-19	(9)
9:9-13	(3)	20:20-28	(9)
9:14-17	(3)	20:29-34	(9)
9:18-26	(6)	21:1-11	(10)
9:27-34	(6)	21:12-17	(10)
9:35 –		21:18-19	(10)
11:1	(6)	21:19-22	(10)
10:2-4	(4)	21:23-27	(10)
11:2-19	(5)	21:28-	
12:1-8	(4)	22:14	(10)
12:9-14	(4)	22:15-46	(10)
12:15-21	(4)	23:1-39	(10)
12:22-45	(5)	24:1 –	
12:46-50	(5)	25:43	(11)
13:1-53	(5)	26:1-5	(11)
14:3-5	(3)	26:6-13	(11)
14:6-12	(6)	26:14-16	(11)
14:13-14	(6)	26:17-19	(11)
14:22-36	(6)	26:20	(11)
14:15-21	(6)	26:21-25	(11)
		26:26-29	(11)
		26:30	(12)
		26:31-35	(11)
		26:36-46	(12)
		26:47-56	(12)
		26:57 –	
		27:1	(12)
		27:2	(12)
		27:3-10	(12)

27:11-30 (12)
 27:31-56 (12)
 27:57-61 (12)
 27:62-66 (13)
 28:1-7 (13)
 28:8-10 (13)
 28:11-15 (13)
 28:16-20 (13)

Marcos Capítulo

1:1-8 (2)
 1:9-11 (2)
 1:12-13 (2)
 1:14-15 (3)
 1:16-20 (3)
 1:21-34 (3)
 1:35-45 (3)
 2:1-12 (3)
 2:13-17 (3)
 2:18-22 (3)
 2:23-28 (4)
 3:1-6 (4)
 3:7-12 (4)
 3:13-19 (4)
 3:19-30 (5)
 3:31-35 (5)
 4:1-34 (5)
 4:35-41 (5)
 5:1-20 (6)
 5:21-43 (6)
 6:6-12 (6)
 6:17-20 (3)
 6:21-29 (6)
 6:33 (6)
 6:34-44 (6)
 6:45-56 (6)
 7:1-23 (6)
 7:24-30 (7)
 7:31-37 (7)
 8:1-9 (7)
 8:9-12 (7)
 8:14-21 (7)
 8:22-26 (7)
 8:27-30 (7)
 8:31 –

9:1 (7)
 9:2-13 (7)
 9:14-29 (7)
 9:30-32 (7)
 9:33 (7)
 9:33-50 (7)
 10:1-16 (9)
 10:17-31 (9)
 10:32-34 (9)
 10:35-45 (9)
 10:46-52 (9)
 11:1-11 (10)
 11:12-14 (10)
 11:15-19 (10)
 11:20-26 (10)
 11:27-33 (10)
 12:1-12 (10)
 12:13-37 (10)
 12:38-40 (10)
 12:41-44 (10)
 13:1-37 (11)
 14:1-2 (11)
 14:3-9 (10)
 14:10-11 (11)
 14:12-16 (11)
 14:17 (11)
 14:18-21 (11)
 14:22-25 (11)
 14:26 (12)
 14:27-31 (11)
 14:32-42 (12)
 14:43-52 (12)
 14:53 –
 15:1 (12)
 15:1-19 (12)
 15:20-41 (12)
 15:42-47 (12)
 16:2-8 (13)
 16:9-11 (13)
 16:12-13 (13)
 16:14 (13)
 16:15-18 (13)
 16:19-20 (13)

Lucas Capítulo

1:5-23 (1)

1:26~38	(1)	9:51-62	(8)
1:39-55	(1)	10:1-24	(8)
2:1-20	(1)	10:25-37	(8)
2:21-38	(1)	10:38-42	(8)
2:39	(1)	11:1-13	(8)
2:40	(1)	11:14-36	(5)
2:41-52	(1)	11:37-54	(8)
3:1-18	(2)	12:1-59	(8)
3:19-20	(3)	13:1-9	(8)
3:21-23	(2)	13:10-21	(8)
3:23-38	(1)	13:22-35	(9)
4:1-13	(2)	14:1-24	(9)
4:14	(3)	14:25-35	(9)
4:14-15	(3)	15:1-32	(9)
4:16-30	(3)	16:1-31	(9)
4:31-41	(3)	17:1-10	(9)
4:42-44	(3)	17:11-19	(9)
5:1-11	(3)	17:20-37	(9)
5:12-16	(3)	18:1-14	(9)
5:17-26	(3)	18:15-17	(9)
5:27-32	(3)	18:18-30	(9)
5:33-39	(3)	18:31-34	(9)
6:1-5	(4)	18:35-	
6:6-11	(4)	19:28	(9)
6:12-16	(4)	19:29-44	(10)
6:17-49	(4)	19:45-48	(10)
7:1-10	(5)	20:1-8	(10)
7:11-17	(5)	20:9-19	(10)
7:18-35	(5)	20:20-44	(10)
7:36-50	(5)	20:45-47	(10)
8:1-3	(5)	21:1-4	(10)
8:4-18	(5)	21:5-36	(11)
8:19-21	(5)	21:37-	
8:22-25	(5)	22:6	(11)
8:26-39	(6)	22:7-13	(11)
8:40-56	(6)	22:14-18	(11)
9:1-6	(6)	22:19-20	(11)
9:7-9	(6)	22:21-23	(11)
9: 10-11a	(6)	22:24-30	(11)
9:11-17	(6)	22:31-39	(11)
9:18-21	(7)	22:39-46	(12)
9:22-27	(7)	22:47-53	(12)
9:28-36	(7)	22:54-71	(12)
9:37-43	(7)	23:1-25	(12)
9:43-45	(7)	23:26-49	(12)
9:46-50	(7)	23:50-55	(12)

23:56 (13)
 24:1-8 (13)
 24:9-11 (13)
 24:12 (13)
 24:13-35 (13)
 24:34 (13)
 24:36-43 (13)
 24:44-53 (13)

Juan Capítulo

1:19-34 (2)
 1:35-51 (2)
 2:1-12 (2)
 2:13-25 (2)
 3:1-21 (2)
 3:22-36 (2)
 4:1-42 (3)
 4:43-45 (3)
 4:46-54 (3)
 5:1-15 (4)
 5:16-47 (4)
 6:1 (6)
 6:2-14 (6)
 6:15-21 (6)
 6:22-71 (6)
 7:1 (7)
 7:2-10 (8)
 7:11-52 (8)
 8:1-11 (8)
 8:12-59 (8)
 9:1-41 (8)
 10:1-21 (8)
 10:22-42 (9)
 11:1-46 (9)
 11:45-54 (9)
 11:55-
 12:11 (10)
 12:12-19 (10)
 12:20-36 (10)
 12:36-50 (10)
 13:1-17 (11)
 13:18-35 (11)
 13:36-38 (11)
 14:1 –
 16:33 (11)
 17:1-26 (11)

18:1 (12)
 18:2-12 (12)
 18:13-27 (12)
 18:28-
 19:16 (12)
 19:17-30 (12)
 19:31-42 (12)
 20:1-2 (13)
 20:3-10 (13)
 20:11-18 (13)
 20:19-23 (13)
 20:24-29 (13)
 20:30-31 (13)
 21:1-23 (13)
 21:24-25 (13)

Notas

ⁱ El Catecismo Menor de Martín Lutero con explicaciones. Saint Louis, Missouri: Concordia, 1997.

ⁱⁱ Joseph Gardner (ed.). *Reader's Digest Atlas of the Bible: An Illustrated Guide to the Holy Land* (Pleasantville, The Reader's Digest Association, Inc., 1981) p. 169.

ⁱⁱⁱ Frederic William Farrar. *The Life of Christ* (Philadelphia, National Publishing Company, 1924) p. 208.

^{iv} William F. Arndt. *Bible Commentary: The Gospel According to St. Luke*. (St. Louis, Concordia Publishing House, 1956) p. 219.

^v Adam Fahling. *The Life of Christ*. (St. Louis, Concordia Publishing House, 1946) p. 299.

^{vi} Joh. Ylvisaker. *The Gospels: A Synoptic Presentation of the Text in Matthew, Mark, Luke, and John*. (Milwaukee, Northwestern Publishing House, 1977) p. 227.

^{vii} Ylvisaker, p. 319.

^{viii} Alfred Edersheim. *The Life and Times of Jesus the Messiah*. Vol. 1. (London, Longmans, Green and Co., 1910) p. 677.

^{ix} Ylvisaker, p. 354.

^x Paul E. Kretzmann. *Popular Commentary of the Bible*. N.T. vol. 1. (St. Louis, Concordia Publishing House, n.d.) p. 455.

^{xi} Edersheim, Vol. 2, p. 229.

^{xii} Ylvisaker, p. 441

^{xiii} Edersheim, Vol. 2, p. 239

^{xiv} Arndt, p. 314.

^{xv} Andrés Meléndez, ed. *Libro de Concordia*, St. Louis: Concordia 1989. Confesión de Augsburg, XXVIII, 11-13.

^{xvi} Arndt, p. 317.

^{xvii} Ylvisaker, p. 489.

^{xviii} John D. Davis, *Davis Dictionary of the Bible*. 4th Edition. (Grand Rapids, Baker Book House, 1977) p. 191.

^{xix} Leon Morris. *Tyndale New Testament Commentaries: The Gospel According to St. Luke* (Grand Rapids, William B. Eerdmann's Publishing Company, 1980) p. 237-238.

^{xx} Kretzmann, NT Vol. 1, p. 348

^{xxi} Arndt, p. 349-350.

^{xxii} Martin Luther. *Luther's Works: Lecture on Galatians 1535*. Vol. 26 St. Louis, Concordia House, 1963) p. 4-12)

^{xxiii} Ylvisaker, p. 544.

^{xxiv} Fahling. 1946, p. 531.

^{xxv} Fahling. 1946, p. 545.

^{xxvi} Farrer, p. 490.

^{xxvii} Fahling. 1946, p. 558-559.

^{xxviii} F. F. Bruce. *Israel and the Nations*. (Grand Rapids, William B. Eerdmans Publishing Company, 1975) p. 223.

^{xxix} Philip Schaff. *History of the Christian Church*. Vol. I. (Grand Rapids, William B. Eerdmans Publishing Company, 1975) p. 402

^{xxx} James M. Freeman. *Manners and Customs of the Bible*. (Plainfield, Logos International, 1972) p. 379.

^{xxxi} Edersheim, Vol. II. p. 471-478.

^{xxxii} Fahling. 1946, p. 589.

^{xxxiii} Andrés Meléndez, ed. *Libro de Concordia*, St. Louis: Concordia 1989. "Fórmula de Concordia", DS. 7:33,60. p. 622, 628.

^{xxxiv} W. M. Czamanske. "Go to Dark Gethsemane" En *The Concordia Pulpit for 1943*, Vol. XIV. Adam Fahling, ed. (St. Louis, Concordia Publishing House, 1942) p. 117.

^{xxxv} Ylvisaker, p. 699.

^{xxxvi} Fahling. 1946, p. 577.

^{xxxvii} James Stalker. *The Trial and Death of Jesus Christ*. (New York, George H. Doran Company, 1894) p. 25.

^{xxxviii} Stalker, 1894, p. 49.

^{xxxix} Wm. A. Lauterbach, *The Crucial Hours*. (Milwaukee, Northwestern Publishing House, 1977) p. 128.

^{xl} Lauterbach, p. 162.

^{xli} Truman Davis. "Christ's Anguish on the Cross and His Seven Last Words". En *The Arizona Republic* (Tucson, periódico, 31 marzo, 1972)

^{xlii} El Catecismo Menor de Martín Lutero con explicaciones. Saint Louis, Missouri: Concordia, 1997. p. 74.

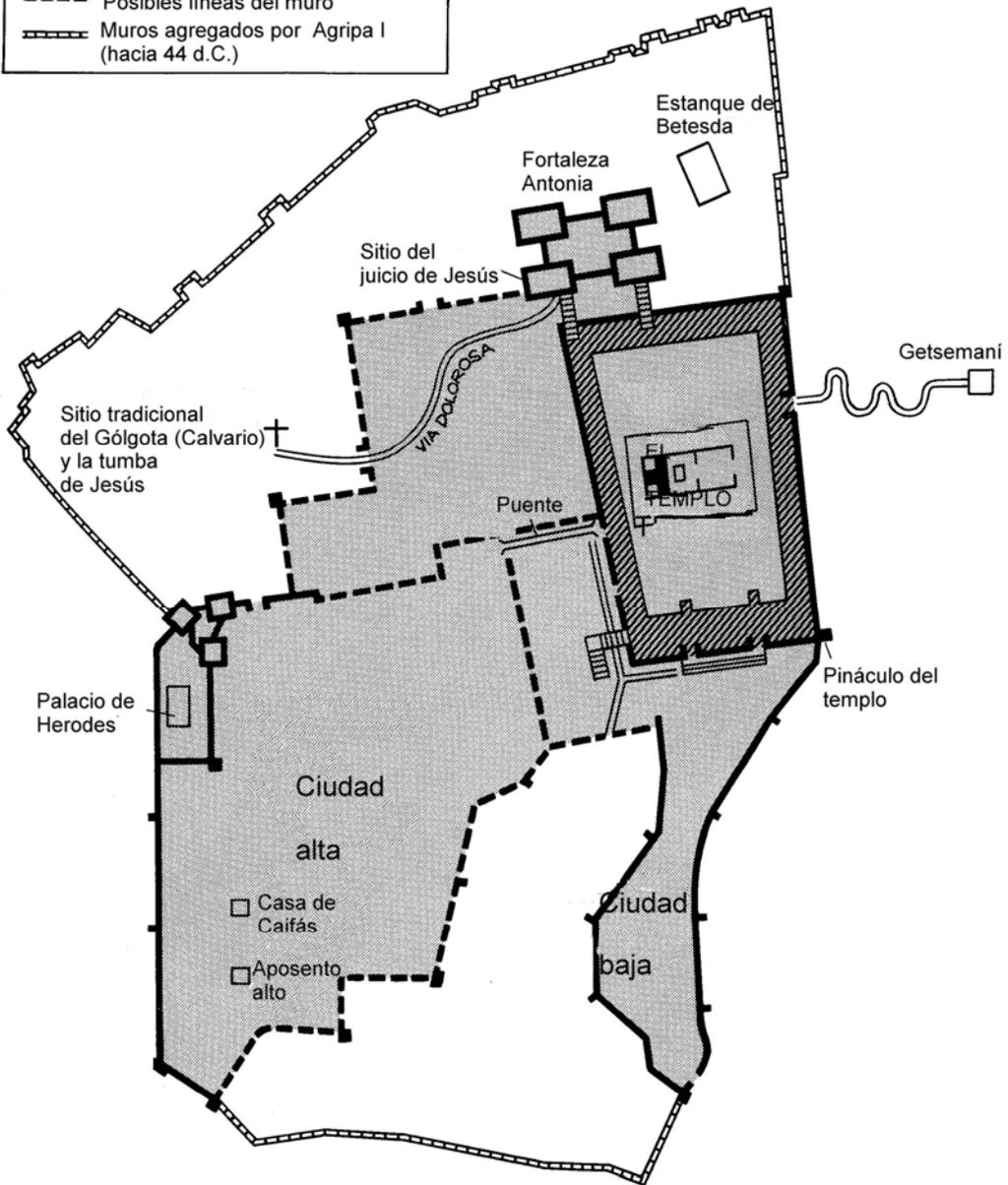
^{xliiii} Arndt, p. 488.

^{xliiv} James Stalker, *The Life of Jesus Christ*. (New York, Fleming H. Revell Company, 1991) p. 147.

^{xlv} Fahling. 1946, p. 700.

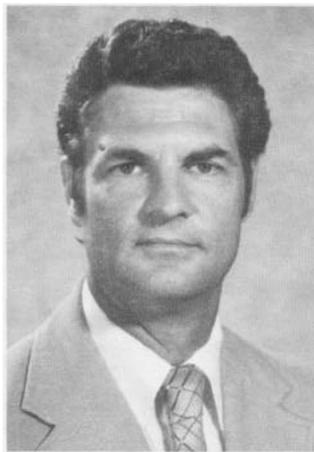
Jerusalén en el tiempo de Jesucristo hasta 70 d.C.

- Muros aproximados de la ciudad en el tiempo de Jesús
- - - Posibles líneas del muro
- ▤ Muros agregados por Agripa I (hacia 44 d.C.)





Sobre el autor



El Dr. William B. Kessel asistió a la Universidad de Arizona, obteniendo los grados de bachiller, maestría y doctorado en antropología/arqueología, y al Seminario Evangélico Luterano Bethany en donde obtuvo el grado de maestro en divinidad. Ha servido misiones del Sínodo Evangélico Luterano en Bishop y Blythe, California y en Scottsdale, Arizona. Actualmente es profesor en la Universidad Bethany en Mankato, Minnesota.



**Multi-Language
Productions**

Bringing the Word to the World

The Life of Christ-Spanish
MLP Catalog No: 383351



Cristo
piedra del ángulo